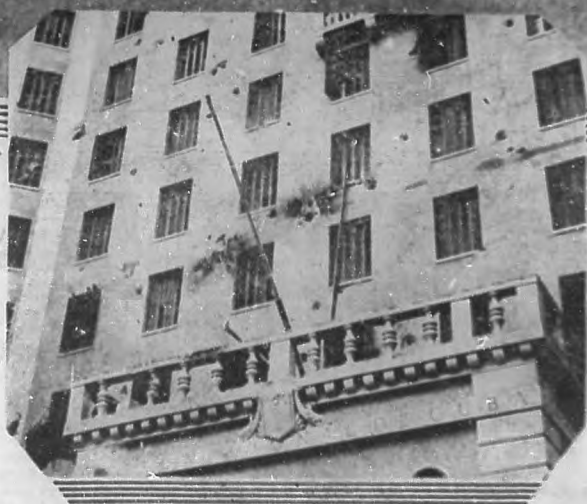




El Escenario

Esta página recoge dos aspectos de la parte posterior del famoso Hotel "Nacional", escenario de la más ruda batalla que ha presenciado la Habana desde la fundación de la república. Puntos negros aparecen los distintos agujeros producidos en la superficie de la mampostería por los impac-

(FOTOS DE



de la Contienda

tos de balas de cañón que fueron disparadas desde las calles de Calzada, Veintitrés y otros sitios estratégicos. Estas dos fotos, mucho mejor que todos nuestros comentarios, dan a los lectores una precisa impresión de lo que fue la dolorosa jornada del lunes 2 del actual.

(FUNCASTA.)



CUANDO HABLARON LOS CAÑONES

La fachada Oeste del hotel "Nacional" muestra los boquetes producidos por los disparos del cañón. La arista de una de las esquinas del mismo edificio también recibió una gruesa bala de 75 mm. Y la azotea del portal del Hotel muestra los escombros que cada disparo aloja en ella. Al fondo, un coto completamente desprovisto de sus pencas por las balas de ametralladora. Tres escenas del infernal combate que fué testigo la Habana.

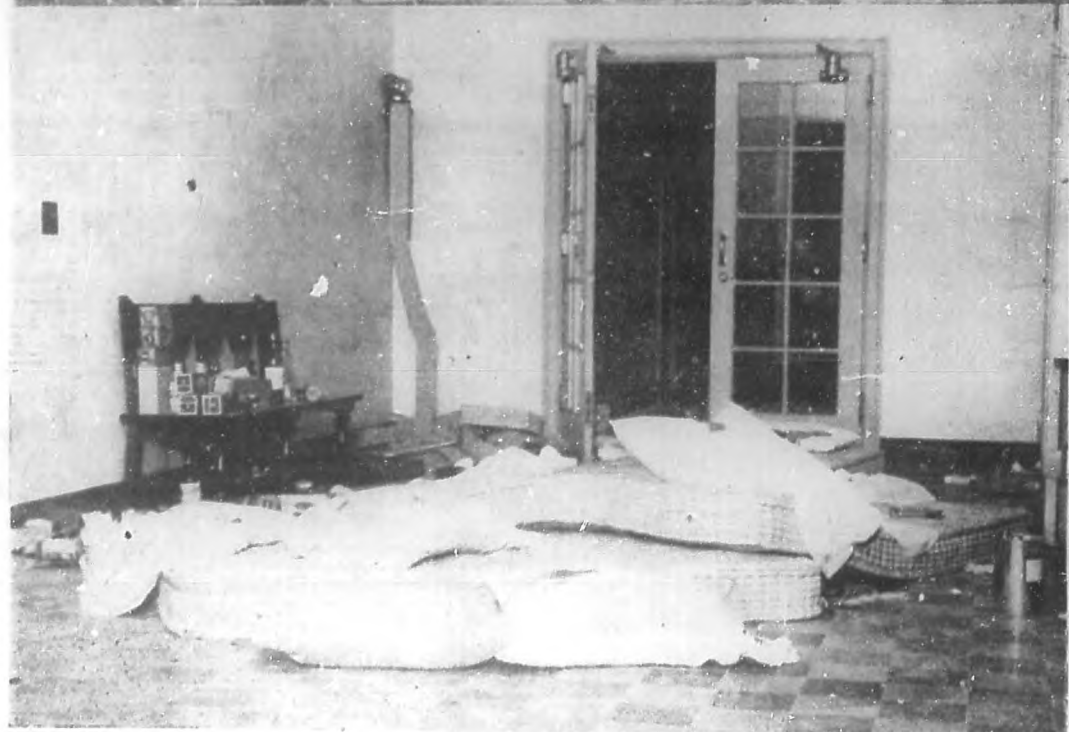
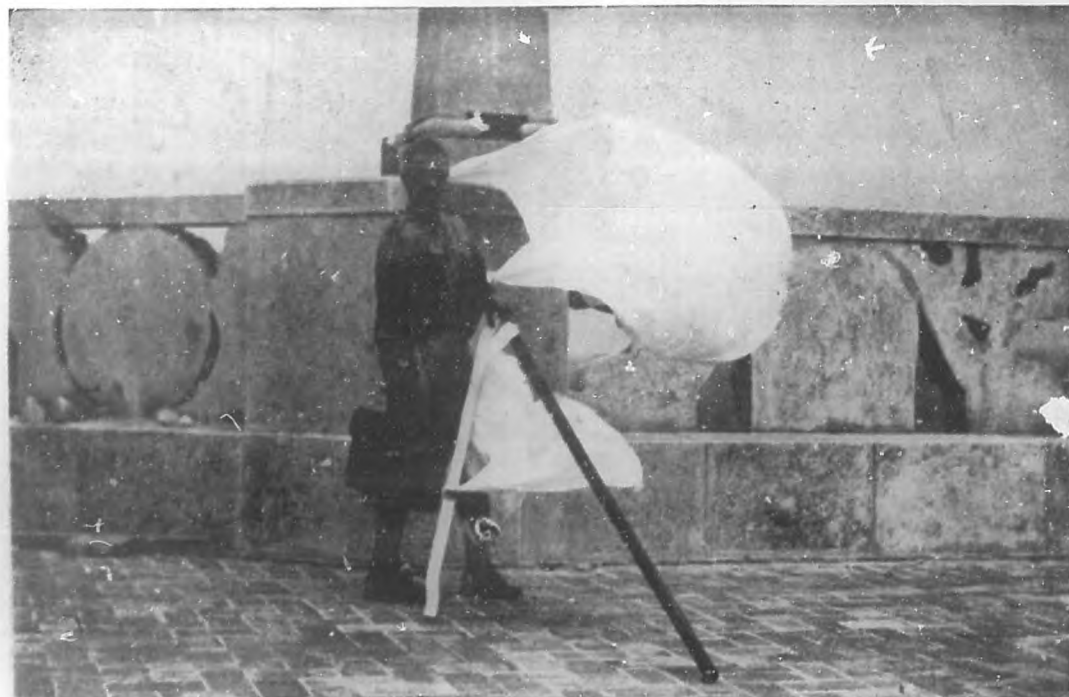
(FOTOS DE FUNCSTA.)



UN CICLON DE METRALLA SOBRE LOS BALCONES

La primera de estas fotos muestra una multitud de impactos de bala de cañón sobre las paredes del Hotel "Nacional" y uno de los balcones del edificio completamente destruido. La segunda foto muestra el basamento de otro balcón que también fué barrido por la metralla. La última de las fotos deja ver un agujero hecho en la arista del edificio donde la bala interesó el tubo de desagüe y la palma de coco que parece haber sido primeramente "dermochada".

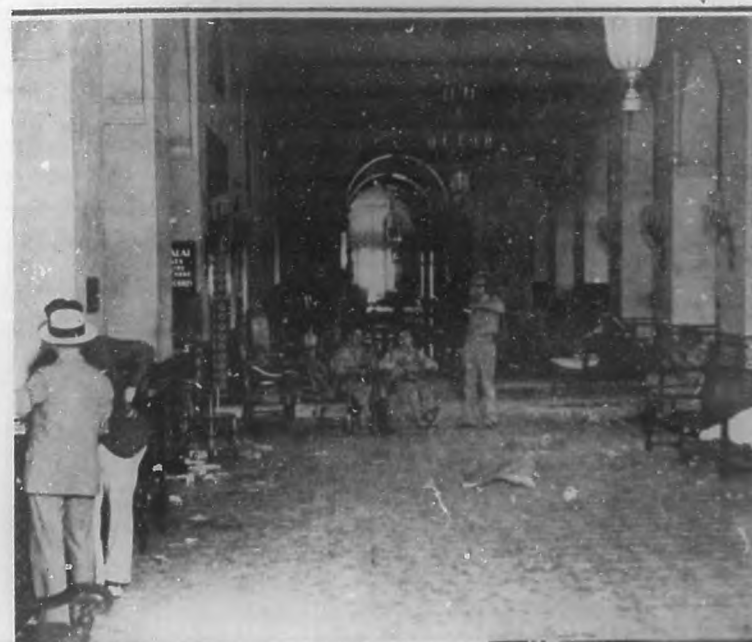
(FOTOS DE FUNCSTA.)



RESTOS DE LA JORNADA DE PLOMO Y SANGRE

(Arriba):—La bandera blanca, el símbolo de la rendición de los defensores del hotel "Nacional", todavía flotaba al aire, cuando nuestro repórter gráfico visitó el edificio.—(Abajo):—El improvisado botiquín de los oficiales, instalado sobre un sofá y junto al "Hospital de Sangre", formado por colchones y almohadas del Hotel. Este lugar está lleno de sangre de los heridos.

(FOTOS DE FUNCSTA.)



El que era confortable salón del lobby del hotel "Nacional" completamente plagado de escombros, se extraña de que en él ocupen cómodos asientos los soldados.



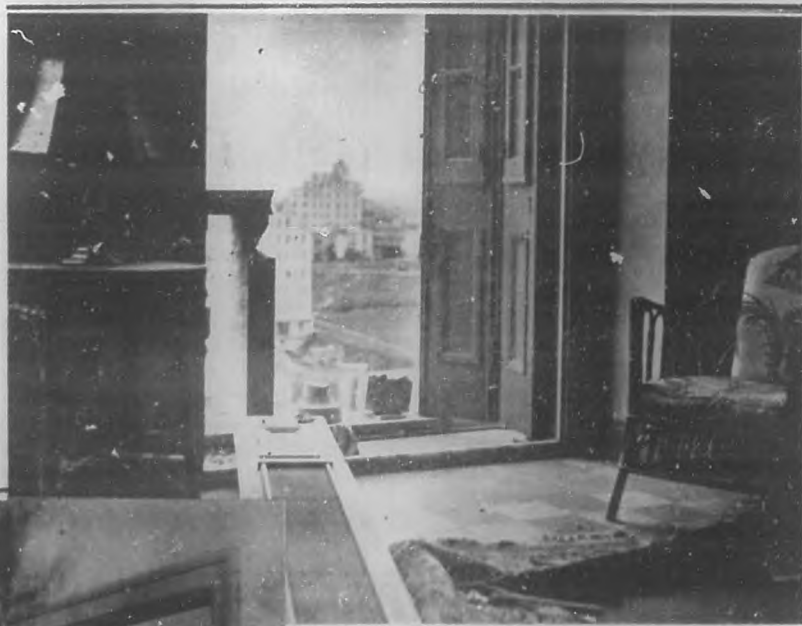
¿Una claraboya? Es el hoyo producido por una de las balas de cañón que perforaron la pared de una de las habitaciones del Hotel.

(FOTOS DE FUNCSTA.)

Una de las puertas del piso bajo del Hotel con el amplio boquete que sobre ella abrió una bala de cañón.—Abajo: Un pelotón de soldados con una ametralladora montada, para impedir la invasión del público.

**Huellas de la
Gran
Contienda**

Después
de la
Hecatombe



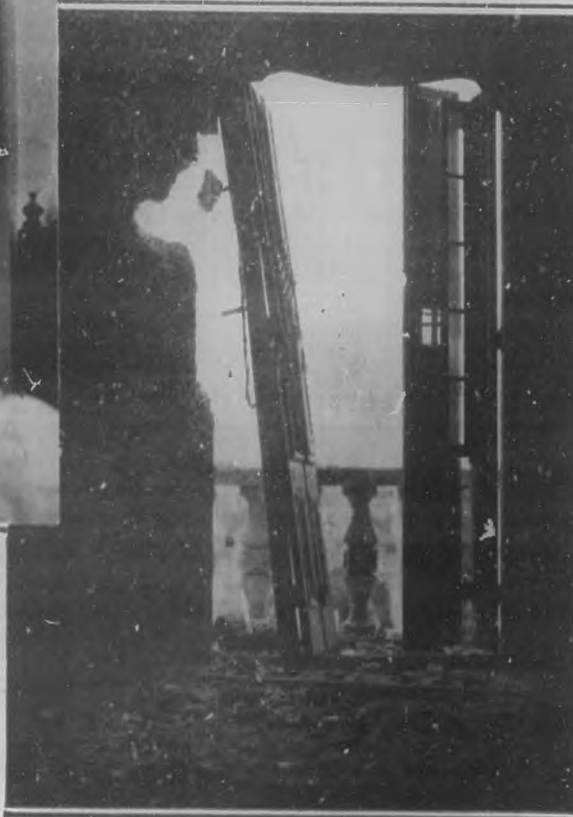
Una de las lujosas "suites" del Hotel "Nacional", en la que han residido acaudalados magnates que han visitado nuestro país, con el balcón y las hojas de la ventana arrancadas por los huéspedes de plomo y acero que allí se alojaron.



Las balas de cañón perforaban dos y tres de las paredes interiores del Hotel. Esta foto muestra el impacto de una bala de cañón, junto a la divisoria de dos lujosas habitaciones.

(FOTOS DE FUNCASTA.)

¿Ventana? ¿Aspillera? Nuestros lectores dirán lo que parece ésta que fué ventana de una de las mejores habitaciones del "Nacional".



Los soldados recogen las armas que están diseminadas por todo el edificio y aquellas que aún conservan puestas los cadáveres.

Después
de la
Contienda



Un camión del Ejército, situado en el Parque del Máximo, con una ametralladora instalada, para hacer frente a cualquier agresión posterior al combate o a cualquier intento de saqueo de la multitud.



Otra ametralladora, lista para escupir fuego y metralla, sobre los que intenten aproximarse al hotel "Nacional", donde hay abundancia de rico botín para los amigos del saqueo.

(FOTOS DE FUNCASTA.)

A la voz de "¡fuego!" los colaboradores del Ejército, situados en distintos edificios de las proximidades del "Nacional", disparan incesantemente con fusiles y ametralladoras de mano.





La muchedumbre que se agolpaba en los portales del edificio "Carreño", huye precipitadamente al escuchar los disparos que se produjeron después de tomado el edificio.

**RESTOS DE LA
JORNADA DE MUERTE
Y DOLOR**

Una de las ventanas del hotel "Nacional", donde aparecieron las primeras banderas de parlamento. Ya en esta oportunidad ambas palmeras de coco habían sido "desmochadas" por la recia y continuada lluvia de metralla.

Los autos que estaban junto al Hotel fueron completamente destruidos por el fuego de ametralladoras.

Una barricada en la calle Calzada, donde estaba instalado uno de los cañones de 75 mm.

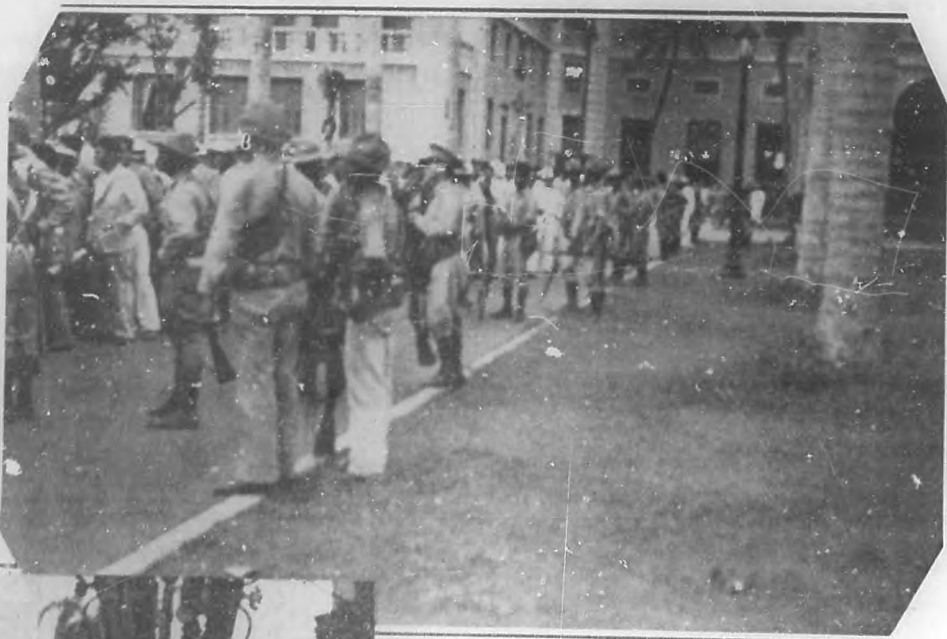


**Sobre el Campo
de Batalla**

La multitud invade la Avenida del Golfo, después de terminada la contienda y de conducidos los prisioneros. En la foto inferior se ve un grupo de personas ocultándose tras el muro, tratando de ponerse a salvo de los efectos de un nutrido tiroteo que se ha iniciado, momentos después de ocupado el Hotel por las tropas.

**(FOTOS DE
FUNCASTA.)**





Los últimos oficiales que salieron del Hotel escoltados por soldados hasta el camión que había de conducirlos.

De la Jornada Trágica Del 1 de Mayo

Cuando se inició el segundo tiroteo, de la rendición de los Oficiales, éstos, que en su totalidad se encontraban fuera del hotel, se arrojaron al suelo para no ser víctimas a las salas que cruzaban.



FOTOS DE BOHEMIA

Otro aspecto del grupo de Oficiales tendidos en el césped, tratando de evitar ser alcanzados por los disparos que se cruzaban en todas direcciones.



El estudiante Raúl Cabrera, del Directorio de la Escuela de Comercio, muerto en uno de los pasillos asfaltados que conducían al interior del Hotel "Nacional".

Víctimas de la Contienda



Una de las múltiples ambulancias en servicio, cargando heridos del "Nacional" para transportarlos a algunos de sus improvisados "Hospitales de Sangre".



El Capitán Médico Armando de la Torre, muerto después de rendido, tendido en uno de los jardines del hotel, ya cubierto. La muerte del capitán de la Torre, oficial de sólidos prestigio y revolucionariamente auténtico, ha causado honda pena.



Un aspecto de la s... de un grupo de soldados y oficiales, después de la rendición.

Balance Trágico



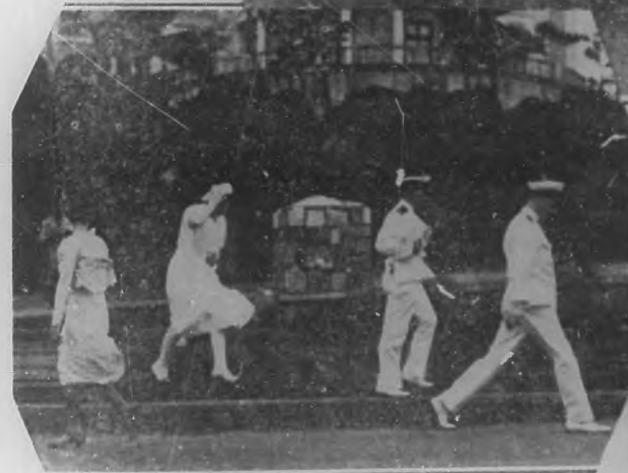
Uno de los jóvenes cooperadores de los soldados, que fué herido levemente, sale en unión de varios compañeros.

FOTOS "BOHEMIA"

Unos haríéndose cargo de la camilla en que van compañeros heridos y los otros recogiendo maletas y otros equipajes que tenían consigo, los Oficiales se disponen a tomar los camiones.

De la Con- tienda del Dia Dos

Un aspecto del edificio "Carreño", donde quedó instalado el Cuartel General del Ejército y desde donde se atacaba a los ocupantes del Hotel Nacional.



Oficiales de los buques de guerra americanos surtos en puerto, saliendo del "Nacional", después de ver los estragos producidos en el inmueble. Detrás de ellos, una de las camareras del hotel. Los oficiales se llevaban "souvenirs" del hotel.



El administrador del "Nacional" W. F. Taylor, con los señores J. H. Jarvis, Frank O'Connell, Benito Pérez, Juan Imperatori y el Teniente Benjamin Hernández, jefe de las fuerzas encasilladas de la custodia del edificio en los momentos en que el primero se hacía nuevamente cargo de la propiedad.



El edificio del hotel "Manhattan", su frío desperfectos a consecuencia de una bala de cañón que durante el bombardeo del Nacional cayó sobre el mismo.



Un grupo de Oficiales, esperando el vehículo en que han de ser conuocidos.

EPILOGO



Los Oficiales, custodiados por los soldados, desfilando hacia las embarcaciones que les esperan, en las proximidades del Muelle de Caballería.



Uno de los camiones que condujo a los Oficiales hasta el Muelle de Caballería.

(FOTOS DE FUNCASTA)

Otro de los camiones enfrentando las vallas que hay junto al edificio "Carreño". Sobre el techo del mismo un soldado apuntando al público en previsión de cualquier ataque.



Una fila de Oficiales marcha hacia las embarcaciones dispuestas para transportarlos a La Cabaña, rodeada por doble fila de marinos y soldados.



Dos Oficiales subiendo a bordo de la lancha que había de conducirlos hasta la fortaleza de La Cabaña.



(FOTOS DE "BOHEMIA")
Un gentío enorme invadió la explanada de La Punta y el nuevo Malecón para presenciar el transporte de los Oficiales hasta la fortaleza de La Cabaña.



El buque-escuela "Patria", que tuvo intervención en el combate de Gibara es el mismo que se situó frente al Hotel "Nacional" para tomar parte en la contienda entre Oficiales y el Ejército, disparando sus cañones dos veces.

Lo que yo ví de la Toma del Hotel "Nacional,"

por Miguel Angel Quevedo

Debido a la circunstancia feliz de vivir en ese trocito de la Habana que rodea el Golfo como un esmeralda collar, el haber sido testigo presencial del más trascendental hecho de guerra que ha tenido por escenario la capital de la República, desde la toma de la ciudad por Jaques Fore y la del Morro por los Ingleses. Nos referimos a la batalla campal en que, con la intervención de la mayoría de los elementos bélicos de que dispone el Ejército de Cuba, fué tomado el Hotel Nacional, después de varias horas de refriego.

Serían aproximadamente las once y media de la mañana, cuando alguien en mi casa, nos habló de la fuerte granizada que parecía estar cayendo. Como yo prestaba atención más en el ruido que en el efecto, efectivamente, un ruido continuado como el que producen los granizos se dejaba sentir. Parecía como si mil millones de objetos metálicos estuvieran cayendo sobre la azotea de la propiedad.

Para corroborar la certeza de la supuesta granizada, hubo de levantarme y abrir una de las puertas que da al balcón de la calle. El espectáculo que presencié era de los que nunca se olvidan. El ruido abrumador procedía de las inmediaciones del Hotel "Nacional". Ello me hacía pensar que algo extraordinario estaba ocurriendo entre sus tintados y alfileres. Pero el espectáculo maravilloso que mis ojos vieron, lo que tan profundamente me impresionó, qué ver que toda la superficie gris del edificio era intermitentemente iluminada por chispas de luz de color rojo, verde o azul. Parecía un maravilloso juego de fue-

ros artificiales, lo que no era más que la luz que producían las balas al hacer impacto sobre la superficie de las paredes.

Una ráfaga a lo largo de la curva del Malecón nos produjo otra impresión nueva por lo inusitado. La mayoría de las facultades que habíam en esos días, estaba en el orden de que, en el momento de la toma, yo, en pleno balcón, presencié el

El espectáculo que presencié en el momento de la toma del Hotel Nacional, fue uno de los más impresionantes que he visto en mi vida. El ruido que se escuchaba era de un tipo que nunca había escuchado antes. Era un ruido que parecía provenir de todas partes, como si millones de objetos metálicos estuvieran cayendo sobre la azotea del edificio.

Entre tanto, seguía escuchándose la detonación de los disparos de fusil y revólver, mientras las muchedumbres de soldados blancos y negros se iban reuniendo en el Malecón. Se inició a poco el desfile de camiones que iban cargados de soldados del Ejército y de infantes de Marina. La multitud, al paso de cada camión, se agachaba y daba vítores a los soldados. Infinito número de automóviles también cruzaba, transportando tropas que apuntaban hacia la muchedumbre, en previsión de cualquier ataque por sorpresa.

Verdaderamente resultaba asombroso ver al pueblo de la Habana, acudir en oleadas a situarse a lo largo del Malecón, indiferente al peligro que pudiera correr. En la columna de Escobar y Malecón, estaba situado un soldado que impedía el paso, porque precisamente allí se iniciaba la zona de peligro. Sin embargo, resultaba impropia su labor, ya que el público, que no ignoraba el peligro a que se exponía, cada cinco minutos trataba de cruzar más

(Pasa a la página 41.)

La Hiena de Cuba Entrevistada en su Cubil

El Tigre de las Antillas, en el mejor hotel del Canadá, deirocha, conspira y teine. — Envíos de oro. — Es algo sorprendente que el ex-Presidente de Cuba no deje de recibir dinero.

Esta entrevista, una de las primeras que se ha logrado hacerle a Machado y a su jauría, pinta la vida que en el hotel "Mount Royal" se da la gavilla de asesinos que han sido desalojados para siempre de nuestros límites territoriales por el soberano pueblo de Cuba.

La reproducimos porque pinta la vida íntima de nuestro Nerón, en latitudes nortefías; porque cuenta sus sueños de poderío y reconquista y porque expresa todo el cínico desdén y la absoluta tranquilidad de espíritu de quienes han especulado con la sangre de un pueblo generoso.

Para el mundo, la carrera política de Machado ha terminado. Los últimos vestigios de una posible restauración de su régimen procaz se han desvanecido irremediablemente con el triunfo de los elementos radicantes en Cuba. Y según indicios, parece ser cierto que el insigne inventor de la "porra" recibe las noticias del desarrollo que están tomando los acontecimientos, con una indiferencia de piedra.

Sus adláteres que lo han seguido tan oportuna como precipitadamente al destierro, y especialmente el doctor Octavio Averhoff y Eugenio Molinet, que a 6 Ministro de Agricultura, no pueden evitar dar señas de consternación que les embarga a causa de la última revuelta que dió al traste con el gobierno de Céspedes, pero el amo continúa sereno sin dar ninguna muestra de emoción.

Sin embargo, no obstante la máscara de indiferencia con que el Tirano trata de ocultar sus sentimientos, los elegidos que tienen el honor de hallarse próximos a su persona parecen descubrir algunos rasgos, muy tenues por cierto, solamente de ellos conocidos, que les prueban que Machado jamás abandonará sus pretensiones a reconquistar el poder absoluto que mal de su grado le quitaron. Ellos tienen muy buenas razones en qué fundar su optimismo relativo a que la maquinaria machadista no había sido destruída de manera que sea imposible volver a hacerla andar.

"NEGRO NACI Y NEGRA ES MI SUERTE."

La corte de "chicos" que se vinieron con Machado y los que se le agregaron aquí ("negro naci y negra es mi suerte!"), y que pululan por los pasillos, los bares y comedores del hotel consumiendo lo más caro y mejor a costa del "benemérito de la patria cubana", hacen gestos de inteligencia y con la movilidad facial propia de los trópicos dirigen unos guiños significativos en dirección de ciertos personajes que vestidos de impecable blanco, de finos modales y muy modosos se dirigen a las habitaciones privadas del ex-presidente donde son recibidos inmediatamente, y allí permanecen largos ratos en conferencias atareciendo más tarde para rechazar las suposiciones manifestadas por algunos de que son agentes de importantes intereses azucareros y de poderosas empresas americanas y cubanas, que poseen invertidos en Cuba vastos capitales en cuya representación Machado había estado gobernando durante los años de su ominosa dictadura.

Los curiosos que con la llegada de los cubanos a Montreal no cesan de observarlos, atraídos por el exótico espectáculo, se entretienen haciendo comentarios sobre la incesante afluencia de fondos que le llega a Machado

zoz, los docenas de trajes de los más caros que se encargaron, y los demás gastos que sin tregua ni descanso están haciendo ellos y sus partidarios en el hotel más lujoso del Canadá?

Ellos suelen aventurarse tan lejos en sus suposiciones, que hasta afirman que los atléticos individuos que guardan las puertas que dan acceso a sus habitaciones, al mismo tiempo que protegen sus vidas también cuidan de los millonchecos trópicos que contienen ciertas petacas de cuero, que según corrió la versión fueron cargadas en el avión que puso a salvo a los ex-gobernantes.

Machado, se encanta, — tiene preparado a sus enemigos una cierta jugarrera, y cuando llegue el momento ¡guay de ellos! El hombre que tuvo estrangulada en su pecho a Cuba, da muestras de una taciturnidad sospechosa, se pasa horas enteras sentado sin decir palabra. Pero, los que lo conocen, no mencionan más que una sola frase que él pronunció desde que lo arrojaron de Cuba, y que según ellos expresa el futuro de su país.

En aquella ocasión Machado dijo: **"Yo soy hombre de acción y no de palabras."** El ex-Presidente a veces recibe a los periodistas y se muestra bastante complaciente con ellos.

En sus habitaciones suelen reunirse los representantes de los principales periódicos del mundo, y mientras que los periodistas hacen sus apuntes, Machado en persona prepara y los sirve "cocktails". En su rostro moreno ha quedado petrificado el sello

de una expresión dura e impenetrable. Después de haber hecho los honores de dueño de casa, Machado se sienta y ya no se mueve más; a las preguntas que le hacen contesta lo que le conviene y para hacerse más agradable ensaya una que otra sonrisa, que más que una expresión placentera, se expresa en una mueca, no precisamente agradable.

De Cuba, de la situación política y de sus planes no quiere decir nada. Sobre el Canadá está dispuesto a hablar. Es un hermoso país, dice; lo quiere mucho. Los canadienses son muy simpáticos.

Pero hasta ahora Machado no ha visto nada del Canadá, no ha tratado a los canadienses ni ha pasado por las calles de Montreal.

El General bajó muy de prisa por la plancha del barco plutocrático que lo trajo de las Islas Bahamas. Pistoleos e individuos de su comitiva, gesticulando sin cesar, rodearon inmediatamente. El General dió unos pocos pasos en la tierra de un exilio y se metió en un automóvil de alquiler que partió velozmente rumbo al hotel; una vez llegado subió apresuradamente por la escalera a su departamento. Las puertas se cerraron de golpe tras él y dos negros de enorme estatura se colocaron delante.



GERARDO MACHADO

EL CHINO, EL MIVERTO Y LA DIOSA POR ALFRED COLLING

Un viento agrio y sonoro soplaba a ras de tierra y se perdía en el dédalo de las callejuelas de Bedoué. A pesar de eso, el cielo estaba transparente. El sol manchó acababa de hundirse lentamente en las ondas del río Nonni. Ya la oscuridad iba in-



tensificándose en el fondo de las tiendas: muchos comerciantes, como el viejo Tsi-Tehe, encendían lámparas de petróleo o velas olientes a alcanfor. Los extranjeros habían introducido la electricidad en el país el año precedente; pero casi todos los chinos nacidos en el siglo pasado se negaban a utilizarla.

La tienda del viejo Tsi-Tehe era estrecha y profunda. Se parecía a la bodega de un barco durante un naufragio. Numerosos objetos heterogéneos estaban desparramados por el suelo, como si una sacudida producida por un oleaje los hubiera derribado del lugar donde estaban hacinados. Y entre todos aquellos objetos, Tsi-Tehe circulaba sin tropezar con ninguno y haciendo menos ruido que un gato. Acariciaba pensativamente su barba y hacía erigir sus uñas sobre la piel aperraminada de su rostro.

Bruscamente, un joven chino irrumpió en la tienda. Parecía aturdido y alegre. Era Tsi-Hou, el hijo del comerciante. Su padre lo detuvo con un gesto lento:

—¿Qué tienes, Tsi-Hou?—le preguntó—. ¿Por qué te agitas así?

—Quiero anunciarte una buena noticia.

—Desde que estuve entre la gente de Europa, has cambiado mucho, Tsi-Hou—. Has copiado sus maneras y sus costumbres. Gritas, corres, y tus sentimientos se leen en tu cara como en un libro vulgar.

Tsi-Hou se encogió de hombros para dar a entender que se trataba de otra cosa. Y murmuró:

—Pasado mañana, iremos a visitar a tu amigo Nakaoka.

—¿Nosotros?—preguntó el viejo Tsi-Tehe, sin que su voz denotara el más leve asombro.

—Yo y algunos amigos, estudiantes también.

—¿Y por qué van a visitar a Nakaoka?

—Porque es japonés.

El viejo Tsi-Tehe no replicó. Volvió a comenzar sus paseos dentro de la tienda, lo cual lo alejó de la lámpara. Tsi-Hou distinguió apenas su confusa silueta.

—Nakaoka no es amigo mío—dijo de pronto el comerciante, acercándose—. Desde hace treinta años, nos desenvolvemos en el mismo negocio y yo le suministro seda para su comercio. Es un hombre honrado.

—Es un perro.

—Jamás hemos tenido que dirigirnos ni un solo reproche.

—¿Qué me importa? El ha nacido en la isla del sol naciente; es nuestro enemigo.

—Confucio aconseja el respeto a los ancianos.

—Tranquilízate; no le haremos daño ninguno. Pero, en cuanto a la tienda, no respondo de nada. Vamos a sucedir un poco las riquezas que él ha amontonado durante su maldita vida y de las cuales se siente tan orgulloso. No le dejaremos en su puesto ni la más pequeña flor de seda a tu miserable confrere—agregó el joven, que solía usar ciertas palabras francesas o inglesas, a pesar de su intransigente nacionalismo.

El viejo Tsi-Tehe permaneció inmóvil y Tsi-Hou salió como había entrado. Ya la noche había caído completamente. La sombra se espesaba en algunos lugares donde no llegaba la luz. El comerciante seguía errando entre los objetos, pero no dejaba de pensar en las palabras que había pronunciado su hijo. Aquellas palabras le desagradaban. Realmente, Nakaoka no era amigo suyo; era sencillamente un comerciante como él, mucho más rico y de nacionalidad japonesa, por añadidura. Sin embargo, el viejo Tsi-Tehe no podía acostumbrarse a la idea de que Tsi-Hou y sus camaradas fueran a saquear el establecimiento de Nakaoka. Pues, seguramente, destruirían todo en sus iras juveniles. Tsi-Tehe se situaba mentalmente en el lugar de su colega: pensaba en lo inmenso que sería su dolor si unos energúmenos invadían su dominio y echaban a la calle todo su comercio. Hubiera preferido dejarse ma-

tar a que profanaran el más insignificante de sus artículos. Y pensaba que Nakaoka apreciaba sus objetos tanto como él los suyos, y que era viejo también. Era preciso, por lo tanto, hacer alguna gestión en favor del otro. ¿Pero qué podía hacer? ¿Impedir que Tsi-Hou realizara su proyecto? El joven no retrocedería en sus intenciones, y además no estaba solo: sus camaradas ejecutarían el saqueo de todas maneras. ¿Prevenir a Nakaoka? En realidad, el viejo Tsi-Tehe se hallaba en una cruel perplejidad.

En tal situación lo sorprendió la hora de cerrar su tienda. Su indecisión era enorme. Salió a la calle para levantar el toldo de su minúscula vitrina. Murmuraba maquinalmente:

—Eres un muchacho, Tsi-Hou, eres un muchacho.

Volvió a entrar en la tienda y apagó la lámpara de petróleo. Después se dirigió hacia el fondo del corredor, empujó una puerta y penetró en una pieza pequeña en cuyo techo colgó un farol de papel transparente. Había allí una mesa, una estera y un aparato de fumador. Se arrodilló trabajosamente sobre la estera y preparó una pipa. El opio es buen consejero...

El día siguiente, Tsi-Tehe había tomado ya una resolución: iría a Nakaoka. Esperó la noche y, habiendo cerrado su tienda como de costumbre, se dirigió a casa del japonés. Hacía frío. Durante un rato, caminó a lo largo de la orilla del Nonni; los juncos estaban metidos en el fango; el agua negra burbujeaba en el fondo de agujeros invisibles. Luego Tsi-Tehe oblicó hacia la derecha y se internó en una calle un poco más ancha que las que acababa de abandonar: la calle principal de Bedoué. Allí fincó la tienda de Nakaoka.

La tienda estaba cerrada y Tsi-Tehe tocó a la puerta suavemente. Sin que ningún ruido revelara la aproximación de un hombre, una voz preguntó:

—¿Quién es?

—Tsi-Tehe que desea verte, oh venerado Nakaoka.

—¿A esta hora! ¿Tienes algún negocio urgente que proponerme?

—Abre, Nakaoka, tengo que hablarte.

—Pronuncia algunas palabras para convencirme de que eres el precioso Tsi-Tehe.

Tsi-Tehe pronunció unas palabras al azar, sin prestar atención a lo que decía. La puerta se entreabrió y el chino penetró en la tienda.

El japonés lo condujo a sus apartamentos.

Después de haberse dicho mutuamente las primeras cortesías, los dos hombres se agacharon frente a frente, sobre la alfombra. Y Tsi-Tehe empezó a explicar el objeto de su visita.

En las primeras horas de la noche siguiente, desde que las ámpulas eléctricas cesaron de alumbrar la calle principal de Bedoué, varios chinos jóvenes surgieron por encantamiento de todas las callejuelas adyacentes. Se reunieron silenciosamente delante de la casa de Nakaoka. Casi todos llevaban faroles o banderitas sobre las cuales había pintadas fórmulas de odio y de desprecio contra los enemigos de la Celeste República.

Pronto, ocuparon todo el largo de la calle. Sin embargo, estaban tranquilos, sin hablar, como si esperaran alguna orden. Dos jóvenes llegaron corriendo y se incorporaron al grupo. Entonces, todos comenzaron a lanzar clamores, acompañados de injurias y cantos patrióticos. La casa de Nakaoka estaba sombría, muda. Hubo un momento de tranquilidad y después volvieron a resonar los gritos. Los estudiantes se excitaban. Uno de ellos se separó de la muchedumbre y se atrevió a tocar a la puerta de Nakaoka. Era Tsi-Hou.

—Nakaoka, Nakaoka, deseamos decirte lo que pensamos de ti—dijo el joven estudiante—. Déjanos entrar.

Ninguna respuesta acogió esa declaración.

—¿Para qué te escondes, Nakaoka?—agregó Tsi-Hou—. Nos-



otros sabremos encontrarte, donde quiera que ocultes tu esqueleto vil y pestilente.

Se oyó un concierto de risotadas. Tsi-Hou, en plena posesión de su palabra, comenzó a pronunciar un frenético discurso:

—Tu eres un perro, Nakaoka, pero los perros se contentan habitualmente con los huesos que desdichosamente les arrojan, mientras que tú te has atrevido a venir hasta aquí para despojar a los hijos de Confucio. Eres un ladrón. ¿Qué haces entre nosotros, en un país que no es el tuyo y que te desprecia? Eres un tirano. Cuando tu alma pestilente abandone tu cuerpo, ambulará durante un millón de siglos a través de las soledades del desierto.

El discurso de Tsi-Hou continuó durante largo rato en el mismo tono. Sobre todo, le reprochaba a Nakaoka su nacionalidad japonesa. Y acabó dando un puñetazo sobre la puerta y gritando:

—Abre pronto!

Ese grito fué repetido por todos los que integraban el motín.

Pero la casa de Nakaoka permanecía muda, sombría. Tsi-Hou (Pasa a la Pág. 46.)

El Huracán



Vista aérea de los suburbios de Tampico, completamente destruidos por los efectos del demoledor huracán que cruzó por aquella zona del territorio mexicano. Al fondo, el río Pánuco desbordado.



Como en todos los desastres, los rateros de Tampico se dieron al saqueo de los edificios destruidos por el huracán y fueron cazados a tiros por las autoridades. La foto muestra dos de los foragidos, a los que el pueblo puso letreros alusivos en el pecho.

(FOTOS
INTERNEWS)

En el litoral de Tampico los daños fueron de gran consideración: muelles destruidos, buques gravemente averiados y barcos de menor porte que fueron sacados del agua.



de Tampico



Vista aérea de la progresista ciudad mexicana. Luchamientos después del cruce del violento meteo que tantos daños produjo. En la foto pueden observarse casas con piso totalmente demanteladas.



Los desheredados de la fortuna, los carentes de pan y albergue, reunidos en una casa donde malamente podían dormir, después del desastre. El edificio donde se albergan es una oficina pública.

(FOTOS
INTERNEWS)

Una de las estaciones del ferrocarril en Tampico, completamente inundada por los efectos del ciclón y por el desbordamiento del río Pánuco.



En crimen DESCONOCIDO

por
A. Fedlong

DESDE la terraza de uno de los hoteles de Loeches yo seguía, con unos anteojos, a varios viajeros que subían a la Gemmi, la inmensa y peligrosa elevación de los Alpes Helvéticos. A una señora que se detuvo cerca de mí, le ofrecí mi puesto. Yo la conocía de vista. Era una anciana que paseaba sola y no hablaba con nadie.

Me dió las gracias con una sonrisa y una señal negativa. Para iniciar la conversación le dije:

—¿Usted no ha estado nunca allá arriba?

—Sí,—me contestó.—Hace sesenta años que conozco la Gemmi y todos sus rincones.

—¡Sesenta años!—exclamé, loco de curiosidad.—Desde entonces, las cosas habrán cambiado mucho...

—Muy poco. Las cosas no cambian apenas en estos lugares. El camino ha sido ensanchado y consolidado en ciertos parajes. Han puesto algunas barreras aquí y allá. Eso es todo. En mi tiempo, no se veía en ese embudo del desfiladero, allá arriba, la cruz que recuerda la caída de la señora de Herlaincourt. En cuanto a la aldea de los Baños puedo decirle que ha crecido muy poco. La carretera que atraviesa ahora Loeches, no existía entonces. El correo federal no subía hasta aquí y las cartas las traía un caminante.

Ella se había sentado en un sillón de mimbre y yo me senté en otro asiento contiguo. Los solitarios suelen tener accesos de sociabilidad; hay horas en que los seres más taciturnos sienten un imperioso deseo de hablar con los demás. Evidentemente, aquella señora atravesaba una de esas crisis. Yo estaba dispuesto a escucharla. Los viejos tienen siempre algo interesante que contar.

—Yo no conocí a mis padres,—me relató la anciana.— Yo venía a Loeches con mi tío y mi tía, que tenían la misión de educarme. Ellos eran burgueses de Vevey. Su casa estaba construida de tal manera, que desde ningún punto se podía contemplar el admirable territorio donde vivíamos: ni el lago ni las montañas, ni siquiera el cielo. Ellos residían allí todo el año y venían a pasar el mes de agosto en Loeches.

—Me parece que usted no quería mucho a sus tíos...

—Yo los detestaba. Crecí, como se suele decir, a su sombra; pero aquella sombra era bastante fría. Mi tía era la bondad personificada; mi tío era la encarnación de la severidad. Pero yo prefería la severidad de mi tío a la bondad de mi tía. Después de todo, tal vez no eran tan malos. Mi imaginación infantil agrandaba sus defectos. Los que yo consideraba unos tiranos y unos monstruos, no eran probablemente sino unos tipos imbéciles y grotescos. Pero no sé por qué le hablo tanto de mis tíos. Eso no tiene ninguna relación con la historia que quiero contarle.

—¡Ah! ¿Tiene usted una historia que contarle?

Ella me contestó:

—Con las viejas, los jóvenes se exponen siempre a ese peligro.

—Sin embargo, esos detalles no son absolutamente inútiles—prosiguió la anciana.— Ellos explican por qué yo era la más huraña de las muchachitas de mi edad.

—Yo tenía entonces doce años. Huía de la proximidad de las personas mayores y hasta de los niños, pues no sabía jugar. Era burlada en las montañas completamente sola. Escalaba las cimas más altas con una facilidad extraordinaria.

—Desde el principio de la temporada, los edelweiss constelan los bordes de los de peñederos. Además, sobre una de las cimas más empinadas, había un abeto. Era un arbolito raquítico, pero que me interesaba más que sus gigantescos hermanos del valle. Se atrevía a vivir allí valientemente; era como el centinela de la vida forestal, perdido en el umbral de un mundo de nieve y de piedras. Había también otra cosa: una especie de pequeña caverna natural en la roca; un escondite para mi estatura. Yo me acurrucaba allí y permanecía así durante varias horas, invisible para los que subían y para los que descendían. Cuando pasaban cerca de mí, oía algunas de sus palabras; y mi imaginación urdía toda clase de novelas en torno de aquellos viajeros. Cuando la montaña estaba silenciosa y solitaria, yo tenía otros entretenimientos. Yo era entonces un cazador en acecho, un mohicano en su guarida, un anaoreta en su habitáculo. O bien, en un delirio o adormecimiento, me dejaba acariciar por los múltiples ruidos del agua, del viento y del follaje que se confundían en un rumor indistinto y misterioso.

—Un día—yo estaba en miantro desde la mañana—mis tíos

fueron a ver a unos amigos en Zermatt y me dejaron al cuidado de una señora que no se preocupaba por mi suerte. Yo había llevado mi almuerzo a mi guarida. Era el 15 de agosto y las campanadas de la fiesta subían hasta mi retiro. Había llovido por la mañana y el tiempo seguía amenazando. Todo el camino estaba mojado. Por lo tanto, los viajeros no eran numerosos. En una hora, pude contar a tres solamente. Hacía largo rato que nadie pasaba por allí cuando volví a oír un ruido de voces por encima de mi cabeza: una voz de hombre y una voz de mujer. Descendían lentamente, con paso tardado y cansado, golpeando las piedras con las puntas de sus pieles. Pronto, distinguí algunas palabras alemanas. La voz del hombre era sorda, breve, gutural; la de la mujer era alta, cantarina y algo plañidera. Sus paseos y sus voces se alejaban y se acercaban, según las sinuosidades del camino. Una piedra que sus pies habían puesto en movimiento, rodó hasta el lugar donde yo estaba acurrucada y se detuvo a mi lado. Al fin, el hombre y la mujer llegaron cerca del abeto y detuvieron su marcha, como para descansar. Se hallaban a poco más de un metro de mí, pero no podían verme. De pronto, la señora gritó:

—¡Un edelweiss!

—Era el único que quedaba en aquel sitio. Los viajeros habían cogido todos los otros. Aquel permanecía allí porque estaba demasiado cerca del abismo.

—Después de un momento, la mujer agregó:

—¡Yo lo quiero.

—El hombre no mostró ninguna intención de cogerlo, pero dijo fríamente:

—¡Cuidado! Es un sitio peligroso.

—Esas palabras resultaron un estímulo para la mujer.

—Avanzó poco a poco, como fascinada por la blanca flor que se alargaba, que se balanceaba sobre el abismo.

—Yo los veía a los dos, pero ellos continuaban ignorando mi presencia.

—Si me das la mano, desaparece el peligro—dijo ella.

—Se arrodilló, extendió una mano hacia la flor y la otra hacia su compañero. El hombre se inclinó hacia ella. Entonces presencié una cosa extraordinaria. En lugar de coger la mano que su compañera le extendía, el hombre la empujó bruscamente por un hombro; y la pobre mujer, perdiendo el equilibrio, resbaló en el vacío. Todo eso no duró medio segundo. Al caer, la mujer volvió el rostro y vi sus ojos dilatados de horror. Su boca se abrió para gritar, pero no podía hacerlo. Oí el sonido lejano de su caída que se perdió en el ruido del torrente.

—El hombre había retrocedido con rapidez. En aquel momento, nada le era tan fácil como verme; pero no veía nada. Se paró junto al abeto y oí su respiración violenta como un estertor. Su cara estaba livida, convulsa, crispada. Transcurrieron dos minutos. Alguien bajaba de la montaña. Era un campesino con una vaca. El hombre corrió hacia él gritando, con una voz estrangulada:

—¡Mi esposa! ¡Mi pobre esposa ha caído!

—¿Dónde?

—¡Ahí abajo! Quiso coger un edelweiss... ¿Dónde podré encontrar socorro?

—En el pueblo. Venga conmigo.

—Descendieron apresuradamente y volví a encontrarme sola.

—Al cabo de cierto tiempo, me atreví a salir de mi escondite, donde había permanecido rígida y helada por la emoción. La pié de la infortunada mujer yacía allí todavía. En el borde del abismo, el edelweiss estaba intacto. Lo cogí y lo llevé conmigo.

—Hallé toda la aldea alborotada. No se hablaba nada más que del accidente; cada uno lo contaba a su manera y ninguno decía la verdad. Todos los guías habían salido a registrar el precipicio con el pobre marido cuyo dolor, según decían las mujeres, era realmente desgarrador. A medianoche, una lúgubre procesión en-



tró en la aldea, al resplandor de las antorchas. Traía un cuerpo d'el guirado. Detrás, un hombre caminaba, sollozando y torciéndose las manos. Cuando mis tíos volvieron de Zermatt, ya el viudo había partido llevándose los restos de su mujer.

—¿Y usted no dijo nada?—pregunté a la anciana.

—No. Nadie me hubiera creído. Hubieran dicho que yo estaba loca. Nadie hubiera creído que se trataba de un crimen.

—Hubiera podido ser un accidente...

—Crimen o accidente, la escena de la Gemmi alteró todos mis nervios—continuó la anciana.— Todas las noches la horrible escena se renovaba ante mi vista, sin dejarme dormir. Mi salud se resentía. Al nerviosismo producido por aquel acontecimiento, debo las numerosas crisis que han trastornado mi vida durante varios años, y al mismo tiempo, la melancolía y la insociabilidad de mi carácter. Yo no le hablaba a nadie de aquella cuestión, pero no podía apartarla de mi pensamiento. De cuan-

do en cuando, examinaba largamente el edelweiss, cogido al borde del abismo y que había sido un testigo, casi un actor del horrible drama. Lo tenía guardado entre dos hojas de un libro titulado: "Los Crimenes Desconocidos", que era un relato, en estilo sensacional, de todos los famosos asesinatos cuyos autores no habían sido descubiertos.

—Sin embargo, poco a poco entraron otras preocupaciones en mi vida, que hicieron pasar a un segundo plano aquel suceso. A los diecisiete años, pensé en el matrimonio como en una puerta de salida. Es decir, como una puerta para salir de mi infierno, o de mi purgatorio. A medida que crecía, mi tía se ponía más arripática. Mi tío, viendo acercarse mi mayoría de edad, experimentaba cierto malestar pensando que tendría que rendir las cuentas de su tutela. Esto lo comprendí más tarde. Los dos querían desembarazarse de mí, pero por medio de un matrimonio que no lesionara sus intereses financieros subsiguientes.

(Pasa a la Pág. 44.)

DEPURACION JUDICIAL

por Herminio Portell Vilá

Tengo ante mí mientras escribo una nota referente a la llamada depuración del Poder Judicial, en la que se usa este lenguaje: La depuración del Poder Judicial es político-revolucionaria; para efectuarla no hemos atendido sino a la historia revolucionaria de los funcionarios. . . , queremos que el Poder Judicial esté en manos de los revolucionarios: **NO NOS IMPORTA SU COMPORTEAMIENTO NI SU COMPETENCIA NI AUN QUE SEAN INJUSTOS, SINO SOLAMENTE QUE SEAN REVOLUCIONARIOS.**

La nota que antecede fué facilitada, según se me dice, al decano del Colegio de Abogados de La Habana, doctor Llansó, para enterarle del criterio con el cual se haría la remoción y sustitución de jueces y magistrados.

No creo que haya quien pueda discutir mi condición de revolucionario, no ya de esa nutrida legión de los "R. D. U. H." (Revolucionarios de Última Hora) que aparecen por doquier, sino de la original, de los que protestaban y se arriesgaban cuando pocos lo hacían, cuando los estudiantes eran unos "locos" y los nacionalistas eran unos "busca-puestos". Si hubiese alguien que me disentase tal condición, tendría de testigos a dos estudiantes nombrados Carlos Pío Socarrás y Raúl Roa García, quienes, hace más de 15 años, después de convenir conmigo en que era necesario que los estudiantes universitarios protestasen públicamente contra la dictadura machadista, me pidieron que les sugiriese algún profesor titular con el cual se pudiese contar para que apoyase a los estudiantes. Recuerdo que sugerí el nombre del doctor Ramón Grau San Martín, actual presidente de la República, y que una noche del mes de septiembre de 1930 llevé a mis dos jóvenes amigos a casa del doctor Grau, quien atendió la petición de los dos estudiantes y ofreció apoyar la protesta estudiantil. El doctor Grau, de público es sabido, desde 1927 estaba en resuelta actitud de protesta frente a los desmanes que el machadismo cometía en la Universidad. De mí puedo decir que nunca vacilé en señalar a mis alumnos el camino del deber frente a la dictadura, desde mi clase de Historia de Cuba, y Augusto V. Miranda, quien entonces asistía a ella, debe recordar cómo acogió y aquellos primeros manifiestos enlazados "Patio de los Laureles—Cuartel Universitario" que antes de comenzar mi explicación me entregaba a la vista de todos sus compañeros. Conviene agregar que desde el propio día 30 de septiembre de 1930 hasta que salí de Cuba fui abogado de la mayoría de los procesos incoados contra estudiantes de la Universidad, del Instituto y de las Escuelas Normales, como también lo era, por el mismo espíritu de justicia y de protesta ante la dictadura, en no pocas de las causas contra los nacionalistas. De mi labor en los Estados Unidos, excitando las simpatías de los estudiantes y liberales norteamericanos, en cartas, artículos y conferencias, sobre el caso de Cuba, a tiempo que denunciaba la corresponsabilidad de diplomáticos, banqueros e inversionistas de aquel país, con la tiranía de Machado, hay debida constancia.

Dicho esto, y después de agregar que **NO HE SIDO NI SOY** aspirante a cargo alguno de magistrado, juez, fiscal, abogado de oficio, etc., etc., no puedo menos de condenar enérgicamente, como así lo hago, el criterio con que se viene haciendo la llamada depuración judicial y, además, el que las injusticias que con muchas cesantías y nombramientos han sido realizadas lo han sido, precisamente, porque no se actúa de acuerdo con el susmencionado criterio, lo cual significa que no hay criterio alguno para la depuración.

El proclamar que no importa el comportamiento ni la competencia del despojado, ni el carácter injusto del que lo sustituye, es una enormidad injustificable. De conformidad con esa tesis podemos llegar a tener un Poder Judicial que funcionará a espaldas y contra justicia. No se es revolucionario por solamente haber puesto bombas, combatido a los porristas, firmado manifiestos o protestado más o menos públicamente contra los crímenes del machadismo, sino porque se es capaz de realizar el programa de la revolución, y ese programa nunca proclamó que

la solución del problema cubano estaba en poner en manos de hombres que pueden ser incapaces, injustos y de mal comportamiento, la administración de justicia. El que tal afirmase, sea quien sea, nunca fué revolucionario; a lo sumo es un demagogo.

Todos estábamos de acuerdo en que necesitábamos tener jueces íntegros, rectos, de excelentes principios morales, en toda la judicatura. Ese es uno de los puntos de un programa de moral pública y de gobierno de altura que se ponía ante los ojos del pueblo cubano para mostrar que no se trataba de una "arrebatiña" de puestos, sino de una lucha por el adelantamiento de la moral ciudadana, la sanción de hechos delictuosos cometidos por criminales que habían asaltado el Poder y la reorganización completa de sistemas de gobierno destructores y que habrían de ser substituidos por normas renovadoras destinadas a traer paz, justicia y prosperidad a nuestra patria. Si ésto no se realiza, si se transige con que hombres incapaces, injustos y de mal comportamiento, puedan administrar justicia, entonces se podrá decir que el programa de la oposición no se cumple y la buena fe del pueblo cubano quedará burlada, y comprometido, a la postre, el buen éxito de la revolución.

De sus puestos de malos jueces deben ser expulsados—muchos lo han sido, es cierto—aquellos débiles y serviles que se inclinaban ante todo lo que Machado les ordenaba, que transigían con todo, que siempre encontraban un artículo o una jurisprudencia que retorcía para justificar lo injustificable. ¿Están seguros los señores que hacen la llamada depuración de que tal han hecho ya? ¿No habrá alguno que haya quedado gracias a sospechas habilidadas para cubrir a última hora sus pasadas culpas? ¿Quién garantiza que ese individuo no volverá a las andadas cuando crea que puede hacerlo? ¿Puede acaso fundamentarse sobre tales individuos la administración de Justicia de un país que quiera suprimir lacras y errores y servilismos que condujeron a la omnipotencia de la fuerza bajo el machadismo?

Estas capitalísimas preguntas pueden y deben ser hechas también respecto a todo el que sin un puro record revolucionario haya sido nombrado; respecto al arribista audaz, al opositorista de última hora, que actuó por cálculo interesado, etc.

No parece que hayan sido tan numerosas las injusticias en cesantías, sobre todo, si tenemos bien presente el extraño criterio depurador que anotamos al principio de este artículo. Ha habido una, sin embargo, que ha llegado a mi noticia y que debe ser reparada por honor de la revolución. Me refiero a la del Juez de Instrucción de la Sección Tercera, licenciado Eduardo Potts. El licenciado Potts recibió un brevísimo, seco oficio, en que se le comunicaba que sus servicios estaban terminados. . . y nada más.

El juez Potts es un magistrado recto, justiciero, inflexible. De algunas fases de su actuación frente a las exigencias del machadismo tengo información de primera mano, como que por circunstancias personales tuve ocasión de conocerla. Ya en 1930 sabía yo que él no era dócil a las órdenes de arriba cuando la rectitud de sus principios le imponía otras normas de conducta. En el mes de diciembre de 1930, sin embargo, tuve la primera oportunidad de observarle erguido frente a la injusticia, con ocasión de aquella proclama dirigida "Al Pueblo de Cuba", en que Pablo de la Torre-Brau, su redactor, señaló magistralmente las responsabilidades que el ex-embajador norteamericano Harry F. Guggenheim tenía en el sostenimiento de la dictadura machadista, proclama que fué firmada exclusivamente por mujeres cubanas y en que se confundieron las firmas de Dulce María Borrero de Luján y Apolonia Gomila de Barceló, Hortensia Lamar y Teté Casuso, Judith Martínez Villena de Talbot y Pilar Jorge de Tella, Flora Díaz Parrado y Ofelia Domínguez, y otras muchas cubanas. Por esa proclama se inició la causa núm. 1004 de 1930, a virtud de denuncia hecha por el vigilante 1391, y el juez Potts se negó a procesar a las firmantes. Como abogado de mi esposa, quien también había firmado aquel valiente documento, la acompañé a declarar. De ella como de todas sus compañeras recogí

(Pasa a la Pág. 47.)

Sangre Cubana Derramada



Dos aspectos de los féretros de los miembros del "A. B. C. Radical" caídos en la jornada del hotel "Nacional" y tendidos en el local de esta agrupación, donde sus compañeros montaban guardia de honor.

(FOTOS DE
(BOHEMIA.)



* Una caravana de atáúdes en dirección al Cementerio. Son los soldados que estaban tendidos en Columbia. Igual espectáculo imponente ofrecía el entierro de los oficiales muertos. Sangre cubana inútilmente derramada, sangre necesaria para más grandes empujes nacionales.

MUERTOS Y HERIDOS DE LA REFRIEGA COMUNISTA



El niño FRANCISCO GONZALEZ CUETO, de trece años de edad, que fué muerto en la refriega de la calle de Reina. Este niño es colegial y vecino de Cotrea cinco.



Otro de los cadáveres encontrados en la calle de Reina. Este todavía no ha sido identificado.

Otro aspecto de la cabeza del niño FRANCISCO GONZALEZ CUETO, brutalmente mutilado.



El obrero MANUEL AMENEDO, tendido en el Hospital de Emergencias, donde se trata de salvarle de las heridas recibidas.



Otro aspecto de la cabeza del niño GONZALEZ CUETO.



El Tte. PALAU de los Bomberos, herido en un costado a consecuencia de un tiro que le fué disparado, por mano desconocida, en la esquina de Monte y Suárez.



El Cap. HERNANDEZ RUDA, fotografiado en Emergencias, días antes de fallecer.



Soldado Benito BATISTA, que fué herido en la refriega.

Alberto DIAZ, obrero que también fué gravemente herido, por perdigones.

(FOTOS DE FUNCASTA.)

Los Disturbios del Entierro de Mella



El Ejército, rifle en alto, se pasó por todos los portales de la Calzada de la Reina, en el vano intento de restablecer el orden alterado.



Un ángulo de la Plaza de la Fraternidad, ocupado por tropas del Ejército y de la Marina, que destruyeron el basamento levantado por miembros del Partido Comunista.



Las banderas y estandartes rojos, insignias del Comunismo, que fueron destruidas por la fuerza pública.



Miembros del Ejército completando la labor de destruir el túmulo de ladrillos sobre el que se pensaba depositar las cenizas de Mella.

(FOTOS DE BOHEMIA.)

Tropas de Caballería dirigiéndose al lugar de los hechos, que fueron tiroteadas por manos incógnitas, al cruzar junto a la Plaza de la Fraternidad.



Editorial

Todo por Cuba

No se despeja el horizonte de la patria. Como si Cuba fuese un pueblo maldito, se desatan en su seno terribles furias. Esta muchacha parece por el egoísmo y las pasiones—al ambiente cubano generoso y hospitalario que tradicionalmente nos presentaba al juicio del orbe como un pueblo superior.

Casi media docena de años duró el esfuerzo opositor frente al funesto Machado. Los tres últimos años fueron de abnegada lucha, de heroico sacrificio, de exquisita idealidad.

Los cubanos podíamos enearnos dignamente con el mundo. Superiores a pruebas que pocos pueblos hubiesen resistido, triunfamos de la tiranía machadista. Eramos vistos por otras sociedades sometidas a despótico freno, a yugo ignominioso, como un ejemplo de lo que logran las energías ciudadanas cuando tienen por acicate la virtud.

El pueblo de Cuba y todos los pueblos—llenos de alborozo—festejaron la victoria revolucionaria; pero fué unánime la creencia de que con el éxito revolucionario se iniciaba en Cuba una etapa histórica brillante, una etapa que respondería a los vivos afanes y sublimes sacrificios del país.

Es hora de grandes sinceridades. Es hora de honradas rectificaciones. Es hora de cívica entereza. Es hora de reconocer y declarar que al derrumbe del Machadato no ha sucedido un orden de cosas que satisfaga plenamente el sentimiento público y oriente a los espíritus por el camino de la fe.

Los revolucionarios estaban obligados a una más equilibrada conducta. No se mantiene a un pueblo en la tensión nerviosa que ha sufrido el pueblo de Cuba durante seis años—ni mucho menos en el verdadero silencio de los tres años últimos—, para luego ofrecerle como triste cosecha una maremagnum de personalismos y recelos, entre una atmósfera envenenada por el encono y la ambición.

Nadie nos ha ganado en firmeza y perseverancia frente al inolvidable machadismo. Amenazas, violencias, prisiones, bárbaros órdenes de muerte, no silenciaron a BOHEMIA. Nadie, por otra parte, puso más esperanzas en el período venturoso que con el derrumbe del Machadato parecía que comenzaba.

Semanas después—removida la estructura del gobierno que presidía el doctor Céspedes—abrimos crédito en nuestros corazones y en las páginas de BOHEMIA a la nueva situación. Porque el movimiento del 4 de septiembre nos hizo el efecto de algo más radicalmente revolucionario,

ungido por la ideología universitaria y garantizado por el sentimentalismo de una sana juventud.

Pensamos ahora que fuimos en nuestras ilusiones demasiado lejos. La tendencia persistente hacia la unión de todas las fuerzas revolucionarias victoriosas (que esperábamos fuese propósito básico y ansia fervorosa), no ha reponido a nuestras ilusiones. Más de un mes ha transcurrido, y ningún indicio promete que se realizará la profunda concentración de fuerzas revolucionarias que juzgamos indispensable, para hacer frente a los graves problemas del momento y encenar la vida republicana hacia un despejado porvenir.

Sangre cubana enrojecer es a frecuencia el suelo de la patria. Y las madres—las madres abatidas, que ya ceden al peso de tantas desdichas—siguen escribiendo con lágrimas del alma los capítulos de su incesante dolor!

No parece el pueblo de Cuba aquel pueblo bravo y generoso que universalmente se aplaudía, más que por su indómita bravura, por su infinita generosidad.

Frente al inabarcable espectáculo de nuestras iniquidades, es difícil que observadores extranjeros admitan sin reservas que éste es el pueblo que hicieron famosos—con el prestigio de sus grandezas espirituales—hombres como Ignacio Lora, Monte y Antonio Maceo, entre otros adalides del Ejército Libertador.

Basta de apasionamientos y ambiciones. No más egoísmos, no más furias desatadas, no más sangre. Los que se llaman pueblo del pueblo cubano frente a las atrocidades machadistas—con inclusión de los que actualmente gobiernan—están obligados a una conducta irreprochable. Porque se impusieron ellos mismos—ante la opinión pública y ante la historia—un supremo deber. Y también las revoluciones tienen un decoro que cuidar.

Bastante desgracia y bastante luto dejó como herencia el Machadato. Nadie puede sentirse con derechos que lesionen los derechos colectivos. Sobre las sagradas convenciones de la República, no es lícito que coloque el personalismo o la bandería su interés.

En nombre de todas las patrióticas delicadezas—en nombre de tantas madres que simbolizan el inmenso duelo de Cuba con los crepusculos de su martirio—, BOHEMIA clama por fórmulas que reconcentren las dispersas energías revolucionarias en un único pensamiento y una salvadora acción.

Lacret hizo lapidaria su sencilla frase: "Todo por Cuba".



El Cruce del Ciclón

Esta página recoge varias impresiones gráficas del cruce del último ciclón, nota de inquietud y de alarma, que vino a sembrar un nuevo motivo de preocupación entre los muchos que durante los pasados días ha padecido la ciudad capital. Felizmente, el capricho de los

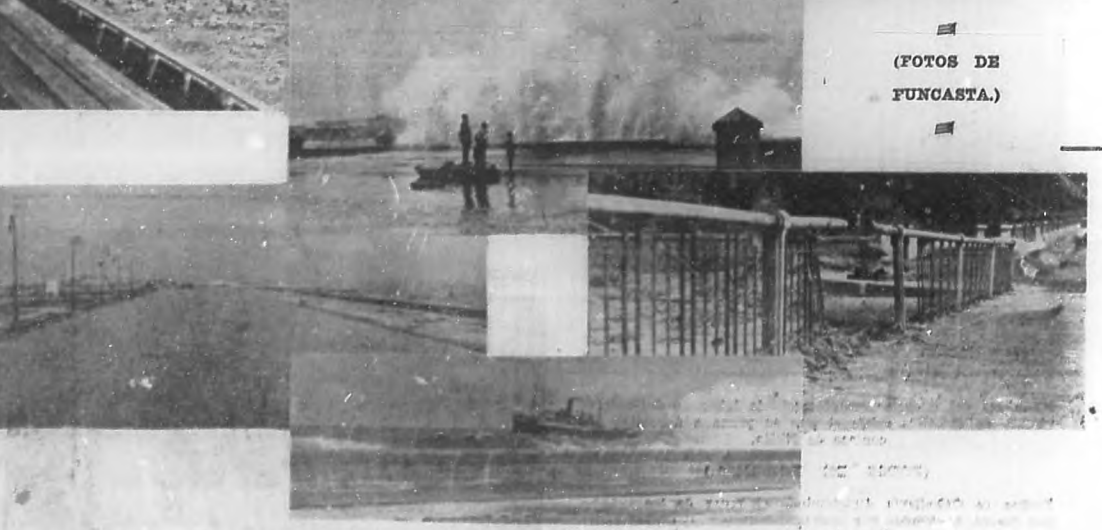


por la Capital

vientos desatados trazó una dirección distinta a la de la Habana. Y aunque padecemos varias horas de tormenta, los daños materiales y los producidos en las personas—salvo algunos heridos leves—no han sido de mayor trascendencia.



(FOTOS DE FUNCASTA.)



Reflexiones sobre la cuestión del



MR. SUMNER WELLES

golpe que fué ejecutado el 4 de septiembre.

Como consecuencia inevitable, la oficialidad quedó desorientada. El día 6, se conocieron los nombres de los oficiales que los aliados consideraban inmaculados y cuyo regreso a las filas fué solicitado inmediatamente. Pero ese mismo día, ante la divulgación de la noticia de que los Estados Unidos intervenirían en Cuba recurriendo a la Embajada Platt, los oficiales se reunieron para deliberar sobre los acontecimientos. No podían transigir con una selección hecha por las clases y los aliados, pero acordaron que si su negación a retornar a sus puestos aumentaba las posibilidades de la intervención extranjera, regresarían a las filas inmediatamente, sin reparar ni reservas de ninguna clase.

Era necesario saber con firmeza si la actitud que adoptarían los oficiales influiría sobre la conducta a seguir por el gobierno de los Estados Unidos. Por lo tanto, se nombró una comisión para que visitara al Embajador Welles y le hiciera saber que los oficiales estaban dispuestos a sacrificar todo sentimiento de dignidad y de amor propio, ante el peligro de que nuestra nacionalidad sufriera un eclipse. Integraban dicha comisión los Alférez de Navío Miguel Ángel Caballín y Miguel An-



DR. HORACIO FERRER

gel Padrón Betancourt, y el Subteniente Contador Jacinto Folsch.

La comisión visitó al Embajador, e impuso éste de su cometido, contestó: "Que él no podía darle clases de dignidad a la oficialidad cubana. Que el regreso a las filas no cambiaba el curso de los acontecimientos".

Con la contestación de Welles, los oficiales estimaron que regresar a las filas sacrificando los motivos de dignidad que

ellos creían tener, era inútil, por lo que acordaron mantenerse apartados de sus mandos. Es necesario hacer constar que la junta de los oficiales a que nos referimos estaba compuesta por oficiales jóvenes, que se estimaban inmaculados.

Los oficiales pasaron dos días tratando de conectarse unos con otros, buscando donde reunirse para deliberar, llegando a su conocimiento que el Hotel "Nacional" era el mejor sitio por encontrarse alojados en él el Coronel Sanguily y el Embajador Welles, lo cual hacía suponer que en este lugar no serían molestados.

En la mañana del domingo 10, se reunieron los oficiales refugiados en el Hotel Nacional, en el comedor, para deliberar sobre su situación. Hablaron los Capitanes Carlos Montero y Torres Menier. El Coronel Horacio Ferrer visitaría al Embajador. A las doce del día volvió Ferrer diciendo que el Embajador le había manifestado "que el Gobierno de su nación no reconocería al nuevo Gobierno de Cuba, sino que el doctor Céspedes recuperaría el poder, y entonces los oficiales, serían, a su vez, restablecidos en sus respectivos mandos." No aseguramos que el Embajador hiciera esta declaración, pero sí que el doctor Ferrer nos lo dijo.

El mismo domingo por la tarde, el doctor Miguel Mariano Gómez, por mediación de su primo el Teniente Maquinista Pedro Martínez Moles y Arias, se ofreció como intermediario para buscar una solución digna al problema. Y enterados de ello, los oficiales acordaron que dicho Teniente y el también Teniente Auditor Andrés Fuente Feany, fueran a entrevistarse con el doctor Gómez, pero en esto llegó al Hotel el Coronel Julio Morales Coello, hermano político del doctor Gómez y ex-Jefe de la Marina Nacional, y su presencia fué mal interpretada, quedando con ello interrumpida la mediación del Dr. Gómez.

Anteriormente, el sábado 9, como a las doce de la noche, el doctor Lucio de la Peña audió al Hotel con el propósito de ofrecer sus buenos servicios, que tampoco fueron aceptados. En cambio, esa misma tarde, una comisión del A. B. C., presidida por el señor Edel Farrés, llegó al Hotel acompañada de un numeroso grupo de miembros de esta institución, perfectamente armados y equipados, donde permanecieron varios días con el propósito de reforzar a los oficiales. Entre los "reforzantes" se destacaba la figura pintoresca, que por sus años y su indumentaria ofrecía el ex-joven de la Acera del Louvre Rodolfo Mallén, con dos revólvers al cinto, una canana de balas, unas botas de montar enterizas, una chaquetilla verde, y en las manos, un paquete, que aunque adoptaba la figura de uno de galtonicas de soda, él decía que era de bombas de reloj.

El domingo 10, la comisión de abecedarios volvió al Hotel por la mañana, dedicándose a afiliar a su institución a muchos oficiales. Esa misma mañana, el Director de un viejo diario habanero, acompañado de su hermano, hablando con un grupo de oficiales, aconsejaba se mandara a buscar al doctor Carlos Manuel de Céspedes y los miembros de su Gabinete, para que, desde el Hotel, ejercieran funciones presidenciales, dictando los decretos que fueran necesarios por radio, de manera que, al haber en Cuba dos gobiernos,

Reflexiones sobre la cuestión del Hotel Nacional

Uno de los oficiales que estuvieron refugiados en el Hotel "Nacional", nos ha enviado este interesantísimo artículo, donde relata todo el proceso de la tragedia, desde los preliminares de la reclusión, hasta el sangriento desenlace del día 2. Accediendo a sus deseos, hemos dado nuestra palabra de honor de no revelar su nombre. Pero BOHEMIA hace constar que a pesar del serio aspecto de veracidad que tienen las afirmaciones del autor de este trabajo, declina toda la responsabilidad que pudieran entrañar las imputaciones contenidas en algunos de sus párrafos. Las páginas de nuestra revista no han sido nunca inaccesibles para las sanas opiniones, sobre todo cuando contienen alguna trascendencia informativa que contribuya al esclarecimiento de nuestros confusos problemas nacionales.

no le quedara a los americanos más remedio que intervenir.

Después, los días pasaban lánguidamente; de la calle llegaban las noticias más absurdas; los moradores del Hotel se encontraban divididos: la oficialidad joven, la inmaculada, se sentía separada del elemento viejo, de los tachados por los aliados y por ella misma. Y sin embargo, la necesidad de resistir obligaba a permanecer unidos a los hombres que esa oficialidad joven, en sus juntas revolucionarias, había acordado expulsar del Ejército y la Marina.

El General Menocal, que en los primeros días se acercó al Coronel Sanguily para aconsejarle que buscara una solución al problema, y cuya indicación no fué escuchada por éste, cambió de opinión y pensó que se podía dar un golpe por derrocar al Gobierno, apoyándose en los oficiales; y a este efecto, el Coronel Ferrer se convirtió en el vocero del programa al que se adhirieron los Jefes viejos. Los oficiales jóvenes recibían la adhesión del A. B. C. para apoyarlos en el mismo propósito y, juntos todos, provocar la revolución en la Habana, para derrocar al nuevo gobierno.

Tan inminente parecía en el Hotel el choque, que un día Mr. Taylor, administrador del mismo, llamó por teléfono a los Estados Unidos para hablar con el Presidente de la Sociedad propietaria del Hotel y tratarle del problema, y éste le respondió "que no se preocupara, que el gobierno americano había dado al doctor Grau cuarenta y ocho horas para que restableciera al doctor Céspedes en la presidencia de la República, las que estaban al vencerse, y entonces saldrían los oficiales del Hotel."

En el Hotel se decía que los alistados estaban descontentos, que querían ponerse en contacto con los oficiales para derrocar al Gobierno. La investigación hecha fué contraproducente: con los soldados y marineros no se podía contar para cambiar el "status" político actual, y así se le informó al Coronel Ferrer y al General Menocal, quienes aconsejaron que nadie actuara aisladamente, sino que esperaran órdenes, para lo cual indicó que se estableciera contacto con los Coronales Perdomo y Erasmo Delgado, que estaban fuera del Hotel y que eran los que recibían órdenes de Sanguily. En el Hotel, la división entre los Jefes tachados de cul-



GENERAL MARIO G. MENOVAL

En los primeros días, una persona interesada en resolver el problema, se acercó a la Junta de los Cinco y le indicó que quizás, una proclama firmada por todos los componentes del Gobierno, llamando al servicio a los oficiales, haría que éstos acudieran a las filas. El Gobierno acogió con agrado la indicación. A este buen propósito se interpuso la inconsciencia del Teniente de Navío Felipe Lora, aquel día Jefe de la Marina, el que enterado de lo que se iba a hacer, firmó una comunicación llamando al servicio a los oficiales de la Marina, con lo que frustró el propósito del "gobierno de los cinco" y el intermediario.

En el problema del "Nacional" hubo una intranquilidad a priori. Los oficiales tuvieron la debilidad de nombrar su vocero al Coronel Ferrer, sin tener en cuenta que éste era un amargado por la destitución sufrida en su cargo de Secretario de la Guerra. Cuando se entrevistó con el Dr. Grau San Martín, para aconsejar el problema de los oficiales, Ferrer, desconociendo la fuerza de la realidad de los hechos, lo único que se le ocurrió fué pedirle la renuncia al Presidente y la de los demás miembros del gobierno. El doctor Grau, a esta petición, manifestó que "la contestaba entendiéndole un abuso a los oficiales".

En momentos en que el gobierno autorizó para tratar con los oficiales a todo el que se hiciera como intermediario, y que éstos nunca hicieron una proposición, con las condiciones que aceptaban para volver a sus puestos; y en esta situación amaneció el desdichado lunes 2 de Octubre. Lo sucedido este día, toda la nación cubana lo sabe. De ambas habas sacaban hombres dignos, valerosos, en el cumplimiento de lo que cada uno interpretó como su deber. No los hagamos inculpables, dejémoslos que descanse en paz y ten-

(Para la Pág. 65.)



CORONEL JULIO SANGUILY

pables y los oficiales jóvenes era cada día más honda. Los mismos planes de defensa y ataque eran motivo de diferencia de criterios. En lo único en que estaban de acuerdo era en no volver a sus puestos.

EN LA FURNIA DEL INFIERNO

Esta fotografía, que más bien parece recoger una escena de la Gran Guerra, en que los hombres se alojaban como ratas en los agujeros que abrían los obuses en el suelo ensangrentado, muestra un grupo de soldados de los que custodiaban el hotel "Nacional", que sorprendidos por el fuego en esta furnia de junto al edificio "Carreño", tuvieron que permanecer en el lugar durante todo el mortífero combate. Según nos informa nuestro repórter gráfico, tres de ellos fueron muertos por los disparos del "Nacional" (los dos del círculo del centro y el que está boca abajo a la extrema izquierda), los dos de la extrema derecha fueron heridos teniendo que abandonar la ametralladora que manejaban. Los únicos supervivientes son los tres sentados a la izquierda, uno de los cuales mira de frente a la cámara de nuestro fotógrafo.



LA MUERTE LES SORPRENDIO CUANDO HACIAN POR LA VIDA

Este grupo de cinco soldados que ocupaban el vivac de la izquierda, estaba tomando su desayuno en los momentos en que se inició el tiroteo. Escasamente tuvieron tiempo de refugiarse en la quebradura del suelo, donde uno tras otro fueron siendo blanco de los certeros disparos que procedían del hotel "Nacional". Cuatro muertos y un herido grave (el que está de frente a la cámara) es cuanto quedó de los pobres desdichados que en esos precisos instantes tomaban alimento con que conservar la vida. Según dice el superviviente, eran tales las muecas de su compañero de la derecha en el momento de morir, que horrorizado le echó el sombrero sobre el rostro para no mirarlo más.

(FOTOS DE FUNCASTA)

MUNDIALES



ROOSEVELT VISITA LA GRAN FERIA DE LA HABANA.—Y el júbilo popular se manifestó, al cruce de su coche, por la lluvia de trocitos de papel que demostró el entusiasmo de las multitudes de la Ciudad de la Gran Feria.

COMO MIRA EL SERVICIO EXTRANJERO LAS COSAS DE CUBA.— (Reproducimos del pie de fotografía): El Presidente GRAU estrecha la diestra de Juan B. HERNANDEZ, el perpetuo rebelde cubano, cuando el último le visitó para reiterarle su adhesión. A la izquierda, está el coronel BATISTA, recién cuando jefe del Ejército. Aunque durante una semana se ha estado significando que HERNANDEZ estaba rebelde, este dijo al Presidente que nada de eso era cierto.



(FOTOS INTERNEWS.)

EL CÁNCILLER-TITLER INICIA TRABAJOS PARA EVITAR LA DEPRESION.—Adolfo HITLER, tira la primera piqueta de tierra de una carretera en construcción, la primera de una serie de obras que planea hacer, para sacar a Alemania de la depresión y dar trabajo a sus millones de desocupados.

LOS RUSOS DE FILADELFA ENCADENAN A ESTA SEÑORA.—"ARA CHASQUEAR A LA POLICIA.—Mary BROOKS, miembro de la Liga de Jóvenes Comunistas americanas, fué encadenada a un poste de la esquina de Broad y Walnut, para impedir que la policía pudiera terminar rápidamente la arena que ella dirigía a la multitud, protestando por el enjuiciamiento de los incendiarios del Reich alemán. Y consiguieron su finalidad, porque fué necesaria la presencia de la reserva policia para romper la cadena de Mary BROOKS.

De la Serie Mundial



ROOSEVELT LANZA LA PRIMERA BOLA.—Marvin Mc Dury, Secretario de la Presidencia; Cronin, manager del "Washington"; Terry, de los "Gigantes" y Griffith, propietario del primer team, rodean al Presidente de los Estados Unidos, al lanzar la primera pelota de la Serie Mundial de 1933.



SCHULTE ATRAPADO ENTRE PRIMERA Y SEGUNDA.— El center-field del "Washington", hecho out por Critz, la formidable segunda base de los "Gigantes" en el primer inning del juego inicial verificado en "Washington".

(FOTOS INTERNEWS.)



Un aspecto de Polo Ground de New York durante la celebración del juego inicial de la Serie Mundial de 1933. Más de cuarenta y cinco mil fanáticos ocuparon los distintos stands para ver a sus favoritos iniciar la discusión del "pennant".

WHITEHILL, uno de los pitchers del "Washington", pretendió llegar a home mediante un hit de Gordin, siendo despedido out, a pesar de su deslumbrante. Este episodio pertenece al primer juego de la Serie Mundial.



El hombre se encontró, de pronto, en la calle, desorientado y confuso. Estaba perdido en sí mismo y las ideas le daban vueltas en el cerebro como un rehilete loco. ¡Dos días sin dormir!

La persecución era continua, implacable. ¿Le matarían? Seguramente. Los viejos delitos, cometidos por orden oficial... ¿Era culpable? ¡Sus jefes! ¡Bonito papel habían hecho sus jefes! Huyendo, suicidándose, dejándose llevar mansamente a las prisiones... Y ahora, ¿qué?

Estaba perdido. Solo, abandonado, en medio de la calle por donde corría la revolución como un torrente de fuego y de acero. Un poco más allá, a doscientos

metros, un destacamento de soldados emplazaba una ametralladora en la intersección de tres avenidas... Bueno: él tiene su "Lewis" y cuatro cargas. No se dejará coger así como así. ¿El pescuezo? Le dolería verse suspendido de una farola pública, en medio de la avenida. Es mejor hacerse matar, en pleno combate. Ahí, debajo de su chaqueta de estibador, palpita todavía su corazón de hombre fuerte. Es verdad que acelera su ritmo y salta como un caballo. (El lo siente.) Pero es que ha sido cogido de sorpresa y está bajo todos los fuegos enemigos.

¡Enemigos! Todos son enemigos... ¡Cómo han cambiado las cosas! Ayer mismo... No. Hace cuatro días... Ha perdido la noción del tiempo. Vuelve a razonar. Hace 4 días, su brigada era el terror de la ciudad. ¿El terror? No. ¿Por qué? Se la respetaba, simplemente. Sí. Eso es; y ahora... se ha perdido el respeto. Eso es todo.

Hasta esa fecha era una autoridad. Sargento. No lo sabían todos. La Sección, secreta, no llevaba uniformes. Pero todos se habían vuelto enemigos y todos le conocían y le buscaban. ¿Enemigos? ¿Dónde están los enemigos? No se ve sino gente que cruza, apresurada. Algunos con armas. ¡Hum! Unos celulados pasan con la bandera verde donde campea la estrella de seis puntas. Todos han estado en la cárcel, cuando su Sección sorprendió una reunión secreta. La Avenida es ancha y se abre como un brazo inmenso hasta tocar el corazón de la ciudad. ¡El corazón de la ciudad! Allí estarán crepitando las ametralladoras... ¿No ha empezado ya la matanza? Debajo de un árbol mira cruzar al grupo, que no lo ve ni se fija en él.

¡Cuatro años de batalla para perderla al fin! ¿Valía la pena o no valía la pena? Cree que no, porque la pena ahora es mucha. La muerte ha tendido un cerco del que no escaparían sino las ánimas. ¡Y aún así! No siente el espíritu. El corazón, sí. Late... late... late...

Ha pasado esta última noche sobre el suelo. El viejo zapatero que lo refugió estaba más asustado que él.

—Muy temprano, por la mañana, a la calle...

¡A la calle! ¡A la muerte!

Y es su tío. Pero tiene miedo. ¡Más miedo que él! Y a él le va la vida... Bien; entonces...

Ya está, pues, en la calle. No te asustes, viejo. Todo el mundo está en la calle, sobre las aceras, en los por-

Perdido

por
J. de
Ybarzabal

La mañana se ha abierto como una flor de luz amarilla, que se enreda en las azoteas, en los balcones y en las banderas flameantes. En la perspectiva, los árboles manchan, a trechos, el camino blanco...

Sigue inmóvil.

¡Un camino! Es todo lo que necesita... ¡Un camino! Pero es que ni dentro de él lo encuentra. Ni se encuentra a sí mismo... ¿Se habrá perdido, de verdad, definitivamente?

(Pasa a la Pág. 65.)

tales, sobre el adoquinado. El también. El sol es tibio y la mañana se abre amplia, generosa, disoluta. Todos los soldados están también en la calle. ¡Una fiesta! ¡La revolución, una fiesta! Por los balcones saltan trapos azules y rojos y blancos. Banderas tricolores y gallardetes verdes. El viento los bate y los hace lucir al sol como si fueran una cosa extraordinaria.

¡Bah!

¿Las ocho? Cierpo. Las ocho de la mañana. Es jueves. Otras veces... Pero no. ¿Para qué el recuerdo? Ahora hay que ir adelante. Romper el cerco, batirse contra todos. Acaso... ¿Entregarse? No, amiguitos. Tengo una "Lewis", ¿saben?, y cuatro cargas. ¡Una "Lewis"! que ha matado ya y conoce su oficio. ¡Una "Lewis"! ¿Se dan cuenta? Se aprieta la cintura por encima de la chaqueta azul... ¡Una "Lewis"!

Los tranvías pasan chirriando. Pesados, lentos, por entre los álamos. El no toma ninguno. No tiene prisa. Está inmóvil; solo... solo... solo... entre tanta gente que parece que huye. ¿Huye de qué? ¿De él? Si no le han visto. ¡Ah, si lo vieran! El huyó también, del recuerdo, del ayer, del mañana.

Se olvidaba obstinadamente.

La sangre le golpea las sienes, y el recuerdo le golpea el cerebro. Es como cuando, con el cabo de la pistola, él golpeaba el cráneo de los estudiantes y de los obreros, dentro del calabozo, en la Sección. Y ahora, ¿éstos son los que mandan? ¡Bonita cosa! A él, sí, sí, lo dejarían ir tranquilo por la ciudad... Aprieta otra vez el cabo de la "Lewis" por encima de la chaqueta. Es, en último término, una bandera de esperanza, plegada allí, junto al ombligo. Es también como un perro furioso, con dientes de repuesto, pronto a saltar hacia adelante, tirando dentelladas de acero. ¡Vamos! Un juguete precioso. ¿Acaso no está él también allí, su dueño, para dar la voz?



EL HURACAN CUBANO

La segunda revolución (la revolución, como sus secuaces la denominan), ha descubierto claramente la tendencia cubana hacia la izquierda. La caída del gobierno de Céspedes fué acogida con gran regocijo popular, ya que dicho gobierno iba con demasiada lentitud hacia la reforma constitucional, se revelaba demasiado benigno con los instrumentos del ex-dictador y mostraba mucho su etiqueta de "Hecho en la Embajada de los Estados Unidos", para satisfacer a los elementos más radicales de entre los revolucionarios.

El pronunciamiento de los sargentos, apoyado por los estudiantes, indicó también que la revolución no es solamente de izquierda, sino de un carácter más fundamentalmente social que lo que al principio se creyó. Un nuevo espíritu de nacionalismo vive en Cuba hoy en día. Sus objetivos son aún parcialmente oscuros; pero ha surgido una ola de inflamado descontento que no podrá calmarse hasta que se hayan dado los pasos necesarios para corregir los peores males económicos y sociales que afectan a Cuba. La caída de Machado marcó, no solamente el final de una dictadura política, sino también el principio de lo que promete ser una lucha social costosa y prolongada, semejante a la de México hace veinte años. Probablemente en Cuba habrá un período de desintegración y desorden antes de que se restablezca la estabilidad. Si Washington opone su veto a este doloroso privilegio del gobierno propio, entonces habrá intervención.

El campesino y su hermano, el obrero de la ciudad, —descontentos y desesperados por el hambre y las privaciones, pero desorganizados y en su mayor parte carentes de articulación entre sí— constituyen la corriente principal de la actual marca revolucionaria. El campesino quiere trabajo, pan y tierras. Excepto por el alivio sentido con la caída del odiado dictador y ocasionales rachas de sentimiento anti-yanqui, las cuestiones políticas no han tenido influencia con el campesino. La organización obrera apenas si le ha tocado. La inquietud social en los campos, hasta ahora, ha tomado la forma de luchas esporádicas. Hay informes de que veinte de los ciento treinta centrales azucareros que estaban en actividad en Cuba, se encuentran en manos de los trabajadores o de administradores designados por los obreros. En la ciudades, las organizaciones obreras son débiles todavía, después de ocho años de represión machadista, en que los gremios fueron disueltos por la fuerza y sus jefes desterrados, encarcelados o muertos. Los esfuerzos que se llevan a cabo para una reorganización efectiva requerirán tiempo. Los comunistas, con toda su manifiesta agresividad, representan una pequeña mayoría y posiblemente no tienen fuerza bastante para desempeñar un papel de importancia.

Los estudiantes y el A. B. C., de una parte, y los viejos políticos, de otra, están en mejor posición para capturar y controlar la corriente de descontento popular. Entre los viejos políticos tienen especial prominencia el astuto ex-presidente Mario G. Menocal, jefe de los conservadores; el coronel Carlos Mendieta, ex-liberal y ahora figura dominante de la "Unión Nacionalista", y Miguel Mariano Gómez, quien fué Alcalde de La Habana y es el director de los populares. Estos señores son caudillos, de la antigua escuela, y su influencia sobre las masas no es despreciable. Washington se entiende con ellos porque buscan que Cuba vuelva a la normalidad. Esta normalidad significa para los políticos en general (aunque Mendieta y Gómez son considerados personalmente honrados) "libertad para el pillaje"; pero para el pueblo cubano ello equivale, además, a continuar la dependencia económica de su país del capital norteamericano y el mantenimiento de la Enmienda Platt sin modificaciones esenciales.

Lo que los grupos jóvenes están resueltos a impedir es, precisamente, la vuelta a la antigua normalidad, llena de corrupción y de desvergüenza. Aparentemente, tanto los estudiantes como el A. B. C., carecen de relación con las masas obreras o agricultoras.

Ambos grupos tienen credos predominantemente liberales y democráticos, con tendencias hacia el fascismo más bien que hacia doctrinas comunistas. Y aunque ambos grupos avanzan en la misma dirección, la realidad es que no van hombro con hombro.

Los estudiantes muestran todo el intránsito idealismo y la arrogancia de la juventud y son tan dogmáticos como valientes. Aunque el A. B. C. participó del programa de mediación del embajador Welles, los estudiantes se negaron a figurar en el mismo. Fueron ellos los primeros que se opusieron a la dictadura de Machado, y su gallarda campaña de seis años les ha conquistado una posición de influencia y jefatura que es única en toda la América Latina. Los miembros del A. B. C. y de su afiliada, la O. C. R. R. son, por lo general, diez años mayores que los estudiantes. Su política muestra menos intránsigencia y más "realismo". Durante el mes transcurrido desde la caída de Machado el A. B. C. ha sufrido una extraordinaria transformación. Bajo el gobierno de Céspedes evolucionó de una sociedad secreta que predicaba y practicaba el terrorismo hasta ser uno de los fuertes pilares del orden público. En la segunda revolución, sin embargo, la influencia del A. B. C. quedó eclipsada por la más radical de los estudiantes.

Aparte de sus luchas intestinas, los líderes de la nueva Cuba revolucionaria — viejos y jóvenes — tienen que estar alertas en la observación de otras dos fuerzas cuyo poder es inconstruible y cuyo futuro curso es tan difícil de predecir como el de un ciclón tropical. Una de esas fuerzas es el ejército cubano; la otra está representada por los Estados Unidos. El Ejército ya ha actuado una vez y está ahora dividido entre oficiales y soldados y hace temer otros problemas, ya que puede aún hacerse pedazos y su desintegración amenazar a todo el país.

Washington significa una fuerza más firmemente establecida que el Ejército cubano y menos sujeta al control de los líderes cubanos. Su poder militar, hasta el momento en que escribimos, no ha aparecido en la escena cubana. Debemos dar crédito al presidente Roosevelt y al secretario Hull por sus esfuerzos a fin de evitar la intervención franca. La conferencia de Roosevelt en la Casa Blanca con los representantes diplomáticos de Argentina, Brasil, Chile y México, y las seguridades que les dió de que los Estados Unidos hacían todo lo posible para evitar la intervención en Cuba, pueden constituir un importante paso inicial para la substitución, en tales emergencias, de la acción unilateral por otra panamericana. Es de suponer, además, que Washington calcula bien los enormes gastos de una intervención en Cuba, la que además esterilizaría el crédito adquirido por el programa de la retirada de los marines de Nicaragua y Haití, y seriamente amenazaría las actuales negociaciones para concertar tratados de comercio interamericanos. Esa resolución, al momento quitaría toda su fuerza a la oposición que los Estados Unidos hacen a la intervención unilateral de Japón en Manchuria y sería un serio golpe, en el presente crítico estado de las relaciones internacionales, para todo el programa pacifista mundial.

A despecho de esta aparente e inicial abstención de los Estados Unidos, a Cuba, sin embargo, no le ha sido permitida completa independencia en la actual crisis. El precipitado envío de una gran escuadra, la concentración de soldados, las frecuentes intimaciones de Washington sobre que la intervención era inminente y la alegada oposición del embajador Welles a la nueva Junta Revolucionaria son todos hechos que los cubanos han observado y los cuales no olvidarán. Aún más flagrantes que esos enunciados detalles son, a los ojos de los cubanos, las seguridades dadas a los oficiales del Ejército para que se concentraran y armaran en el hotel "Nacional", de La Habana, donde el Embajador norteamericano tiene su residencia.

(Pasa a la Pág. 67.)

LO QUE YO VI DE LA TOMA DEL HOTEL "NACIONAL"

(Viene de la página 18)

allá para continuar en dirección al lugar de los acontecimientos. Los mismos portales del edificio Carreño se veían completamente embargados por la multitud que allí se había apostado. Muchos chuscos comentaban aquellos detalles significando: "Ya los cubanos se han acostumbrado a las balas. Ya les han perdido el miedo."

A cada camión de tropas que cruzaba, la ola humana que ocupaba el Malecón parecía estrearse, escuchando el ruido de una ovación y frases distintas de vítores a los soldados.

Serían aproximadamente las ocho de la mañana, cuando pasó frente a nosotros la máquina de la Embajada Americana, a bordo de la cual viajaba Mr. Sumner Welles. Al llegar frente al edificio que en Malecón ocupa el "A. B. C. Radical", fué detenida la máquina del diplomático yankee. Bajó del coche el Embajador de los Estados Unidos y fué hacia el edificio del "A. B. C. Radical", mientras los soldados, cuadros, le abrían paso. Momentos después siguió el auto en dirección al edificio "Carreño", donde estaba instalado el Estado Mayor de las tropas, y donde, según se nos informó después, había gestionado una tregua para permitir la salida a empleados del hotel, que se encontraban dentro del mismo.

Como a las diez de la mañana desembocó por el Morro el crucero "Patria". La nave de guerra acudió hasta muy próximo al punto de la costa en que está enclavado el Hotel "Nacional" y se situó de proa hacia éste como si pretendiera hacer fuego. Después de unos cuantos minutos reinició la marcha, limitándose a ir y venir por frente a aquella zona.

Ya a las doce eran escasos y aislados los disparos que se escuchaban. Circuló el rumor de que se había dado un plazo a los Oficiales. Se dijo que si a las doce no se rendían se reiniciaría el fuego.

Al filo de la una de la tarde, el "Patria" inició el regreso al puerto. Coincidiendo con él, un destroyer americano apareció en el horizonte. Hubo expectación en la muchedumbre. Los más vivos comentarios se hacían en torno a la aparición de aquel buque. Los habitantes del Malecón, sin embargo, no sintieron gran inquietud, porque todos ellos eran testigos de la maniobra diaria

¡SE AGOTAN!

COMPRE ESTE POR 20 cts.



¡Las existencias ya se agotan! Vaya hoy a donde su proveedor — compre un tubo grande del Dentífico Colgate por 20 cts. y obtenga como REGALO un Jabón Palmolive Grande.

Palmolive es el jabón que tiene por principal ingrediente embellecedor, el balsámico ACEITE DE OLIVA. Más de 20,000 especialistas en belleza lo recomiendan. El Dentífico Colgate limpia y hermosa la dentadura—su sabor delicioso perfuma el aliento. Mientras haya existencias, obtenga estos dos requisitos para el tocador, en su estuche envuelto en papel transparente, ambos por 20 cts. Súrtase bien hoy mismo—un estuche para cada miembro de su familia.

AHORRE DINERO

1 Tubo Grande del Dentífico Colgate, vale 20 cts.

1 Jabón Palmolive grande, vale 10 cts.

Juntos, valen 30 cts.

CÓMPRELOS POR 20 cts.

que realizaban los buques del Tio Sam, maniobra que consistía en que un destroyer procedente de aguas americanas reemplazara al que estaba apostado en nuestro puerto.

El destroyer 156, que era el que venía, se detuvo algunos minutos frente al Hotel "Nacional", continuando después su marcha hacia el interior del puerto de la Habana. Como una noche (Pasa a la página 65.)

SANGRE CUBANA

Los tristes y dolorosos acontecimientos del día 2 de octubre, después de prender la nota espectacular en una mañana gris que seguramente no estaba llamada a tener mayor trascendencia, satisficieron la curiosidad de la masa que—pasado el primer momento de ansiedad y preocupación—se entregó al placer un tanto morboso de contemplar dos puñados de hombres dedicados a la brutal tarea de destruir mutuamente. Al final de la contienda, el terrífico balance de los caídos marcó una cifra próxima a la centena entre muertos y heridos.

Y después del epílogo aterrador del recuento de los que han caído para siempre y de los que ofrecieron sus carnes para que por ellas atravesaran las balas vertiginosas y maullantes, todavía se escuchan los más diversos comentarios, orientados de acuerdo con las simpatías de quienes los expresan u obedientes a las noticias por éste recibidas, en que se hacen nulpaciones de falta de hidalgüa y de espíritu poco humanitario, a uno y otro bando contendiente. No es BOHEMIA la llamada a determinar cuya es la razón. El tiempo y la historia son los encargados de depurar la responsabilidad de tan aciagos sucesos. Sea cual fuere la culpa, lo cierto es que se ha derramado sangre cubana en abundancia, lo cierto es que el dolor ha tocado a un centenar de puertas a la vez, lo innegable es que un puñado de hombres jóvenes, cuya existencia tenía un alto valor de porvenir, ha caído para siempre en una jornada que no tenía ni siquiera los oropeles de la idealidad.

En la mañana del día tres de octubre, acudimos al local del "A. B. C. Radical", al Campamento de Columbia y a la residencia de varios de los oficiales caídos en la tremenda jornada del día anterior. En todos estos lugares había madres, esposas y hermanas doloridas para siempre. Y en todas partes había luto, negro luto que desde los vestidos se colaba hasta las almas. Y al constatarlo así, tuvimos la certeza más absoluta de que el día anterior no habían habido ni vencedores ni vencidos, que la Muerte y el Dolor eran los dueños definitivos del campo de la contienda.

Bien está que la sangre de los hombres corra cuando con ella se va a robustecer la savia de los más altos ideales; bien está que se cubra la tierra de rojo líquido cuando se trata de defender el solar de nuestros abuelos de la codicia de aventureros y conquistadores; muy bien está que se laven en sangre las afrontas inferidas a la dignidad nacional; muy bien también que para exterminar de raíz una tiranía bestial, el pueblo brinde su sangre a los instintos asesinos de Machado; pero está muy mal que la falta de entendimiento, las vanidades y las pasiones sectarias, hagan que se derrame sangre viril y

necesaria a más altos fines. Y sea cual fuera la causa determinante de la contienda de que fué escenario el hotel "Nacional", sea cual fuera la razón para que ambos grupos de hombres cubanos se atacaran con furia y enañamiento nunca vistos en nuestra capital republicana; se nos antoja que hubo más de apasionamiento por ambas partes que de esa necesidad de sacrificio que antes señalamos. Estérilmente, obscuramente, sin más resultados que dejar el zarpazo del dolor hincado para siempre en los corazones de mil familias y en los anales de los recuerdos dolorosos de un pueblo, dos puñados de hombres ofrecieron el espectáculo del sacrificio de sus vidas del mismo origen y vinculadas a la misma necesidad

BOHEMIA, que siente el duelo que en estos momentos agobia a integrantes de la sociedad cubana; BOHEMIA, que siente el estéril sacrificio de un puñado de hombres jóvenes, ha querido recoger la verdadera palpación de esta semana trágica en una portada simbólica, en una portada que muestra a la patria experimentando toda la intensidad del duelo de tantos hijos perdidos para siempre.

Tal parece que la tragedia se empeña en ensombrecer la alegría de la liberación cubana, tal parece que desde las sombras sigue palpitando la maléfica influencia del Machadato sediento siempre de sangre cubana. Ayer no más la Calzada de Reina fué escenario de una contienda instigada por manos que se ocultaban en la sombra y que tuvo por trágico balance un amplio charco de sangre cubana. Y ayer también fueron el hotel "Nacional" y sus inmediaciones, los lugares donde quedó el reguero de nuestra sangre vertida en holocausto a diabólicos impulsos.

¡Hasta cuando, Dios, se derramará la sangre cubana inútilmente! ¿Es que no nos basta la carnicería de gente joven e hidalga que hizo la Bestia? ¿Es que el concono sectario nos va a llevar hasta destruir lo más preciado que tenemos, esa esencia de porvenir que es la juventud nuestra, la generación del futuro? Es que por encima de las apreciaciones personales no se va a levantar el concepto de la común responsabilidad ante la Historia, ante los hombres y ante el porvenir?

Esta trágica semana que acaba de discurrir, deja una enefianza objetiva que debe prender para siempre en el corazón de los buenos cubanos: después de la enconada refriega, el llanto y el dolor se enseñorearon para siempre, por igual, en las casas de los soldados, en las de los oficiales y en las de los simpatizadores de los unos y los otros.

¡Hasta cuándo se derramará la sangre cubana inútilmente!



La Última Jornada

por

Joe Corrie

El mismo día que Pedro cumplía setenta años de edad, el contra maestro le entregó una carta. En ella le advertían que dentro de dos semanas la compañía lo dejaría cesante. La carta cayó de su mano temblorosa al suelo, pues ya se había corrido el rumor de que iban a dejar cesante a todos los viejos.

Pedro era viudo; su mujer había muerto durante el lock-out. Vivía solo y hacía él mismo todos sus quehaceres, hasta lavarse la ropa.

Era analfabeto. No le interesaba nada más que su trabajo. En su trabajo concentraba todo su pensamiento y toda su conversación. Durante más de treinta años, había realizado la misma tarea en la mina; y la realizaba bien, pues su ocupación requería, si no un penoso esfuerzo de las manos, cierta destreza adquirida a través de los años.

El contra maestro decía que sentía mucho tener que buscarle un sustituto. Pero había partido una orden de la administración disponiendo que todos los hombres de más de sesenta años fueran despedidos.

Pedro no era trade-unionista; no creía en esas cosas que siempre provocaban huelgas. Y su mujer había muerto durante una huelga; había muerto por falta de los alimentos necesarios. Él odiaba a los dirigentes del Sindicato, que no hacían otra cosa que motivar el descontento e irritaban a los dueños y a los jefes contra todos los trabajadores, estuvieron sindicados o no. Si él hubiera podido, los hubiera ahogado a todos. Sí, Pedro era un buen servidor, fiel a sus amos. Mientras otros refunfuñaban a propósito de sus miserables salarios, Pedro decía que esos salarios podrían ser más malos y que indistintamente hubieran sido mejores si no hubiera existido las huelgas.

Y era inútil discutir con él; cuando comprendía que su interlocutor tenía la razón, escupía, se levantaba y se iba.

El no quiso admitir nunca que los capataces fueran insensibles e inhumanos. Pero cuando tuvo la prueba, escrita con tinta negra sobre papel blanco y firmada por el administrador, no encontró palabra que decir.

Aquel día, a la hora de la comida, sus compañeros hubieran podido imponerle la verdad de sus argumentos, pero Pedro estaba sentado e inmóvil, blanco como un muerto y con los ojos inundados de lágrimas. Ellos no tuvieron ánimo para hablarle. Era un lamentable espectáculo el viejo Pedro con sus desilusiones.

Los días que siguieron fueron terribles para Pedro. Jamás había pensado que pudieran dejarlo sin trabajo de una manera tan despiadada, pues todavía se sentía capaz de realizar su faena durante algunos años más. Y no podía comprender los motivos de

semejante determinación. No había imaginado que sus jefes fueran tan viles.

¿Cómo podría vivir en lo sucesivo? La pensión que le correspondía por derechos de jubilación era una cantidad insignificante, irrisoria, que ni siquiera le alcanzaría para pagar el alquiler del cuarto que habitaba. Entonces, por primera vez, Pedro pensó que se veía obligado a abandonar la casa donde había vivido durante más de treinta años. Y se espantó ante la visión de la fría cárcel del hospital.

Este pensamiento lo obsesionó durante toda la noche y lo persiguió durante el día en el trabajo. Por vez primera en treinta años, Pedro cometió una torpeza en su trabajo: no detuvo a tiempo las cajas de carbón enviadas desde las profundidades de la mina, y las dejó caer en el pozo.

El administrador se enfureció contra Pedro, lo insultó con las palabras más duras de su vocabulario. Pedro permaneció allí, temblando con todo su cuerpo.

Recordó que había pensado en el administrador como su última esperanza. Había resuelto ir aquella misma noche a su casa, para hablarle, para suplicarle de rodillas si era necesario. Durante varios días, había preparado lo que iba a decir. Consentiría en hacer el mismo trabajo por un salario más reducido. Ese era su principal argumento. Pero el administrador, indignado, le había dicho ese día que debían haberlo despedido del trabajo desde hacía tiempo.

El día siguiente, le dieron a Pedro otro trabajo y pusieron a un chiquillo en su lugar. El viejo vivió todo el día con la esperanza de que el muchacho fracasara, pero a fin de la jornada, supo que había subido más carbón que todos los días de los años anteriores. Por segunda vez en su vida, Pedro lloró. (La primera vez, fué cuando murió su mujer.)

Por la noche, permaneció sentado cerca del fuego, recordando los años pasados, cuando obtenía siempre una palabra amable del administrador o del contra maestro. Entonces no podían prescindir de él. Si se quedaba dormido una mañana, enviaban a un mensajero a buscarlo. Ahora, aquellos días habían muerto para siempre.

El día anterior al de la cesantía de Pedro, sucedió en las primeras horas de la mañana un acontecimiento en la mina: el rucachero que sustituía al viejo se rescapó una pierna. Llamaron a Pedro, pero se dieron cuenta que no había ido a trabajar. El mensajero que enviaron a buscarlo volvió con los ojos espantados.

Había entrado en la habitación de Pedro y había visto su cadáver colgado de una viga, detrás de la puerta...



FACHADA DEL HOTEL

HOTEL "GENEVE"

EL MAS GRANDE Y EL MAS CONFORTABLE DE
CIUDAD MEXICO

Está instalado en la calle de Liverpool No. 133 y ello equivale a decir que está situado:

A una cuadra de la Avenida de los Insurgentes;
A dos cuerdas del Paseo de la Reforma y de la Columna de la Independencia;

En el corazón del Barrio de Residencias Diplomáticas;
A pocas cuerdas del Castillo y Parque de Chapultepec; y
Muy cerca de todas las Estaciones del Ferrocarril de Ciudad México

Los viajeros de todos los países del mundo pueden hacer sus reservaciones por cable o por carta.

Los precios del hospedaje resultan sumamente reducidos, teniendo en cuenta el tipo de cambio.

El Hotel es una manifestación del más exquisito confort americano, instalado en el corazón de la Ciudad de los Palacios.

Gerente: Mr. THOMAS SINCLAIR GORE. 8a. de Liverpool No. 133
MEXICO, D. F. — MEXICO.

UN CRIMEN DESCONOCIDO

(Viene de la Pág. 25.)

dos a la sombra de mi fortuna personal. Yo había encontrado varias veces en Morges, en casa de una amiga, a un artista francés que me agradaba mucho; pero era extremadamente tímido y desconfiado de sí mismo en exceso. Yo no sabía si se había fijado en mí. Mi tía había ofendido, no sé cómo, mi vago enamoramiento, y mi tío, muy alarmado, se puso a buscarme un esposo con una febril actividad.

—Una mañana, mi tía me dijo: —Hoy esperamos la visita de un señor de Stuttgart, que es socio comercial de tu tío en dicha ciudad. Se llama el señor Schwarzmann. Deseamos que te agrade y que tú le agradeas a él.

—Ya me desagrada—contesté. —¡Qué absurdidad! Si no lo conoces todavía... Ese hombre sería para tí un ma-

rido excelente. Apenas tiene cuarenta años. Es viudo. —Yo no quiero casarme con un viudo. —Piensas muy mal. Un viudo sin hijos es un tesoro, sobre todo cuando su primera mujer—como sucede en el caso del señor Schwarzmann—le ha legado una buena fortuna. Además, un viudo conoce ya la vida matrimonial y es mucho más indulgente, mucho más complaciente que los otros hombres. Sabe comprender y guiar a su mujer.

—Yo quiero precisamente todo lo contrario—repliqué—. Quiero a un hombre que desconozca como yo la vida matrimonial y que la aprenda paralelamente conmigo, en lugar de enseñármela como se enseña la geografía o el álgebra.

—Todo lo que dices carece de sentido común—dijo mi tía agríamente—. Te ad-

vierto que tu tío está decidido a no dejar que desprecies semejante partido.

—En el momento en que el señor Schwarzmann entró en la sala, reconocí al hombre de la Gemmí. Estaba un poco más grueso; tenía algunos pelos grises en su barba; en resumen, no estaba muy cambiado. Yo no sé cómo pude dominarme para no gritar, para no desmayarme.

—Durante la comida, que me pareció mortalmente larga, todas las circunstancias del acontecimiento se perfilaron en mi memoria con una terrible precisión.

—El hombre que estaba delante de mí, del otro lado de la mesa, aunque tenía la misma fisonomía del otro, parecía diferente. Viéndolo y escuchándolo, todo el mundo hubiera creído que era un hombre honrado y bueno. Hasta su acento alemán, tan bonachón, tan pastoso, era tranquilizador. —Después de la comida, mi tío recordó que tenía que escribir algunas cartas, y mi tía recordó que no había regado sus plantas todavía. Rogaron al buen Sr. Schwarzmann que los perdonara un momento y el buen señor los perdonó. De suerte que me quedé sola con él. Interiormente, todo mi ser se sublevaba, pero mi apariencia era tranquila.

—Además, el aspecto del hombre no era espantoso. Era más bien estúpido, supremamente estúpido. No sabía cómo empezar la conversación. Acabó por decirme, en un tono de colegial tímido que recita un cumplimento.

—Permitame, señorita, que aproveche estos cortos minutos para abordar sin rodeos una cuestión que nos interesa a los dos. Yo soy franco y voy directamente al grano. A mi edad, no se puede perder el tiempo.

—Luego agregó, algo desconcertado por mi inmovilidad:

—Me han hablado muy bien de usted, pero ahora veo que usted es infinitamente superior a aquellos elogios. Su señor tío está de acuerdo con mis intenciones y yo sería el más feliz de los hombres si usted no presentara ninguna objeción a mis pretensiones.

—Todo eso estaba muy bien en aquella época. Esos eran los términos en que un viudo de cuarenta años debía pedir la mano de una muchacha de diecinueve.

—El esperaba ansiosamente mi respuesta.

—Señor, yo no pido nada mejor—le dije.

—Su semblante se iluminó de alegría.

—Y agregó:

—Pero doy mi consentimiento con una condición...

—El iba a contestarme, pero le interrumpí:

—Se trata de saber dónde iremos en nuestro viaje de bodas.

—Ese infantilismo lo encantó. El hombre se sonrió y me dijo:

—Iremos donde usted quiera. ¿Quiere ir a Italia? Italia es la tierra clásica de las artes. Podemos ir también a España, el país de las mantillas y las castañuelas...

—No; iremos más cerca. Quiero ir a Suiza.

—Perfectamente. Suiza me encanta.

—Iremos al Oberland Bernés, a las grandes montañas.

—Naturalmente.

—Atravesaremos el desfiladero de la Gemmí.

Al oír ese nombre, se estremeció. Yo proseguí:

—Descendiendo hacia Locches, hay un sitio donde nos detendremos. Es un lugar cercano a la cima, donde hay un abeto. Y hay también algunos edelweiss.

—El señor Schwarzmann estaba pálido; un latido nervioso agitaba sus párpados. Yo continué:

—Me gustan muchos los edelweiss y quisiera coger uno al borde del abismo.

(Pasa a la Pág. 45.)




POLVOS

San AGUSTIN

El mejor DENTIFRICO
al más BAJO PRECIO

5¢. CAJA

DE VENTA
EN TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS

DEPOSITO
FARMACIA SAN AGUSTIN
MARTA ABREU 44 HABANA




(Viene de la Pág. 44.)

Es peligroso cogerlos allí. (Y agregó usando las mismas palabras de la muerta.) Pero si me da la mano, desaparecerá el peligro.

El señor Schwarzmann estaba lívido.

—El 15 de agosto de 18... a las tres... yo cogí el áncico que quedaba en aquel lugar—le dije—. Un momento antes, otra persona quiso cogerlo... pero le fué imposible... a causa de cierta circunstancia... muy curiosa... que voy a contar ahora...

—Usted estaba allí?—talbueé el hombre con una voz temblorosa.

—Sí; yo estaba allí—le contesté—.

Voy a buscar la flor. La tengo guardada en un libro titulado "Los Crímenes Desconocidos", un volumen interesantísimo al cual podría agregarle algunos capítulos.

—Le volví la espalda y salí de la sala. Cuando regresé un minuto más tarde, con el libro en la mano, el hombre se había marchado.

—Mis tíos, que estaban en acecho, se dieron cuenta en seguida de aquella fuga precipitada.

UN CRIMEN DESCONOCIDO

—Y me interrogaron con severidad:

—¿Qué le has dicho al señor Schwarzmann, que se ha marchado tan bruscamente?

—Hablabamos de asuntos indiferentes, de las bellezas de la naturaleza, de viajes, de flores... ¡Fuí a buscar un edelweiss para mostrárselo. Y cuando volví al jardín, ya se había marchado.

—¿Me permite usted que le pregunte, señora, si usted llegó a casarse?

—Sí; me casé con el artista.

Me dijo el nombre de su esposa y recordé que se trataba de un gran artista que murió en el apogeo de su talento.

—Si mi marido no hubiera muerto, sería hoy una de las figuras más gloriosas de la pintura moderna. Tuviéron dos hijos y los he perdido también. Estoy sola. Vivo una vida triste y dura, pero tengo la satisfacción de no haberme casado con un asesino.

Y su mirada volvió a clavarse en la montaña, en la montaña que conservaba eternamente oculto el secreto de un drama sangriento.

MEDICACIÓN ALCALINA
PRÁCTICA Y ECONÓMICA

Comprimidos Vichy-État

3 o 4 comprimidos en un vaso de agua.
12000 FARMACIAS

(Viene de la Pág. 46.)

eterna juventud. Su poder no tiene límites. Si ella quisiera...

—¿Qué podría hacer ella?— preguntó con un poco de ironía.

—Aniquilaría a todos mis enemigos; reduciría a cenizas todo tu país.

—Es demasiado frágil y joven para una tarea tan vasta, Nakaoka.

—Es frágil en esta representación hecha por un artista. Pero es dueña de la tierra y del cielo. Y es la protectora de mi tierra. Con un gesto suyo, toda la China quedaría destruida en un instante.

—¿Crees tú que nosotros no tenemos también nuestros dioses que nos defienden? Te aseguro que Confucio no le teme a la diosa Amaterasu.

Nakaoka se sonrió burlescamente. Le advirtió que Amaterasu, por poderosa que fuera, no impediría que la tienda fuera saqueada el día siguiente.

DEPURACION JUDICIAL

(Viene de la Pág. 26.)

frases de elogio y gratitud al juez Potts, quien se mostraba orgulloso—y así lo declaró a ellas—del valor éficio de sus compatriotas. Al ser terminada la causa sin haberse dictado auto de procesamiento, el fiscal de la Audiencia de La Habana la devolvió al Juzgado y reclamó que se procesase a las acusadas, lo que nuevamente rehusó hacer el juez Potts por auto de 10 de junio de 1931, contra el cual recurrió el fiscal ante la Sala Segunda de lo Criminal, presidida por el magistrado Montero, la cual respaldó la actitud asumida por el juez hasta que llegó el sobreseimiento provisional.

No pocos de los estudiantes pueden recordar la causa núm. 972 de 1930 en que, al chocar una manifestación que llegaba a Neptuno y Escobar, con los vigilantes comandados por el capitán Pratts, resultó muerto un policía y quedaron decapitados más de cuarenta estudiantes, entre ellos Silvia Shelton, Angela Rodríguez, Inés Segura, Lulú Durán y otras. Cuando el juez Potts se negó a procesar a los detenidos a pesar de los requerimientos del fiscal Alfonso, se obtuvo el nombramiento de un juez especial, el doctor Quesada, quien, con las actuaciones ya practicadas por el juez de la Tercera, no pudo perjudicar a los acusados. Los estudiantes deben conservar memoria de las atenciones que recibieron mientras permanecieron sujetos a la autoridad del juez Potts, y yo, que fui al Juzgado ese día para protestar contra la arbitraria orden del capitán Pratts, quien comunicó a los detenidos mientras estuvieron en la Quinta Estación de Policía, puedo dar fe de ello.

En las causas 147, 908, 914 y 915 de 1930, cuyo conocimiento correspondió al juez Potts, éste puso de relieve las mismas relevantes cualidades de energía, espíritu justiciero y deseos de no perjudicar a individuos injustamente acusados. En una

—Todos ustedes son unos perros sarnosos—me gritó entonces Nakaoka—. Te odio, Tsi-Tehe, pues eres un miserable.

—Y yo te abomino, pues morirás en la abyección—le replicó.

El viejo Tsi-Tehe permaneció en silencio un momento y luego prosiguió:

—Nos miramos temblando de rabia. Nakaoka seguía insultándome. Me acerqué a él y escupí sobre Amaterasu. El levantó la mano donde tenía la estatuita, pero le agarré la muñeca. Y luchamos con toda la fuerza que nos permitía nuestra vejez.

—Y lo mataste—articuló Tsi-Hou.

—Sí. Lo maté. Le arranqué la estatuita de la mano y le di al viejo japonés numerosos golpes con ella en la cabeza. No vi la sangre. Me fui, después de apagar todas las luces.

El opio chirriaba en la pipa. El viejo Tsi-Tehe, siempre impasible, aspiró una larga bocanada y se hundió en un sueño tranquilo y suntuoso.



MANTENGA SUS FUERZAS

Ese gran gasto de energía que hacen los niños pide una alimentación rica en principios vitalizantes y reconstituyentes. Para darle fuerzas a su hijo, para fortificarlo conforme crece, complementa su alimentación con

EMULSION 'KEPLER'

(MARCA DE FÁBRICA) DE ACEITE DE HÍGADO DE BACALAO CON EXTRACTO DE MALTA

BURROUGHS WELLCOME Y Cía. LONDRES

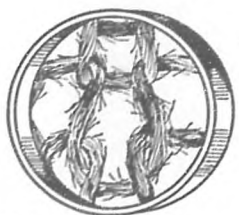
Un persistente dolor de cabeza, un estornudo, tos o escalofríos, son señales evidentes de una gripe. Enfermada en el acto con el Laxativo Bromo Quinina Grove, que destruye la infección, limpia los intestinos de las materias densas, y hace desaparecer el dolor de cabeza y la fiebre. Insista en el legítimo en sus empaques originales, la caja o el librito

LAXATIVO BROMO QUININA

G.M. Grove

"VITAMEN-SEDA"

PRODUCTO QUIMICO MARAVILLOSO



MIRAR Y COMPARAR. ESTAS MICROFOTOGRAFIAS



Medida de seda nueva antes de usarse

La misma después del tratamiento.

CUPON

Envíe este anuncio y un real o 10 cts. en sellos, y recibirá una muestra de VITAMEN SEDA, que le aumenta tres veces la duración de sus medias o artículos de seda, evitando se salten los hilos. Apartado 2157.—Habana. Escriba para agencias.

EL CHINO, EL MUERTO Y LA DIOSA

(Viene de la Pág. 21.)

hacé una llave inglesa de su bolsillo y golpeó la puerta brutalmente. Sus camaradas lo imitaron. El escándalo era espantoso; sin embargo, ningún vecino protestaba. Llegaba tranquilamente. La puerta temblaba, resistía y al fin se abrió en un momento inesperado para los asaltantes. Todos se precipitaron dentro de la tienda. Las soderías brillaban bajo la luz. Todos los colores más suaves del cielo, de la tierra y del mar revivían en aquellos tejidos semideplumados. Peces de oro extendían sus alas diáfanas sobre un fondo azul; vergelas fértiles aparecían, blancos y rosados a causa de los cerezos en flor; los dragones se retorcan en espirales de fuego. Tsi-Hou cogió la primera pieza de seda que estaba al alcance de su mano. La cogió al vuelo y se lanzó al suelo.

Una especie de rogejo salvaje lo invadía a medida que profanaba con los pies las riquezas de Nakaoka. Se enardecía. Le parecía que estaba investido de un poder superior que le daba el derecho a destruir todo lo que encontraba a su alrededor. Sus compañeros estaban poseídos también de una terrible furia destructiva. Rompieron las vitrinas, y en un instante todo el establecimiento quedó convertido en un eslamitoso desastre.

Una voz, surgiendo en medio del alboroto, propuso incendiar todas aquellas cosas. Los más rabiosos secundaron esa proposición. Entonces Tsi-Hou buscó otra salida al conflicto, gritando: —¡A la calle! ¡A la calle!

Y cogiendo una mesita, la lanzó al espacio.

Todos secundaron su gesto. Una lluvia de restos del destrozo se abatió sobre la calle. La excitación natural que nace de aquellas manifestaciones de violencia se aumentaba ante el incomprensible silencio de Nakaoka. ¿Por qué el viejo japonés no aparecía? ¿Por qué no defendía su propiedad? Aquella casa estaba muda como una tumba. Era preciso buscar a Nakaoka. Tsi-

Hou empujó una puerta y caminó en la oscuridad. Sus pies tropezaron con un cuerpo blando y pesado. El chino pidió una lámpara. Un hombre yacía en el suelo, un hombre muerto; Nakaoka. Al lado del cadáver, había una estatuita de bronce, que representaba a una mujer radiante de juventud. La estatuita estaba manchada de sangre.

Durante los días que siguieron, Tsi-Hou estuvo desorientado. El, tan vagabundo de costumbre, permanecía acostado en el fondo de la tienda de su padre. Tenía constantemente en su memoria el espectáculo de aquel muerto extendido al lado de una estatuita. No comprendía lo que había pasado. ¿Por qué habían asesinado a Nakaoka? ¿Se trataba verdaderamente de un asesino? Tsi-Hou razonaba alternativamente. Pensaba que había cometido uno de nuestros occidentales o con las meditaciones terribles y complacidas que brotaban del fondo de su vieja alma asiática. Entreveía acontecimientos misteriosos cuyo encañamiento y cuyo desenvolvimiento implacables habían concluido en el asesinato del comerciante. En su turbación, Tsi-Hou olvidaba fácilmente que Nakaoka era japonés; después, en ciertos momentos, se preguntaba si no era necesario considerar como una advertencia el descubrimiento del cadáver en el apogeo del saqueo.

Evidentemente, Tsi-Tehe aparecía ahora ante los ojos de Tsi-Hou como la encarnación

de la cordura, de la indiferencia y de la tranquilidad. Y sentía deseos cada vez más fuertes de hablar con él sobre la cuestión. ¿No era su padre? Se decidió bruscamente, aprovechando un instante en que el viejo Tsi-Tehe salía de su ensimismamiento y preparaba una pipa.

—Padre, concédeme unos minutos de atención—le dijo—. ¿Puedo hablarte?

Tsi-Tehe asintió con un lento movimiento de cabeza. Tsi-Hou contó como sus camaradas y él mismo habían forzado la puerta del comerciante japonés y saqueado la tienda.

—Yo sé—dijo tranquilamente Tsi-Tehe.

—Estaba muerto ya desde hacía mucho rato, pues la sangre derramada estaba seca—prosiguió Tsi-Hou, en su relato del hallazgo del cadáver. A su lado había una estatuita de bronce.

—Yo sé—articuló por segunda vez Tsi-Tehe.

—Según veo, tus clientes te informan de todo lo que sucede—dijo con cierta ironía Tsi-Hou.

Hubo un largo silencio entre los dos hombres.

Después, el viejo Tsi-Tehe prosiguió apaciblemente:

—Escucha bien lo que voy a decirte. Nakaoka no era amigo mío, pero trabajé bamos de acuerdo desde hacía treinta años. Me compraba seda cada vez que le hacía falta para venderla. No me hizo daño ninguno durante todo ese tiempo. Era un hombre justo.

—Era un japonés—interrumpió Tsi-Hou reaccionando instintivamente.

—Yo fui a avisarle que se preparara porque iban a saquearle su tienda.

—¿Has hecho eso?—preguntó el joven, indignado.

—No te impacientes y escúchame, hijo mío. Nakaoka me recibió con mucha cortesía y me introdujo en sus apartamentos. Entonces le dije que él me había invitado de mi visita, venerado Nakaoka. Mañana por la noche, unos muchachos, a los cuales Confucio no ha concedido todavía el don de la prudencia, se presentarán en tu establecimiento y tratarán de destruir tus riquezas. Ellos son atrevidos y fuertes. Hay que temerlos.

—¿Para qué has venido a visitarme?—me dijo Nakaoka.

—Para avisarte—le contesté.

—Yo no poseo ningún apoyo en este país—replicó.

—Te queda el recurso de huir con tus tesoros más queridos—le advertí.

—Te estoy muy agradecido, Tsi-Tehe, hermano mío—me dijo entonces.

El viejo Tsi-Tehe se dignó mirar a Tsi-Hou, cuya actitud seguía siendo reprobativa. Luego agregó:

—Nakaoka, después de haber reflexionado en silencio, se dirigió hacia un pequeño altar adornado con una estatuita de bronce, ante la cual estaban sus ofrendas: flores y arroz. El cogió la estatuita, me la mostró y me dijo:

—Mira qué amable y qué buena es. Es la diosa Amaterasu. Personifica el sol. Ilumina el mundo. Es el calor, la vida, la (Pasa a la Pág. 47.)

PURGA del OVIS

LA LOCOMO ANTEFÉLICA o GÁNDAMO

para o con ome, otiopa

PECAS, LENTÍNGAS

THE ADOLLEDA

ARRUBAS PROCEDES

SARFOLLIDOS

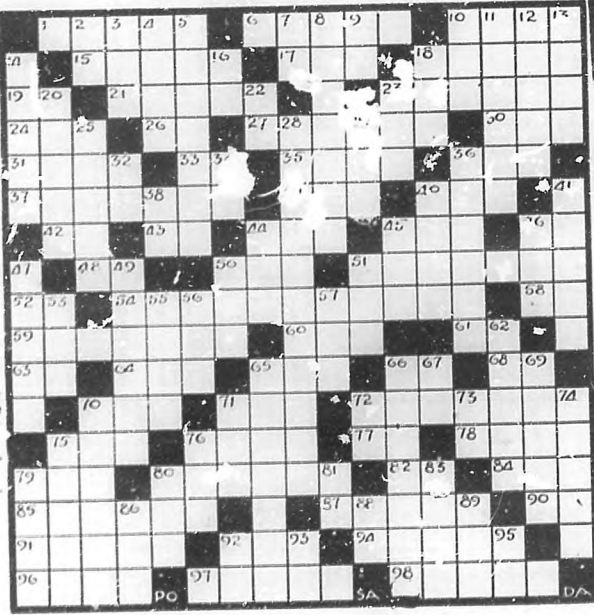
Conserva el Ovis Mordis

San Gines

por JOAQUIN DE POSADA
CRUCIGRAMA

HORIZONTALES

- 1.—Río de Rusia, que desagua en el mar Caspio.
- 6.—Sieno.
- 10.—Mueble.
- 15.—Río costanero del Senegal que da su nombre a la vasta comarca que cruza.
- 17.—Especie de cuervo.
- 18.—Ciudad del Senegal francesa.
- 19.—Ejército Caribe (inic.)
- 21.—Región de Asia.
- 23.—Cofreco.
- 24.—Pronombre.
- 25.—Del verbo oír.
- 27.—Obedecer.
- 29.—Embrollo.
- 31.—Ciudad de Italia.
- 33.—Artículo.
- 35.—Dios supremo del panteón asirio.
- 36.—Preposición.
- 37.—Grupo étnico que comprende unos 17 millones de individuos, que viven en su mayor parte en la India.
- 39.—Río de España, afluyente del Niso.
- 40.—Antiguo reino de la India.
- 42.—Verbo (inv.)
- 43.—Pro ombre
- 44.—Santa (abr.)
- 45.—Agudeza, donaire.
- 46.—Artículo.
- 48.—Nota.



VERTICALES:

- 2.—Del verbo ser.
- 3.—Nivel.
- 4.—Apellido de un general español que se distinguió en la lucha contra Napoleón, nombrado virrey de Buenos Aires en 1811.
- 5.—Archipiélago japonés de Asia que se extiende desde la península de Kamchatka hasta la isla de Yesso.
- 7.—Institución Cubana (inic.)
- 8.—Una de las tres grandes divisiones de la Oceanía.
- 9.—Montaña de China en la provincia de Sse.Chuan.
- 10.—Preposición.
- 11.—Caudillo, gen.
- 12.—Movimiento se di cioso, algarada.

- 13.—Distrito del estado de Michoacán (México).
- 14.—Ciudad de Belucistan.
- 16.—Nota.
- 18.—Título de alta dignidad en algunos estados.
- 20.—Emperador romano, asesinado en el Senado el año 44 antes de J. C.
- 22.—Río de Francia que desagua en el mar de Norte.
- 23.—Extensión de agua.
- 25.—Parecido, semejante.
- 28.—Valle entre Cautá y Teatúan, teatro de una sangrienta batalla entre españoles y marroquíes el 19 de enero de 1860.
- 29.—Tela sutil y transparente.
- 32.—Pronombre.
- 34.—Moneda romana de poco valor.
- 36.—Emperador de los turcos.

- 38.—Artículo.
- 40.—Río de Siria llamado Asio por los romanos y Oronte por los griegos.
- 41.—Polo positivo de una batería eléctrica.
- 44.—Arbusto de hojas medicinales.
- 45.—Sur.
- 46.—Bisonte de Europa.
- 47.—Camino estrecho.
- 49.—Guerrero troiano hijo de Antenor.
- 50.—Del verbo leer.
- 51.—Medida de longitud equivalente próximamente al metro.
- 53.—Enudo.
- 55.—Barra de metal en bruto.
- 56.—Composición poética.
- 57.—Río de Francia, afluente del Ródano.
- 62.—Poema dramático con música.
- 65.—Archipiélago dependiente de Noruega, en la costa de este país.
- 66.—Ninfa amada por Polifemo que lo abandonó para seguir al pastor Acis.
- 67.—Terminación de verbo.
- 69.—Animal articulado de 8 patas y sin alas.
- 70.—Comarca de Francia en la frontera de Italia.
- 71.—Retornador persa fundador de la secta de los babistas.
- 72.—Exclamación.
- 73.—Símbolo del sodio.
- 74.—Raspa de las panojas de maíz.
- 75.—Juego.
- 76.—Coadimento.
- 79.—Ladronzuelo.
- 80.—Sitio donde se expenden bebidas.
- 81.—Dios del sol (inv.)
- 83.—Prefijo que significa muchas.
- 86.—Gorra militar.
- 88.—Antes meridiano.
- 89.—Apócope geográfico.
- 92.—Del verbo decir.
- 93.—Artículo.
- 95.—Negación.

COMPRESIDO
P NOTA NOTA NO I TA

METATESIS
1 2 3 4 5 6 CIUDAD EUROPEA
1 2 3 6 5 4 ESTACION

SOLUCIONES:

El poeta español
ESPRONCEDA
A los comprimidos:
**PROLETARIO
IDILIO
POLIPO
PAREJA.**
Al Acertijo:
AURELIO
(Véase la Solución del Crucigrama de la semana anterior en la página #7.)

Humorismo



COBAS DE CRIADAS

—Le prohibo terminantemente, María, que siga recibiendo a ese soldado en la cocina.
—Está bien, señora; desde mañana lo recibiré en mi cuarto.

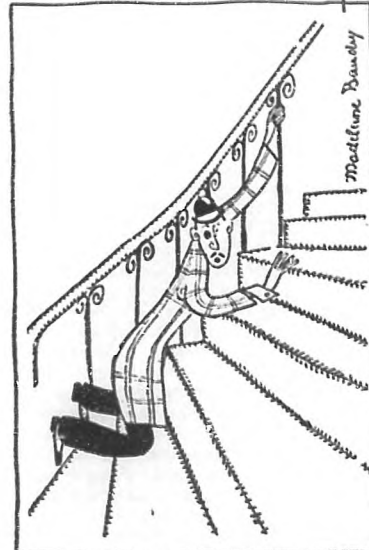


LA MODA DE LOS ESCOTES EXAGERADOS

El doctor, distraído —
Tenga la bondad de tener, señora...

EN LA BARRERIA

—¿Fue usted quien me peló la última vez?
—Creo que no. Hace solamente seis meses que estoy trabajando aquí.



ENTRENAMIENTO

—El campeón de alpinismo regresa a su casa.



EN LA PLAYA

—La Liga contra la inmundicia de los trajes de baño, ha organizado un baño de protesta en la playa.

ALPINISMO Y HERCICIDAD

—Creo que ahora no podrás decir que no somos herejes las mujeres...
—¿Qué? ¿Has subido sobre alguna cruz de inexplorada?
—No; pero he estado seis horas sin pintarme los labios.



EL ABRIGO AZUL

por Raimond Genty

...azar, que se complacía saltando en nuestra existencia con el capricho de un clown en una pista, me puso aquella noche en

ralmen' cuando menos lo esperaba. Yo había preparado las palabras que iba a decir, intentaba ser: tierno, apasionado y sincero, pero me desorientó el giro que tomó la conversación.

Seguimos un camino que va de Cabourg a Holgate. Es la hora deliciosa y fluida que precede al crepúsculo. Un vuelo de celajes se dispersaba en la pantalla azul de un cielo de verano; algunas gaviotas abrían blancos paréntesis sobre la verde página del mar. El viento fuerte había desaparecido; una fresca brisa marina acariciaba el abrigo azul de Roberta. Todo parecía silenciarse para dejarme hablar.

Yo me sentía atolondrado, inquieto por aquel silencio, mientras caminaba a su lado. Pero pensé que había llegado el instante de hablar. Y murmuré:

—¿Todo esto no le recuerda nuestros paseos por el Barrio Latino, cuando salíamos de las clases? Yo esperaba durante todo el día esta hora de soledad con usted, y vivía por ella solamente. ¡Cuántos sueños ferjé en aquella época, cuántos sueños locos, insensatos! Usted los había adivinado... ¿No es verdad? Pero preferiré dejar que se alejara el pobre estudiante provinciano...

Sin acortar el paso, Roberta había escuchado esas palabras con una sonrisa irónica a flor de labios.

—Unicamente de usted dependía la realización de aquellos sueños—me contestó.

—¿Cómo dice, Roberta?

—Digo, amigo mío, que usted se mostró un poco torpe. Un hombre inteligente puede ser un tanto en materia de sentimientos... Me parece que eso le sucedió a usted. Yo había adivinado su amor, efectivamente, pero esperaba una declaración más formal. Esperé demasiado.

—Pero, querida amiga...

—No, no, déjeme... He esperado durante cuatro años esta ocasión para convencirlo de su tontería. Usted me habló de su memoria la semana pasada. ¡Y qué pobre es su memoria al lado de la mía! Yo recuerdo los menores detalles de nuestros paseos, de nuestras conversaciones. Cuando usted se fué de París, sufrí una gran desilusión. Y a pesar de todo, lo esperé... Esperé una carta, una noticia... Entonces, en una crisis de despecho, me casé con otro hombre.

Instintivamente, me acerqué, pero ella me alejó con un gesto.

—No se preocupe por mí... Soy una mujer feliz. Amo a mi marido y le soy absolutamente fiel. Pero quisiera que usted lleve para siempre el recordamiento de nuestro amor malogrado por su torpeza. Por eso me he puesto esta tarde este abrigo azul... ¿No lo reconoce? Y pretende tener

(Pasa a la Pág. 67.)



MARABU

ESPECIFICO PARA LA CURA DE LA CALVICIE

Nada se ha descubierto hasta ahora como este producto para la CALVICIE y la TINA. Inofensivo y de preparación puramente vegetal, y de efectos positivos en la práctica.

MARABU, es el producto de largas experimentaciones,

pero en cualquiera de ellos se requiere una firmeza de voluntad en curarse; persistencia e interés, sin lo cual no hay éxito posible. Tratándose de un sim le caso en que el pelo se cae, MARABU ejercerá su acción sobre los quin-



nes prácticas durante más de veinte años en lucha paciente con la naturaleza para extraer de la botánica por procedimientos naturales, el secreto de la cura de la calvicie.

Se han obtenido múltiples éxitos privados que constituyen el mayor testimonio de la bondad de este producto.

MARABU se ofrece a todas aquellas personas que han visto defraudadas sus esperanzas con el uso de otros procedimientos, y garantiza la salida del cabello.

MARABU tonifica los tejidos del cuero cabelludo, dándole vigor y brillo natural al pelo.

En las prácticas experimentales, no se ha encontrado un solo caso en que el remedio haya dejado de tener éxito; un 30% de curaciones francas dentro del tiempo indicado, entre los que han habido casos tan precipitados que con pocas aplicaciones se ha logrado el resultado apetecido, y un 20% de casos rebeldes en los que ha sido necesario ampliar el tiempo de tratamiento; esto demuestra que hay casos benignos y rebel-

des días primeros de tratamiento y continuado éste volverá a robustecer los bulbos capilares haciendo brotar nuevo pelo.

El descubridor no ha encontrado en su larga experiencia de pruebas, un sólo caso de rebeldía absoluta en las curaciones, por eso con toda confianza y seguro de la efectividad del medicamento, lo ofrece al público como el verdadero remedio para los calvos y la tina, e ideal para todas las afecciones e impurezas del cuero cabelludo. Se podrían mostrar muchos casos de personas que se han curado con este remedio, pero la mayor garantía de éxito que puede ofrecerse, es que toda persona que tenga duda sobre el resultado, puede ser tratada personalmente por el descubridor del remedio, sin que tenga que abonar un solo centavo adelantado por el remedio y sus aplicaciones hasta que no haya sido completamente curado.

Para observar el verdadero resultado de este remedio se requieren de 50 a 60 días de tratamiento, aunque en muchos casos se han obtenido resultados mucho antes.

MARABU

ESPECIFICO INFALIBLE
PARA LA CALVICIE
Y LA TINA

Este medicamento contiene el mayor porcentaje de extracto de la planta MARABU, que por sus propiedades específicas es un estimulante eficaz para el crecimiento del pelo. Su uso indicado elimina las impurezas del cuero del cráneo y hace brotar el pelo con el mismo vigor peculiar del MARABU.

PEDIDOS:
SR. MONTESINO
TELF. M-1277. APTDO. 2176.
HABANA.

EL ASESINATO DE NORA HARRIDEN

POR MARY HASTING BRADLEY.

Los últimos acontecimientos de que ha sido escenario Cuba, han obligado a BOHEMIA a dedicar todo el espacio disponible de sus ediciones a la magna labor informativa que el público tan bien ha apreciado y aplaudido. Por ese motivo tuvimos que interrumpir la publicación de los episodios de la emocionante serie de Mary Hasting Bradley intitulada EL ASESINATO DE NORA HARRIDEN. Muchas son las cartas y telefonemas de nuestros lectores, demandando el último episodio de la serie en cuestión. Complaciéndonos en dámoslos en una sola vez y en este número, el final de EL ASESINATO DE NORA HARRIDEN.

SINOPSIS DE LO ANTERIORMENTE PUBLICADO

De no haber estado yo tan incómoda no hubiera sentido la necesidad de abrir la ventana de mi habitación para refrescar un poco mis mejillas, que la zangre hacía arder y no habría tenido oportunidad de ver a un hombre propinando un terrible golpe al rostro de una débil mujer. Era ridícula mi cólera. Yo me había hecho un nombre como experta en identificación de firmas y en el descubrimiento de los fraudes que con las firmas antiguas de ellas se cometían; y con ese motivo había sido invitada a convivir en la casa de los Keller en la tarde de este viernes para realizar determinado trabajo en su discutida colección de cuadros famosos. Yo había saboreado anticipadamente la posibilidad de ser una de las invitadas a la fiesta de fin de semana de tan distinguidas personalidades Alan Deck, el crítico; los Harriden, cuya sensacional acusación y reconciliación todavía andaba en los comentarios de las malas lenguas de New York, el Príncipe y la Princesa de Rancini y Monti Mitchell, el notable abogado criminalista. Y al recibir la sugerencia del criado de que mi comida me sería servida en mi habitación y en una bandeja, sentí la indignación de que se me pudiera considerar como una vulgar ama de llaves al mismo tiempo que me vi defraudada en las cándidas esperanzas que ilusamente había acariciado durante varias horas.

Cuando me paré en la ventana, noté por debajo de mí y en el segundo piso, había una ventana amplia, pudiendo verse en ella la silueta de un hombre proyectada en negro sobre el cuadrilátero amarillo que la luz eléctrica producía en aquel hueco.

La mire sin tener ánimo de observar hasta que repentinamente y inesperadamente apareció frente a mí la silueta de una mujer. La mujer parecía dar vueltas de un lado a otro, acercarse al hombre gesticulando, alejarse de él, etc. No podía ver los rostros ni mucho menos la expresión de estos, pero tenía la impresión de que ambos estaban discutiendo. Entonces vi al hombre levantar violentamente la mano y golpear el rostro de la mujer. El movimiento del brazo era inconfundible. No era un simple golpe era un salvaje puñetazo el que aquella mano había propinado. Después ambos personajes salieron de mi radio de visión.

Aun estaba yo mirando en aquella dirección cuando las cortinas fueron violentamente corridas. Y entonces llegué a la conclusión de que yo estaba mucho mejor comiendo en mi habitación que siendo la invitada a la mesa de semejante penitencia.

Para matar el tiempo hasta que llegara la hora de comer me fui hasta la galería de arte y me sorprendí grandemente cuando al darle al botón de la luz eléctrica me encontré con otro visitante. Alan Deck, según supe más tarde, que tenía una cita de amor en la obscura galería.

De vuelta en mi habitación un mensajero me transmitió el encargo de los dueños de la casa de que fuera a recogerme en el comedor. Cuando hice encontré que la torreta del sitio que se me designó pertenecía a Nora Harriden. Yo estaba llenando un lugar pues entonces tuve la duda de si habría sido ella la persona que yo había visto abofetear. Me sorprendió, una me sentí cuando recibí de Alan Deck, según de acuerdo el encargo de transmitirle a esta dama que debía encontrarse en su habitación un extraño mensajero. Dije que no de un solo paso hasta que yo la haga visto.

Pero al ir a cumplir el encargo encontré la habitación de la señora Harriden completamente vacía. Más tarde su ausencia provocó las consistentes búsquedas e investigaciones.

—¿No venía usted saliendo de la habitación de Nora cuando yo pasaba? me preguntó la señora Van Alstin.

—Sí, yo sí. Fui a ver como estaba la señora, contesté yo.

—Y que diablos hacía usted entrando en la habitación de mi esposa? preguntó Harriden colérica.

—No le he de contestar, preguntó, como esa le faltó yo.

—Si que lo haré—me contestó él—y lastimada por su tono le dije: ¡Muy bien, entonces lo haré! Acudí allí porque desde mi ventana, y antes de bajar al comedor, le ví a usted darle un puñetazo en pleno rostro. Y pensé que debía acudir a donde ella y si me lo permitía ofrecerle algún remedio que la aliviara.

Entonces relaté completamente lo que había visto, sin que desde lo go pudiera afirmar que los actores de aquel drama en las sombras fueran...

La búsqueda se inició—y el cadáver de Nora Harriden fue encontrado sobre los maticos de encañada, por debajo de la ventana. La fatal herida en la cabeza, ¿podría haber sido causada por su caída?

Se llamó a un médico; después de su examen el cadáver fué llevado al piso alto. Fue un poco después de esto que la señora de Keller, dijo abruptamente a Harriden:

—Si sus pechos están aquí no quiero tener la responsabilidad de ellas. Guárdelas en su habitación—añadió mientras penetraba en el mencionado closet.

Al siguiente se le dió un agudo y extraño grito.

—¡Rápido, viene!—dijo de manera incoherente—. Y después, con una voz de terror, añadió: ¡sangre!

Efectivamente, en el piso del closet había un amplio charco de sangre en el que se habían introducido los zapatos de la señora Keller. Esto cambió por completo la impresión que todos teníamos del desgraciado suceso. Se veía que Nora Harriden había sido herida y después introducida en el closet durante un tiempo, decidiéndose al fin su victimario por arrojarla por la ventana, acaso para fingir un accidente.

Se hizo necesaria la inmediata presencia del inspector de policía Donahay, que empezó un minucioso interrogatorio entre todos los presentes, después de haber observado el cadáver. La declaración de Anson, la criada, me fué un poco desfavorable a mí. Y la declaración del criado Elkins, comprometía a tanto a Alan Deck, que según éste decía, había estado esa tarde, hablando cosas muy extrañas con la señora Harriden.

—Pero yo no recuerdo nada—explicó Deck cuando fué interrogado—. Estaba un poco bebido antes de la comida... No tengo la más ligera idea de lo que haya podido decir mientras estaba en el piso bajo.

Aquella noche me desperté súbitamente sobrecogida de cierto temor porque me pareció escuchar extraño ruido en mi cuarto. Lo atribuí a mis nervios excitado y no quise llamar para no provocar una alarma sin fundamento. Al día siguiente fui llamada a presencia del Inspector Donahay, quien señalándome un vestido que estaba echado sobre una silla—y que identifiqué había usado precisamente la noche precedente—interrogándome si lo conocía.

—¿Reconoce usted este vestido, señorita Seton?—volvió a preguntar Donahay mesuradamente.

Desde luego que sí. Es mío.

Entonces el agente levantó uno de los pliegues del vestido, debajo del cual y sujeto con un alfiler imperdible, colgaba una especie de saco hecho con un pañuelo doblado.

—¿Y reconoce esto?

—¿Qué... qué... es eso?—balbuceé yo.

El policía, por toda respuesta, desprendió el saquito y de su fondo los delgados dedos extrajeron una delgada cadena llena de brillantes piedras. Eran diamantes amarillos.

Los diamantes de la señora Harriden, aquella fatal cadena amarilla, prendida en mi vestido.

Me meate volé al recuerdo del ruido que había escuchado la noche anterior. Eso es lo que pasó—murmuré—alguien entró en mi habitación anoche.

Era difícil de explicar todo aquello, aunque creo que Donahay estaba en la mejor disposición de admitir la posibilidad de una cortada—consistente en poner los diamantes en mi poder.

Vamos a ver la tela en que estos diamantes estaban prendidos—dijo Monti Mitchell.

Era un tejido muy fino un pañuelo, colocado en forma de funda y los extremos vueltos después de haber sido cuidadosamente lavados, señal frías de que deseaba disimular el monograma.

—¿Qué hizo usted de ese Watson que estaba aquí?—preguntó Mitchell.

—Ha sido lavado—le contesté yo tratando de concentrar con bastante dificultad, y ha sido secado en un radiador o en un ventilador. ¿Ve usted esas marcas grises que lo demuestran?

—Yo la voy a ayudar a usted—me dijo Mitchell un poco después—, porque veo que hay el ánimo de perjudicarla complicándola y es preciso que usted tenga los ojos muy abiertos.

El interrogatorio de las investigaciones prosiguieron, llegaron el esperado veredicto de la señora Harriden había sido asesinada por un golpe violento propinado por persona desconocida. Pero posteriormente nueva evidencia evidente.



cias fueron descubiertas. La criada Anson, novia de Elkins, que había declarado en contra de Alan Deck, fué encontrada muerta por estrangulamiento en el closet del apartamento de los Príncipes de Rancini; y no existía la menor pista de cómo pudo haberse cometido este segundo crimen y mucho menos el por qué.

Más aún, el perdido diamante que hacía pendiente en el collar de Nora Harriden, había sido encontrado en la cigarrera de Alan Deck. Harriden había acusado furiosamente a Deck de haber sido el amante de su esposa y de haberla asesinado, no desaprovechando la oportunidad para hablar de apasionadas cartas que Deck le había escrito a ésta y que él, Harriden, había encontrado y leído.

Más tarde Deck estuvo hablando conmigo en privado, confesándome que ciertamente él había escrito esas cartas y que era el amante de Nora, terminando por decirme que estaba pagando bien cara su tontería, "que de todos modos tenía que reconquistar esas cartas, que resultaban demasiado comprometedoras." Terminando por significarme que debían encontrarse en algún lugar de la habitación de Harriden.

Condiéndome de él, le contesté: "Las cartas importarán muy poco si por lo menos pudiéramos encontrar al verdadero culpable. Pero Deck escuchó la manifestación de tal esperanza con una manifiesta indiferencia. Nada le interesaba, por lo menos aparentemente, como fuera la reconquista de sus cartas.

CAPITULO IX. (Continuación.)

El bajé muy pronto después de esta conversación y yo regresé a mi cuarto. Encontré una bandeja llena de fiambre fría, con excepción del café, que estaba calentito en un termo. Bebí una taza agradecida y satisfecha. En mi mente había un constante voltigear de palabras y frases.

(Pasó a la página 54.)

Conozca los Horrores del Machadato

EL CESARISMO EN CUBA

La formidable obra de Don MANUEL MARQUEZ STERLING, cuya circulación fué prohibida en nuestro país en los días del Viriateo, se encuentra a la venta.

Entérese de las actividades de esa Emulencia Gris que se ha llamado Orestes Ferrara. Conozca la intervención de Vázquez Bello en los problemas de Cuba.

Dese cuenta de cómo el máximo asesino Machado manejaba los títeres de su macabra tragedia.

"LAS CONFERENCIAS DE SHOREHAN"

No deben faltar en su biblioteca.

A punto de agotarse la edición, disponemos de los últimos doscientos ejemplar que hemos adquirido inmediatamente en la cara editora de México.

En la Habana, \$1.20 En Provincias, libre de porte, \$1.40 ejemplar.

Sr. D. González del Campo,

Apartado N° 2169.—Habana.

Le ruego me envíe en paquete por correo, un ejemplar de EL CESARISMO EN CUBA obra editada por don Manuel Márquez Sterling. Le adjunto giro postal por valor de

Nombre

Calle

Ciudad

EL ASESINATO DE NORA HARRIDEN

(Viene de la página 53).

"Me lo entregó en sus manos... La verdad en los días de mi vida... Ella era la encargada de... Estaba enferma de... No me importaba... mutara a cualquier de... Le dije que prefería que... el infierno antes de... Cuando la vi a usted pensé... me la jugaba una mala partida..."

Y pensé que... den había hecho... empezara a jugar... dábamos vivos... hubiera tenido un poco... de Mitchell acerca de... lo que Mitchell había dicho... quier hombre podía perder... ella... pero yo no la perdí."

Yo quería ver a Mitchell. El, de todos modos, estaba interesado en el problema de encontrar al verdadero culpable. Según me dirigía al piso bajo, me detuve para dar una ojeada al salón del frente. La puerta del cuarto de Harriden estaba abierta. Y entonces se me ocurrió una idea, quizás si no fuera el matador el que robó los diamantes.

No podía excluir de las posibilidades a Don Harriden. Recordé al principio la frase habitual de mi abuelita y pensé que... podría haber sido que él fuera el... los diamantes en poder mío... de la noche de haberlos encontrado...

Pero al mismo tiempo me preguntaba: Y por qué ponérmelos a mí? Porque estaba furioso conmigo de haber declarado... que yo era desde la ventana de mi ha-

bitación? Todo me parecía confuso, como si lo que pensara fuera uno de esos juguetes caleidoscópicos que usaba en la niñez, que a cada sacudida ofrecía colores distintos.

Pero Harriden no pudo haber sido el que prendió esos diamantes a mi vestido, porque habían sido prendidos dentro del pañuelo manchado—a menos que el criminal hubiera dejado el pañuelo tendido a secar y Harriden lo hubiera tomado descuidadamente. Aquello parecía difícilmente posible; sin embargo, cosas tan extrañas habían ocurrido!

Estaba en dudas acerca de si el Fiscal del Distrito habría venido ya. Pensé en acercarme a Dorahay para hablar acerca de distintas cosas con él. Quería hacer algo que permitiera salirme de aquel solitario cuarto al mismo tiempo que me libraba del secreto pánico que experimentaba en mi corazón. Los únicos momentos de alivio de todas estas preocupaciones de que yo había gozado, se los debía a Monty Mitchell. Ahora mismo me parecía increíble que yo me hubiera sentado allí, casi animadamente, escuchando sus burlas, mientras aquella deprimente situación pesaba sobre mí.

De todos modos, viví al piso bajo. Sólo había estado arriba durante unos quince minutos; y alguien, pensaba yo al bajar, Monty o Deck debían estar por allí. Tomé el gato en mis manos. Este empezó a ronronear con el mayor contento, pero después, unos escalones más abajo, el animal dio un salto, se me escapó y fué a dar al salón del frente.

Seguirlo con la vista, lo ví introducir en la habitación de la señora Harriden, cruzando la entreabierta puerta. Esperé. Nada ocurrió. Evidentemente Harriden no estaba allí. Un recorrido de terror circuló por todo mi cuerpo, pensé en lo que pensaría Harriden de llegar en ese momento y encontrar a un gato solo en la habitación con el cadáver de su esposa. Esto era falta mía. Me sentí disgustada porque tuve la impresión de que yo había dejado escapar al animalito.

Esperé un momento más y después, apresuradamente en dirección a la puerta de la habitación, llamé: ¡Minino, Minino, Minino!, muy suavemente y en tono tímido, pero no obtuve resultado satisfactorio. Entonces miré hacia el interior de la habitación.

La habitación estaba profusamente iluminada por dos arañas de luz. No había nadie en la habitación, excepto la púdica filoteta que descansaba sobre las blancas sábanas. Entonces recordé la camisa de dormir de seda que había sido extendida la noche anterior para que Nora se la pusiera. Ahora no había piezas de seda, la

(Pasa a la página 55.)

EL ASESINATO DE NORA HARRIDEN

(Viene de la página 54.)

muerta estaba envuelta en finas telas de lino.

Cuando por iré en la habitación me sentí oprimida por el pesado recuerdo de la muerta. Con una forma de recogimiento especial miraba las cosas que la rodeaban, cuando ví al gato salir de debajo de la cama, arquear el lomo y rozar con las colgantes sábanas. Me incliné rápidamente y traté de cogerlo, pero el animalito me evadía y corrió hacia la chimenea.

"Minino, minino", le dije en tono bajo y suplicante, pero el animal, un tanto nervioso, lejos de hacerme caso, dió otro salto hacia el costado de la chimenea donde había una pila de leños de abedul blanco y debajo de éstos los grandes morillos que los sostenían. Aquí se detuvo el animalito, olió el extremo del morillo y entonces empezó a lamerlo con fruición. Al ver aquello me pareció como si toda la sangre de mi cuerpo se me agolpara en el corazón y no pudiera salir de allí. El morillo, aquel largo y puntiagudo morillo. Di un salto rápido hacia el gato y tuve la suerte de alcanzarlo.

Ya ahora yo sabía. Sabía algo. Era como si la luz fuera penetrando en mi obtuso cerebro. Una o dos cosas me las explicaba ahora con furiosa claridad. Otra chispa de luz tendría que venir a mí y lo comprendería todo perfectamente.

Ahora mis ojos cayeron sobre una cartera de piel que estaba sobre la mesa,—una pequeña cartera de piel verde. La cartera de Nora Harriden. La cartera que yo creía que había contenido sus cartas, la cartera que podía ser que las contuviera todavía.

No ofrecí excusa alguna por lo que hice entonces. Ello no tiene excusa después de todo. Pero sentí sobre mí toda la presión de la desesperada necesidad de Deck; pensé que su seguridad dependía de que pudiera quitar aquella última carta por él escrita, del alcance de las manos de Harriden.

Me acerqué a la cartera y aprisionando al minino fuertemente con una mano, traté de abrirla con la otra. Si no se hubiera abierto, no sé si habría sido lo bastante loco para cargar con ella o no. Ahora mismo no lo sé a ciencia cierta. Pero felizmente, la cartera se abrió.

Con el corazón golpeándome fuertemente el pecho, me quedé mirando este objeto de verde oro que pertenecía a Nora Harriden. Introduje mis delgados dedos a lo largo de la vestidura interior, por el mismo lado por donde había visto introducirse los gruesos y vigorosos dedos de Harriden, viéndolos detenerse en la exploración y viendo cómo la expresión del rostro del hombre cambiaba. Pero mis dedos llegaron hasta el fondo de la cartera y recorrieron sus lados sin que encontrara nada de particular. Nada de lo que me interesaba estaba en su interior.

Estaba con aborta en mi registro que escuché absolutamente nada. La primera impresión de que alguien se aproximaba no sé cuándo la tuvo. Quizás si al-



Su sueño dorado... ser bella, atractiva!

Confíe al Jabón Hiel de Vaca la misión de embellecer su rostro

COMO el ánfora mágica y misteriosa que guarda el secreto de la eterna juventud, el Jabón Hiel de Vaca encierra un tesoro de belleza! No gaste su dinero comprando jabones costosos. Con un Jabón Hiel de Vaca su tocador estará siempre enriquecido, y usted no necesitará nada más, para darle a su cutis la blancura, suavidad, belleza y perfume que atrae y subyuga.

Emplice con fe y constancia el siguiente tratamiento, y su espejo todos los días le hará sentir una grata impresión:—(Con ambas manos haga con el Hiel de Vaca una espesa espuma y aplíquese al cutis un suave y prolongado masaje enjuagándose varias veces con agua limpia). Después déjese al sentir su cutis tan finalmente aterciopelado, y piense en las caricias de su Príncipe Azul!

"Un Siglo Embelleciendo Rostros" JABON HIEL DE VACA

3227-G

gún ruido me previno y yo levanté la vista con expresión culpable, pero me pareció que lo primero que oí fué la áspera

voz de Harriden que me dijo: "Tú aquí, ¿qué haces tú aquí?"

"¿Qué me me movía en el horror de ese momento, con la vergüenza que sentía.

Después, le oí tronar desesperadamente: "Donahay, venga en seguida. En la habitación."

CAPITULO X

Los pocos momentos siguientes estaban grabados en mi cerebro como si estuvieran en blanco candente.

—Esta mujer estaba registrando la cartera de mi esposo... tratando de encontrarme mis joyas... llamaba la buena voz del hombre minutos una de sus rodillas... sostenía la mano dentro de la cartera. Yo tentaba de sacar mi mano pero él me la sostenía vigorosamente. Traté de darle un tirón a mi brazo, pero su mano parecía de acero. Entre tanto, la conciencia de mi propia tontería—de mi tontería imperdonable—me hacía experimentar las más extrañas sensaciones.

Me pareció como si la habitación se llenara... (Pasa a la página 56.)



Maltina Tívoli Vitaminada

VIGOR, NUTRICION, BELLEZA

PERDIDOS:

1-5261.

ANUNCIOS TELEGRAFICOS

ELABORACION DE CRISTALES DE REJES

Lentes especiales de etiqueta. Armazones de todas las clases. Barómetros y Termómetros.

PRECIOS DE FABRICA



LENTES de Espejuelos finos a precios muy bajos.

COMPANIA DE OPTICA "LA CAFITA MODERNA"

NEPTUNO 180. entre Gervasio y Belascoain.

¡Porque para mí más!

Pídelo TINTA CHAMPION NEGRA-AZUL

LITRO 50c

Fabricantes: Consuleta 41 - G. Veranes S. en. - Telf. 4.536

LA CASA DEL PERRO NEPTUNO NUM. 38.

SE SIENTE FELIZ Porque

TINATA LE MATA LA GARRAPATA

EDELMA CUERVO COMADRONA

Ex-interna de la Clínica "Pinard" del Hospital "Mercedes". San Rafael 147, bajos (frente al Parque Trillo).—Telf. 4-484.

EL ASESINATO DE NORA HARRIDEN

(Viene de la página 55.)

nara de cara... que estaban fijas en mí. Estas caras danzaban en mi presencia, en la más extraña confusión, todas me parecían caras hostiles ríspidas por la curiosidad.

Traté nuevamente de evadirme de la férrea mano que me aprisionaba.

—Y viene corriendo detrás del gato... que entró por la puerta—murmuré.

—¡Usted es una mentirosa—me contestó él. Yo cerré la puerta cuando salió. Usted aprovechó para introducirse aquí, en el preciso minuto en que la habitación ha estado sola—me dijo, dándome un fuerte sacudón en el brazo. Usted me estaba vigilando, yo la vi parada en la escalera. Usted estaba buscando la cartera para apoderarse de la llave delayero. Pero felizmente la he pescado a tiempo. Arrestéla, Inspector. Pido que se le arreste.

Donahay se había materializado de la nada, en mangas de camisa y con un cabo de tabaco en el rincón de la boca. Sus ojos penetrantes se fijaron en mí.

—¿Ha cogido ella algo, Mr. Harriden?—interrogó.

—¿Cómo lo puedo saber? Todavía no he registrado. Entré aquí y la sorprendí con la mano en la maleta, atrapándola.

—Bueno, ella no se puede escapar—dijo Donahay satisfecho, moviendo la colilla de tabaco en la boca. Es mejor que usted dé una ojeada en las pertenencias de esta habitación, para ver si le falta algo.

Harriden, desprendiéndose de mi brazo de mala gana, murmuró:

—He estado fuera de esta habitación por espacio de una media hora...—cosa que no era verdad, pues en realidad no había estado fuera de allí ni siquiera veinte minutos.

Mientras yo les miraba a todos como si tuviera media docena de ojos, Harriden se dirigió al closet para ver si el joyero estaba allí. Lo sacó; todavía estaba con llave. Le vi ir un momento hasta su habitación, probablemente para comprobar el contenido del joyero.

Entonces le vi regresar y mirar hacia la abierta cartera como si un repentino pensamiento le asaltara. Vi sus dedos moverse sobre el forro de la cartera como lo había visto antes, sólo que en esta oportunidad los dedos se movieron rápidamente como si estuvieran acostumbrados. Entonces el rostro del hombre se ennegreció de lo rojo que se puso.

Entonces se volvió y anduvo hacia mí con la cara colérica y desenfajada fija en la mía como si fuera a incrustarse en ella.

—¿Conque eso era, eh?—dijo con voz terrible. Usted cogió las cartas... Inspector, ella ha cogido un porción de papeles que había en esta cartera. ¡Regístrala, que ella los tiene! Devuélvame los papeles.

Alejé mi cabeza de la de él. Traté de que mis ojos no vieran lo menos asustados posible.

—Yo no tengo carta alguna—dijo. Le gístrame si quieren—y levanté uno de los brazos mientras con el otro oprimía al gato. Recuerdo que el animalito dió un gruñido de protesta, seguramente porque yo, sin darme cuenta, le estaba apretando demasiado.

—¡Oh, estaba tan agradecida a Dios por no haber encontrado esas cartas!... Pero de todos modos, Harriden tenía esas cartas allí, porque de otro modo no se explicaba que él pensara ahora que yo pudiera tenerlas... Y entonces, repentinamente, el significado de aquella puerta anterior... vino a mi mente. Deek había estado en la habitación inmediatamente después de que Harriden había salido de ella con Monty Mitchell. Alan Deek tenía las cartas.

Esto me explicaba perfectamente ahora, la escena de Deek en el piso bajo con Letty Van Alstyne—él la había estado urgiendo para que hiciera bajar a Dan, comprendiendo que ella se alegraría mucho de poderlo hacer.

Y yo no me había dado cuenta, nunca había sospechado. ¡Oh, y por qué Deek no había ido en mi busca y me había dicho que ya estaba a salvo? Pero al mismo tiempo pensé que él tenía que apresurarse a hacer desaparecer las cartas... Y era en esos momentos cuando yo había entrado allí y se me había ocurrido la idea de salvarle... Ahora estaba él allí, había aparecido repentinamente entre la muchedumbre que se agolpaba en la puerta de entrada, acompañado de la señora Watkins, que le echaba. Aunque yo me había escarreado esta situación tratando de auxiliarlo, me producía profunda vergüenza el que él me viera como una rata acorralada.

Tenía dudas de si él me había hablado con franqueza y claridad. Me parecía lo más natural del mundo que le dijera él a Harriden que había sido quien había tomado las cartas y que se fuera al diablo, porque éstas ya habían sido destruidas... Pero desde luego, no se me ocultaba que ello produciría un fuerte escándalo.

—Entré en esta habitación detrás del gato, Mr. Harriden—volví a decirle con voz

(Pasa a la página 57.)



MIEDO

Angustia, nerviosismo, mal dormir, temor, desasosiego, se curan con SAUCIL (Gotas), que no es calmante sino un tónico vegetal. F. suitado en seguida.

EL ASESINATO DE NORA HARRIDEN

(Viene de la página 56.)

clara y apacible. Yo sabía que usted no quería que el gato entrara allí. Yo iba precisamente saliendo, después de haber capturado al animalito, y usted me sorprendió en el momento en que pasaba junto a la cartera.

—Yo la vi registrando la cartera, sofullera! La tapa estaba abierta, sus dedos estaban dentro, ladrona.

En aquellos precisos momentos una mano apretó mi brazo y Monti Mitchell apareció a mi lado. Este hombre no era mucho más alto que yo, pero me producía la apariencia de una de las torres de una fortaleza... Me pareció como si aquel contacto me tornara buena dosis de aplomo y valor.

—Te has vuelto nuevamente loco, Harriden—dijo él con tono sereno. Has estado tomando demasiado en compañía de Letty. Has oído perfectamente que la señorita Seton ha declarado que entró siguiendo al gato.

—Métete en tus asuntos—devolvió Harriden—. ¿Qué te importa a ti miss Seton, qué es ella para tí?

—Pues resulta que es nada menos que mi prometida—dijo Monti Mitchell. Pensé que todos ustedes ya lo sabían.

Pareció como si una descarga eléctrica recorriera a todos los circunstantes. La gente se paralizó por la sorpresa. Pero ninguno de ellos estaba más sorprendido que yo.

Me volví y miré a Monti. Su ojo izquierdo me hizo un guiño casi imperceptible y su mano hizo una ligera presión sobre mi brazo. Sentí un impulso de dejarme caer en sus brazos y echarme a llorar.

Pero en lugar de eso oí mi propia voz que decía con marcado apresuramiento:

—Eso no es verdad. No puedo aprovecharme de la bondad del señor Mitchell—de su deseo de protegerme... Yo entré aquí siguiendo al gato. Yo no buscaba nada de las pertenencias de la señora Harriden. Y en cuanto a las cartas, creo que no son verdaderamente pertenencias al esposo de ésta.

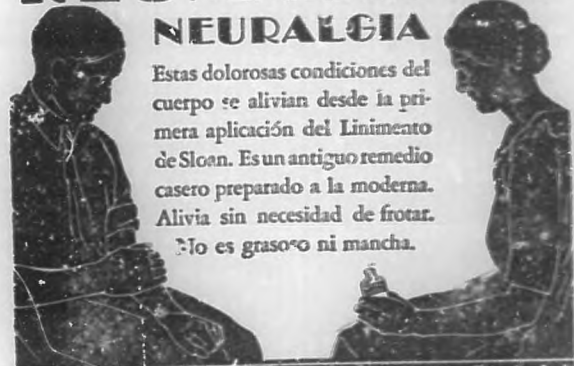
—¡Usted es una mentirosa!—dijo Harriden con vehemencia. ¡Malvada! No me importa que usted sea la amante de Mitchell o no...

Mitchell le cortó el hilo del insulto dándole una bofetada que parecía más bien el manotazo de un terrier para un mastín.

El golpe cogió a Harriden de sorpresa, y llevó la mano a la cara y después, con un rugido, lanzó como un tiro sobre Monti.

Parecía un gorila con sus brazos extendidos; pe o el cuerpo del Inspector Donahay se interpuso entre ambos hombres,

REUMATISMO NEURALGIA



Estas dolorosas condiciones del cuerpo se alivian desde la primera aplicación del Linimento de Sloan. Es un antiguo remedio casero preparado a la moderna. Alivia sin necesidad de frotar. No es grasoso ni mancha.

LINIMENTO DE SLOAN

uniéndose al grupo Keller y el joven Watkins.

—No, Mr. Harriden, no.

—No aquí, Dan, no aquí.

La súplica de Keller le contrajo. La cara del hombre se enrojeció y su nariz lanzó un prolongado suspiro. Parecía bajo la acción de la contrariedad.

—¿Quién quiera que esta mañana sea—dijo dirigiéndose a Donahay—ella es la que ha cogido los papeles.

—¿Qué clase de papeles eran esos, Mr. Harriden?

—No importa qué clase de papeles fueran. Yo los puedo identificar.

—Pero usted tendrá que darnos por lo menos una idea...

—Eran cartas—gruñó él.—Cartas privadas. Ellas es una ladrona y chantajista... si no tiene las cartas encima, es que las ha destruido. Esas cartas estaban aquí cuando yo salí de esta habitación.

Involuntariamente las cabezas se volvieron en dirección a la chimenea, pero no había llamas en ella que pudieran haber servido para quemar un paquete de cartas. Sólo los maderos estaban allí, junto al morillo que brillaba a la luz meridiana.

La vista de los morillos trajo algo a la mente Era como un relámpago, como el segundo relámpago, que trazaba con claridad el proceso de los acontecimientos en mi atribulado cerebro... Entonces hablé sin la más ligera excitación.

—Ustedes encontrarán rastros de sangre en uno de esos morillos, Sr. Inspector. En el de la izquierda. Y la sangre que hay en él es la sangre de la señora Harriden...

Ese instrumento ha sido lavado pero todavía hay sangre en algunas de sus partes... Ella fué muerta, cayendo sobre él.

En la quietud que invadía toda la habitación parecía como si todos hubieran quedado mudos. De repente me paré como si todos los circunstantes se hubieran tornado sombras, que no hacían ruidos, que eran inanimados, impalpables, incapaces de la menor acción.

—Si usted lo sabe, es porque usted lo hizo—gritó Harriden.

—No fui yo, sino usted—le dije. Usted cuando le dió. Cuando yo le vi golpearla desde la ventana—añadió. Usted había estado muy temprano aunque luego lo negé. Subió, riñeron y usó la golpe. Ella reaccionó y usted volvió sobre ella. Y le volvió a dar. Ella debe haber caído tratando de huir de usted. Y así fué a caer sobre los morillos a la leña, después de haber dado con la puntilla de la chimenea.

Me alejé un poco de él, mientras él continuaba mirándome fijamente y seguía hablando:

—Usted no intentó matarla—dijo lentamente. Usted estaba estupefacto, horrorizado por lo que había hecho. Su primer instinto fué ocultar el cadáver, y lo introdujo en el closet, desangrándose el cadáver en el suelo. Usted cerró el closet con llave y limpió el morillo con su pañuelo, luego usted lavó el pañuelo y lo dejó a secar sobre el ventilador. Enderezó la puntilla de la chimenea y la puso nuevamente en su lugar. Después volvió a su habitación.

Yo hablaba como si lo estuviera mirando todo. En realidad me parecía que lo estaba viendo. Todo lo que en mi mente había estado confuso y nebuloso, lo veía ahora meridiano y preciso.

(Pasa a la página 58.)

XO 1777

AGUA MINERAL

LA COTORRA

EL CONTROL DE LA SALUD

XO 1888

Laboratorio de Radio ANTONIO GALGUERA

Experto con varios años de práctica en los Estados Unidos y Cuba, ex-jefe del taller "Claron". Poner los adelantos más modernos que la industria de radio pueda tener.

ANGELES 25 TELF. N. 9370.

A S M A

Probar para creer. Por violento que sea un ataque de asma, desaparece en veinte minutos con la primera dosis del nuevo producto **LACTUSAN**. No contiene narcóticos calmantes, tóxicos, o ninguna otra droga alterante. Recorte este anuncio y pase a recoger una muestra gratis. Debe venir el paciente personalmente. Infanta 59, entre Carlos III y Estrella. Habana, Teléfono: U-4000. Farmacia. También la envía remos por correo al recibo de diez (10) centavos en sellos.

RADIO TALLER DE REPARACIONES.

El más antiguo de la Habana. ¿Quién no conoce la "Casa Montenegro"? No entregue su RADIO en manos inexpertas, llame a nuestro teléfono A-6159 y al momento tendrá un experto operario en su casa sin compromiso alguno para usted, pues le advertimos que nada cobramos por revisar el aparato. — HABANA 98.

CAO Y VARELA.— Plazos cómodos, alquilamos, cambiamos. — Surtido juegos cuarto, comedor, sala, alta novedad. Agradecemos su visita.—Neptuno 187.— Teléfono U-3417.

Señora, para sus Canas use **Mañzanilla Alemana "EL SOL DE ORO"** Garantizamos que pone el cabello rubio y lo conserva rubio.

Frasco Chico, 85 cts. Frasco Grande, \$150. EN DROGUERIAS Y BOTICAS. EL ENCANTO — LA CASA GRANDE.

"LA EMERGENCIA" Grandes facilidades al cliente. Juegos de cuarto, sala, comedor, cocina, últimas creaciones. Neptuno No. 188. —Telf. A-5427.

LA SUPRESION DE LA ENMIENDA PLATT

Interesante folleto que contiene una serie de datos históricos acerca de la célebre Enmienda y es una demostración plena de que **DEBE Y PUEDE** ser suprimida. El autor de dicha obra, que ahora resulta de palpitante actualidad, es nuestro compañero en la prensa Sr. **JOSE A. GIRALT**, que enviará al que lo solicitare un ejemplar de la misma al recibo de 12 centavos en sellos de Correo.

SAN JULIO letra E entre SANTOS SUAREZ y STA. EMILIA. LA HABANA. — CUBA.

Dirigirse a **JOSE A. GIRALT**.

EL ASESINATO DE NORA HARRIDEN

Viene de la página 57.)

—Se volvió para la comida—continuó mi voz que yo misma escuchaba como si fuera la voz de otra persona. Después usted volvió a la habitación de su esposa, donde estuvo espiando a la criada. Usted trató de darnos la impresión de que Anson había venido a la puerta. Pero ella dice que cruzaba el salón y que usted estaba en la puerta. Usted le dijo que no molestará a la señora Harriden.

—La criada vió a mi esposa desde la puerta—dijo la voz de Harriden como un rugido. Ella vió a mi esposa acostada en la cama.

—La gente ve lo que se quiere que se vea. Ella vió un bulto formado por las almohadas que usted había distribuido en la cama. Usted trató de hacernos creer que la señora Harriden le había hablado a la criada. Y Anson lo ha negado.

Nadie habló. Nadie se movió siquiera, durante la pausa que hice.

—Pero usted seguía preocupado por el cuerpo que tenía oculto en el closet. Quizás si usted entonces no cogió los diamantes—usted no había pensado en darle al asunto apariencia de robo. Entonces usted empezó a estudiar la situación. Entonces usted pensó en abrir la ventana para producir la impresión de que un intruso se había colado por ella. De todos modos, usted volvió a subir al alto, y cuando estaba abriendo la ventana pensó que era mejor hacer aparecer el asunto como un suicidio.

Así fue que sacó a su esposa del closet—no dándose cuenta del charco de sangre que se había formado y que más tarde fue descubierto—y arrojándola por la ventana. Pero dejó el rastro. Cerró el closet con llave. En alguna oportunidad de esa misma noche, usted arrojó la llave, quizás en el jardín. Después volvió a regresar al comedor.

Yo recordaba perfectamente en qué estado había regresado el hombre al comedor. Y creo que todos los presentes lo recordaban también... Venía sereno, estólido, diciendo que a esposa dormía aún. Y continuó su comida, aparentemente muy interesado en su conversación con Letty Van Alstyne.

—Usted estaba pensando que podría hacer que el asunto apareciera bien como un accidente o como un suicidio—continuó yo—, y después de comida le pidió a la Princesa que cubriera, hablando de ciertas diferencias entre usted y su esposa, del estado de nervios de ésta y de vagas amenazas que ella, cómplice, le había hecho. Usted quiso producir la impresión de una

neurosis, de una mujer histérica, hasta a estallar en cualquier momento... Si entonces usted hubiera sabido de la sangre que estaba enclavada en el closet, hubiera pensado en limpiarla antes de que fuera descubierta. Después usted no quería que el closet fuera abierto. Cuando la señora Keller hizo que la ama de llaves lo abriera, usted se apresuró a entrar en él. Entonces fué cuando encontraron el charco de sangre, casualmente, las señoras que entraron detrás de usted. Entonces fué cuando usted pensó en darle al asunto forma de robo...

Mi voz se hacía cada vez más baja y más firme.

—Yo no sé cuando usted cogió los brillantes. Quizás si el collar se desgranó cuando la señora cayó y usted entonces se los echó en el bolsillo planeando la posibilidad de hacer aparecer un robo, pero cuando se decidió por la apariencia de un suicidio se olvidó completamente de ellos. Pero cuando no había dudas acerca de que se trataba de un asesinato usted se sintió feliz de poder volver a pensar en ellos. No se precipitó; su mente trabajó lentamente mientras usted contemplaba el joyero; entonces se acordó de los diamantes y fué cuando habló de las joyas.

—Su collar de diamantes no estaba aquí—recuerdo que dijo usted, tratando de que los demás recordaran que ella lo llevaba puesto esa noche. Sin embargo, desde el principio los diamantes estaban en su bolsillo. Me parecía como si eternamente yo hubiera estado hablando en aquel recinto de silenciosas sombras. Ni el mismo Harriden se atrevió a proferir una sola palabra. Tampoco hacía el más ligero movimiento. Sólo se manifestaba la vida en él, por la atención profunda que me prestaba.

—No sé por qué a usted se le ocurrió prender los diamantes en mi vestido aquella noche—dijo con mi voz un tanto subida de tono. Sólo era por venganza, porque usted estaba furioso conmigo, porque yo había denunciado la escena que había presenciado de mi ventana, pero usted odiaba a Alan Deck mucho más que lo que yo odiaba a mí por mi "falta".

—Mi puerta estaba cerrada con llave—dijo Alan Deck tan tranquilamente que no parecía una interrupción. —Puede ser que usted tratara de penetrar en la habitación de Deck primero—continuó yo—decidiéndose por la mía ante tamaña imposibilidad. Usted reservó, sin embargo, el diamante más grande para ponerlo a él, pero no tuvo oportunidad porque las pertenencias de éste fueron registradas por la mañana temprano. Su oportunidad se prescintó cuando usted encontró la cigarrera de Deck sobre la mesa al medio día siguiente. Usted metió el diamante debajo de los cigarrillos.

Me detuve. Estaba temblando de pies a cabeza. Durante un momento ni una sola de las personas presentes se movió, después Harriden se agitó como si se librara

(Pasa a la página 59.)

(Viene de la Pág. 58.)

bita parálisis. En su cara morena fueron apareciendo signos de sobresalto.

—¿Están ustedes locos—dijo—para prestar atención a esa sarta de mentiras?—interrogó.

La brusquedad de sus palabras pareció como si nuevamente desatara mi lengua.

—Donahay—añadió—es preciso que usted arreste a esta mujer.

Sentí una súbita desesperación. Nadie me creería. Me faltaban piezas de convicción. Nada más que el morillo—y cualquier cosa podía haber empujado a Nora Harriden contra él.

Entonces habló Mitchell:

—No vaya tan aprisa, Harriden... Donahay, usted ha escuchado el relato. Yo puedo suministrar unos cuantos detalles complementarios. Aquel pañuelo fué secado en el ventilador de la habitación de la señora Harriden.

—Eso es una mentira! Ustedes estuvieron prestando atención a ese imbécil de Anson.

Aquel nombre cayó como un mazazo sobre mi cabeza. Yo había olvidado a Anson temporalmente. Ahora sus palabras—y su significación—fueron como una acusación que me galvanizaron volviéndome de nuevo a la vida.

—Nada de mentiras—repuso Mitchell con voz de abogado—, las huellas que hay en el pañuelo corresponden exactamente con las de sus paletas de ese ventilador en particular, no coincidiendo con las de ningún otro en la casa. La evidencia es, pues, concluyente.

De manera que esa había sido la idea de Mitchell. Y yo nunca tuve la ocurrencia de usar en ello o que había tenido el pañuelo en mis manos.

Mitchell estaba ahora parado junto a mí, mirando de frente a Harriden.

—La primera muerte fué accidental, Dan—dijo—a despecho de que tratase de desfigurarla para inculpar a otros... pero lo que hiciste con Anson, eso sí fué un crimen.

¡Anson! ¡Yo nunca ví a Anson! Te digo que nunca ví a esa mujer!

—¡Oh, sí, cómo que sí la ví!—exclamé yo. Ella dejó las toallas en el cuarto de baño y usted estuvo entre tanto en esta habitación durante toda la primera parte del almuerzo. Aquel era el delgado hilito de mi pista—mi desenbrimiento que tanto me había sorprendido a mí misma. La muchacha había dejado las toallas en la habitación de la Princesa—continuó—. Ella me lo dijo. Pero después me habló de las toallas dejadas en su cuarto y unas estaban allí y las otras no. Pensé que las habría dejado en las habitaciones de la Rancini, pero no era así. Así fué como supe que ella había dejado las toallas de esas habitaciones y que había entrado en la habitación que usaba toallas rosadas.

—Hice que la criada buscara en las demás habitaciones. Usted estaba abajo. La mujer estuvo en la habitación de la señora Harriden y me dijo que la pila de toallas rosadas estaba intacta en el cuarto de baño. Entonces pensó que Anson las ha-

EL ASESINATO DE NORA HARRIDEN

bría dejado allí retornando a las habitaciones de la Princesa o a algún otro lugar... Pero esto nos afirma en la idea de que ella estuvo allí, cuando usted también estaba.

—Ella me había dicho que tenía algo en la mente—cuando yo le pregunté si había visto un pañuelo secándose, y aunque ella no contestó de una manera directa, comprendí que no había visto el referido pañuelo. También le dije a Elkins que tenía algo muy importante en la mente pero que no lo quería decir para evitar "ma-

la interpretación". Y le dije a su novio: lo mejor era que ella le hablara antes al caballero.

Los ojos de Harriden estaban como un par de acuas fijas en mí. Yo estaba consciente de que Monti Mitchell estaba en guardia junto a mí.

La muchacha le habló a usted—continuó—. Le dijo lo que tenía que decir. También le debe haber dicho que ella no podía prestarse a afirmar que había visto a la señora Harriden en la cama... Usted perdió la ecuanimidad y saltó sobre ella. La estranguló. Entonces usted miró hacia el salón. Este estaba completamente vacío—todo el mundo había bajado a almorzar, excepto Deck, y la habitación de éste estaba a la vuelta de la esquina. En dos saltos transportó usted el cadáver de Anson a las habitaciones de la Rancini, metiéndolo en el closet. Entonces regresó a su habitación.

—¡Usted, usted, maldada!—gritaba Harriden preso de la más violenta cólera. Nunca había oído semejante patraña en mi vida! No hay una sola palabra que tenga sentido en esa sarta de invenciones. Es necesario algo que relate todo esto tramado por ese individuo que está escondido detrás de ella.

—Yo soy el individuo que tú quisieras pulverizar—le devolvió Mitchell.

—A quien quiero pulverizar es a ese ladrón que se cogió los diamantes de mi esposa y que los tenía ocultos bajo sus cigarrillos.

—Bajo tus cigarrillos, Dan. Todos los cigarrillos que había en la petaca de Brock eran de los **Macedonias** que tú fumabas, con excepción de tres. Ahí estuvo tu financa. Nadie en esta casa fuma **Macedonias** con excepción tuya. Tú cogiste la cigarrera de Deck durante la hora del almuerzo y te la llevaste a tu cuarto. Deck solamente tenía en ella tres de sus cigarrillos y tú no querías que el diamante quedara suelto y fué entonces cuando acabaste de llenar la cigarrera con tus propios cigarrillos.... Después de esto dejaste la cigarrera en sitio en que Deck pudiera encontrarla. Entonces... dedícame a vigilar una oportunidad para tu plan. Así fué como le dijiste a Letty que pudiera algo de fumar. Tú estabas parado detrás de ella y parecía natural que ella pudiera cigarrillos para complacerte. Entonces le sugeriste que palpara la cigarrera. Ella lo hizo como tú se lo pediste. Pero ella tendrá que testificar que tú la incitaste a hacerlo.

Letty Van Alstyne estaba temblorosa.

—¡Oh, Dan, Dan!—dijo... Eso no es así. Tú no me pediste que te hiciera, Dan.

—Tú te callas—dijo Dan violentamente.

—¡Oh, Dan, tú no podías haber sido, tú no podías... Nadie creerá esto de tí. Nadie te hará esa injuria. Todos nosotros olvidaremos lo sucedido. Nora no valía la pena...

—¡Qué Nora no valía la pena!

El hombre lanzó una desafiante mirada en torno, fijando su vista en la cama, con un solo gesto descubrió sus sábanas, dejando descubierta la cara y parte del cuerpo de Nora Harriden. Todos miramos la boca.

(Pasa a la Pág. 60.)



CREMA DE MIEL Y ALMENDRAS HINDS

- Ensáyela y verá como favorece su cutis. Lo protege, suaviza, blanquea y embellece.
- Use Crema Hinds para la cara, cuello y escote, manos y brazos.

LA BASE IDEAL PARA LOS POLVOS



¿INAPETENTE?

Estimule su apetito tomando regularmente **Leche Malteada de Horlick**. Desde hace medio siglo la **Leche Malteada de Horlick**

es recomendada como reconstituyente de la salud y del vigor. Se prepara fácilmente y es muy digerible y nutritiva. Se envasa en frascos sellados para protección del consumidor. Evite imitaciones inferiores. Cómprala hoy mismo en las boticas o tiendas.

EL MEJOR REGALO

Las flores del jardín "El Clavel" se prefieren por su belleza y lozanía incomparable.

Nuestros cestos, cajas, ramos, etc., de frescas y bellísimas flores, son verdaderas obras de arte.

Desde hace muchos años nuestro jardín se considera privilegiado en los decorados de iglesia y en los ramos de novias, y se llevan un sello de arte incomparable y exquisito.

Nuestros precios económicos están al alcance de todos. Su orden puede hacerla por teléfono.



JARDIN "EL CLAVEL"

ARMAND Y HNO. MARIANO.
TELS: F.O. 7029-F.O. 7238-F.O. 7937-F. 3587

EL ASESINATO DE NORA HARRIDEN

(Viene de la Pág. 59.)

leza de aquel perfil que parecía esculpido en mármol, la rigidez de los pintados labios, las largas pestañas inmóviles que sombreaban sus frías mejillas.

—¿Conque no vale la pena?—tronó el hombre—. Ella valía más que todas ustedes juntas! Valía más el más pequeño de sus dedos que la totalidad de ustedes. Si no puedo tenerla a ella, yo...

La voz se le quebró.

Ella hacía que toda la pandilla de ustedes no valiera para mí ni siquiera treinta centavos—continuó después de una pausa. Nunca me recobraré de haberla perdido. Y habré de saçar la verdad de donde ustedes la tienen oculta. La saçaré de ti, impostora—dijo encarándose conmigo—, intrusa y mil veces intrusa, que te has puesto por las ventanas a espiar lo que no te es importante... Y la saçaré de ti, maldito—dijo volviéndose con su pálido rostro hacia Deek—, que te has pasado la vida persiguiendo a la mujer de otro hombre.

Ella nunca te quiso, idiota—continuó. Ella lo que hacía era jugar contigo para producirme celos a mí... Tú no habrías podido sostenerla ni siquiera una semana. Ella era mi muchacha, era solamente mía! Y ustedes la van a dejar ahora solita conmigo. Fuera de aquí, todos, fuera de aquí!

Déjenme solo con ella mientras esté aquí. ¡Fuera, fuera, maldados!

CAPITULO XI

Salimos. Le dejamos solo con su muerte... allí de pie y con las mejillas apretadas entre sus manazas, con el cuerpo estremeciéndose convulsivamente y con el rostro todo pálido y embargado de una rigidez aterrador.

Mitchell se detuvo para hablar algunas palabras con Donahay. Donahay estaba respirando con dificultad, como si se sintiera preocupado por los acontecimientos posteriores. El, en realidad, no había tomado parte en aquella última escena.

Amos hombres hablaron algunas palabras más al fin de las cuales sorprendí la expresión: locura.

La señora Keller se agarró al brazo de Mitchell. Ella estaba verdaderamente excitada.—¡Oh, Monti, dijo, seguramente usted no cree que Dan...

—Pero ¿y si fué un accidente?—intervino la señora Crane.

—Lo de Anson no fué un accidente—declaró Mitchell con rudeza.

Del salón de abajo venía el eco de verdaderos alaridos. Era Letty Van Alstyn que estaba presa de un ataque de histerismo. ¡Oh, es Nora, Nora!—decía la descompensada mujer. ¡Nunca en el mundo habrá

ral!

Las mujeres acudieron precipitadamente a su lado. Entonces, encarándome con Donahay, le dije:—¿No quiere usted hacerme siempre el registro?

Su tabaco estaba apagado, aunque lo tenía puesto en la parte extrema de los labios. Se quitó el cabo de la boca, lo miró como si meditara y luego lo arrojó a la alfombra. Pensó que la señora Keller, de haberlo visto, no toleraría aquello.

—Cree que ya no es necesario—, me contestó. ¿No iba usted siguiendo al gato, señorita?

—Así fué, y como el animalito se acercara a lamer el morillo fué que pude darme cuenta de que éste estaba impregnado de sangre. Usted puede investigarlo, pero yo estoy segura de ello.

—Voy a tener que llevarme ese morillo—dijo el Inspector lentamente—de una vez.

Haciendo esto se dirigió al salón y yo me quedé pensando que no era de enviándole la recepción que le haría Harriden.

Mitchell me tomó por un brazo y se encaminó conmigo en dirección al piso bajo, mientras Deek nos seguía.

—Ahora tomaremos un poco de café—dijo—si el impecable cuadro de sirvientes de esta mansión no se opone a ello. Abajo nos encontramos a Grant.

—Grant, ¿demandó Mitchell—habrá un poco de café para nosotros?

—En diez minutos lo tendrá usted servido, señor.

—Muy bien. Con sus correspondientes sandwiches, Grant. Que no sean muy ligeros, ¿me entiende, Grant? Algo que tenga abundancia de tocino o de jamón por dentro. Y trae abundancia de sandwiches.

—Muy bien, Mr. Mitchell.

—Y algo agradable de beber—y no te apures a traerlo dentro de los diez minutos... Déjame que te explique bien lo que deseo—y se introdujo con Grant en el comedor. Ustedes sintense en el sofá—dijo volviéndose hacia nosotros.

Deek y yo fuimos a sentarnos en el lugar indicado, cerca de una mampara china. Me sentía contenta de poderme sentar. La fortaleza de que minutos antes hiciera gala, sentía que me había abandonado. Alan Deek se sentó muy cerca de mí, con el rostro iluminado por la alegría...

—Por Dios, ¿cómo hizo usted eso?—demandó.

—Ha sido el suyo el más concluyente y acusatorio de los informes.

—¿Tomó usted, sus cartas?—le interrumpió yo.

—Todas. Y las quemé. Pero la última no estaba en su lugar. Ella no la había recibido.

—Me alegro—le dije—. Y me alegro también por el pobre Harriden, así él nunca sabrá la verdad, porque no habrá leído esa imprudente carta. Es mejor que crea que su esposa coqueteaba con usted, antes de que corruene que no sólo le era infiel sino que lo odiaba por prodigarle un amor que ella no era capaz de sentir.

—Yo entré detrás del gato—añadió. Pero cuando vi allí la cartera, la abrí para buscar las cartas de usted.

Su brazo había estado reposando sobre el respaldo del sofá, pero ahora cayó sobre mi hombro con una rápida caricia.

—¿Querid anímal—exclamó.

Yo debí haberme sentido invadida del más desbordado gozo, debía de haber afectado alegría, extraordinaria expectación. Pero inexplicablemente todo aquello no significó nada para mí, permanecí impassible, dueña absoluta de mí misma. El era capaz de rodear tan fácilmente con su brazo a muchachas queridas—como hizo con Letty Van Alstyn cuando quiso que Dan fuera al piso bajo, que no tenía mérito alguno semejante gesto.

(Pasa a la Pág. 61.)

EL ASESINATO DE NORA HARRIDEN

(Viene de la Pág. 60.)

Pero sus palabras asumieron una nueva significación:

—No he conocido ninguna mujer tan maravillosa como usted, Lela Seton. Usted es toda sinceridad y lealtad. Le dije que parecía una majestuosa santa, cuando la ví en la galería, y ahora tengo que repetirle que es usted una santa divina y que tiene toda mi devoción—terminó con la voz de un niño lleno de admiración y sorpresa.

Mitchell salió del comedor portando una bandeja sobre la que habían tres humeantes tazas de ambarino líquido. Yo me hice hacia adelante desahaciéndome del brazo de Deek. Los ojos de Monti me hacían daño.

—Le estoy diciendo la clase admirable de mujer que ella es—explicó Deek con inusitada alegría.

Mitchell puso la bandeja en la mesa y delante de nosotros.

—Ella lo que es es una maravillosa tonta—contestó Monti limpiándose los dedos con un pañuelo de lino. Nunca podré ver en lo adelante un pañuelo sin pensar en aquel manchado que tenía atados los diamantes amarillos.

—Pues sí señor, una maravillosa tontuela—, continuó conversando Mitchell, mientras tomaba sitio a mi lado. Entrar en esa habitación persiguiendo al gato, abrir la cartera para extraer sus cartas y todo lo demás. Sí, porque yo supongo que ella abrió la cartera para buscar sus cartas, ¿no es eso, Alan? ¿Y todo ello a sabiendas de lo grave que eran las evidencias que contra ella existían! Se necesitó ser una redomada tonta—insistió firmemente—una estúpida tonta, se lo garantizo a usted.

Me ví sonriéndome. Entonces Monti levantó su taza y exclamó:

—¡Por su feliz escapatoria!

—Todos reímos y tomamos café.

—Muchas gracias, señor Magistrado—contesté yo.

—Espero que en gracia de Dios ha escapado usted para siempre a la posibilidad de tener que decir "Señor Magistrado",—dijo Monti con el rostro severo.

—¿Y como encuentra usted el caso, Monti?—interrogó Deek incliniéndose hacia adelante. ¿Cree que habrá suficientes pruebas?

—Le atraparán—contestó Mitchell moviendo la cabeza afirmativamente. A primera vista no hay una evidencia real. Pero Leila hizo una brillante reconstrucción de los sucesos, que se ajusta perfectamente a la realidad, la escena de la ventana, el morillo de la chimenea... ¡Por Dios que el hombre tuvo nervios y sangre fría para guardar el cadáver de su esposa y venir a comer como si tal cosa hubiera sucedido!

—Cuando bajó la segunda vez después de haber arrojado a la espesa por la ventana, estaba frío como un pepinillo. Yo lo noté,—dijo Deek.

Yo recuerdo aquella mirada. Deek debe haberle estado mirando con la más terrible de las agonías, y dudando de si ya Nora le habría dicho algo... ¡Qué lejano parecía todo aquello! Había sido el viernes por la noche y ya estábamos en la noche del sábado, es decir, en la mañana del domingo.

—Le atraparán—volvió a decir Mitchell. —Ese hombre tiene que estar atacado de locura, si es que algo te... No estoy seguro de que sea locura su parte de acción que se refiere a la muerte de Anson. De otro modo, sin embargo, no se explica que un hombre, en su sano juicio, hubiera asesinado a esa pobre muchacha, por lo poco que tuviera que decir.

Deek se separó de nosotros para volver a llenar su taza. Mitchell y yo, rehusando



NO DEJE QUE SU NIÑO
 PADEZCA DE GRANOS.
 RECUERDE QUE PARA
 GRANOS, ULCERAS, SIE-
 TE CUEROS, EZCEMAS,
 QUEMADURAS, PICADAS DE INSECTOS, ETC.,

NO HAY NADA MEJOR QUE EL

UNGUENTO GUARDIAS

DE VENTA EN TODAS LAS BOTICAS EN UN
 ESTUCHE COLOR AMARILLO NARANJA.
 EXIJALO. NO SE VENDE AL MENUDEO.

repetir, permanecimos en el mismo sitio en que estábamos.

Entonces Mitchell empezó a hablar nerviosamente.

—Usted sabe que Deek tiene razón en lo que afirma acerca de usted. Usted ha estado admirable. También es verdad que usted es una tontuela, no retro esa afirmación, porque usted ha corrido un gravísimo riesgo que felizmente ha vencido. Fué estupidamente maravilloso que usted ruiniera todos los sucesos en una sola pieza y los repitiera como si hubiera estado mirándolos en una cinta.

—Fué la mancha del pañuelo lo que me dió el hilo—contestó—. Yo nunca hubiera pensado en el detalle del ventilador que usted observó.

—Además usted ha tenido valor, ha tenido valor a través de todo el asunto... Y sin embargo, yo he visto.

—Quizás si usted no ha estado cerca de mí, en esos momentos—dijo yo riendo.

Era absurdo, pero me producía risa saber que el peligro pasado, que la agonía ya no tenía razón de ser, que no había por

qué preocuparse. Nadie que no haya pasado las horas que pasó yo puede darse cuenta de lo que eso es.

—Todavía nos puede mortificar— dijo Mitchell—pero si lo hace ya estaremos prevenidos... Pero hablemos de todo un poco, ¿qué hay de nuestro compromiso matrimonial?

—Ya me di cuenta de que usted estaba tratando de echarme un haz por toda la vida—le contesté sonriéndome.

—Bueno, la verdad es que usted me aceptó delante de testigos y la realidad es que usted necesita un guardián.

—Mi ánimo de chanza desapareció. Por un momento me sentí nuevamente transportada al dormitorio, junto a la cartera de piel de Nora Harriden, mirando todo aquello con ojos desorbitados, escuchando las palabras violentas de Harriden. Volví a vivir por unos instantes aquel mundo aterrador de acontecimientos y miré a Mitchell afectuosamente.

—No lo he hecho todavía, pero tengo que darle las gracias por la forma en que vino en mi auxilio—le dije.

(Pasa a la Pág. 62.)



SEÑORA

Flujos, irritaciones, vaginitis, etc., se curan con
—VAGINAX—
 NUNCA FALLA. Mejora al primer lavado.
 Cura y sirve para evitar.

ANUNCIOS TELEGRAFICOS

LA CASA IGLESIAS
OPTICA



FUNDADA EN 1898.
Examen de la vista gratis
Espejuelos y recetas de los señores
oculistas.

A PLAZOS
MONTE 118 esq. a FIGURAS.

NO SUFRA



Venza la mala suerte que le abruma.
Triunfe en amores, negocios y juegos.
Consulte a Zoraida Zoé. Logrará sus
deseos. SAN RAFAEL 55, altos, entre
Manrique y Campanario.—Telf. M-3056.

Ráscate
si te Pica

DICE LA GENTE

Y nada peor que eso cuando
hay eczemas, ronchas, sarpullido,
etc.

Lo mejor en esos casos es un-
tarse "Ungüento Guardias";
así se evitan infecciones y la
picazón cesa inmediatamente.

Inmejorable para sietecue-
ros, heridas, úlceras, tumores,
hincadas de clavos, bubones,
granos, quemaduras y picadas
de insectos. Se usa con éxito
hace más de 40 años.

El "Ungüento Guardias" no
se vende al menudeo, SOLO
en un estuche color amarillo
naranja.

LOS PEDANTES

—Hasta quevedos me pongo,—dice el
amigo—cuando vengo a la campifa.
—Es por eso que las yerbecillas le crean
a usted un académico y cierran los labios
como gravillas en la escuela.

EL ASESINATO DE NORA HARRIDEN

(Viene de la Pág. 61.)

No había nada que yo pudiera decirle
que explicara con precisión toda la gratitud
que hacia él sentía. De pie a mi lado,
enfrentándose con ellos! Y entonces com-
probé que este buen hombre había estado
a mi lado en todos los momentos desde que
penetré en aquella diabólica casa.

—Yo quisiera tomar ese cargo a su la-
do, por toda la vida—continuó él hablan-
do muy quedamente. Casi me parece que
estoy desesperadamente enamorado de usted,
Leila Seton.

Durante un segundo nos miramos fija-
mente el uno al otro. Sus ojos, habitual-
mente tan alegres, tenían ahora un res-
plandor especial.

—¿Es muy tarde para mí ya?—interro-
gó. Y parecía extraño escuchar el tono de
su voz, suplicante, como yo la escuchaba
ahora. ¿Ya Deek es el dueño de la situa-
ción?

Guardé silencio sorprendida de mí mis-
ma. Porque no era Deek el Alan Deek de
mis sueños, el hombre que en un principio
se había adueñado de todas mis simpatías.
Deek era vivo, excitante, romántico, según
yo lo soñaba, pero el verdadero Deek re-
sultaba dispuesto a jugar al amor en todos
los momentos.

Yo no apetecía ese amor. Me sentía ter-
riblemente triste por la desilusión que me
había producido el proceso de su pasión
con Nora Harriden. Me sentía furiosamen-
te dispuesta a protegerlo contra cualquier
peligro que le amenazara de muerte, está-
ba dispuesta a mentir por él a exponerme
en la búsqueda de esas cartas acusatorias.

Pero Deek como hombre ya me resulta-
ba insustancial en estos momentos. Sim-
plemente lo había estado allí. Se había en-
cuzado en mis declaraciones; había estado
constantemente aprovechándose de mi
devoción en personal beneficio. No se ha-
bía preocupado de mí de la manera que
le había hecho Mitchell, brindándome apo-
yo cuando yo era una paria en aquella ca-
sa, defendiéndome fieramente cuando yo
era denunciada.

No creo que me enamore en lo adelan-
te de hombres hermosos—impulsivos e in-
conscientes que neuden a una siguiendo el
impulso de una simpatía pasajera o de una
pasión incontinente. Creo que he quedado

definitivamente curado de ellos. Me gus-
tan, desde ahora, los hombres firmes, de-
cididos, valientes.

Así fué que saudí mi cabeza violenta-
mente.

—¿Usted quiere decir que no?—clamó la
voz de Mitchell. Leila... añadió mientras
recorría su frente con una mano. Yo se lo
he advertido a usted, los hombres cuando
tienen cuarenta y dos años tienen la ca-
beza como un domo, y cuando tienen cin-
cuenta y dos, son una bola de billar...
Leila, ¿será usted capaz de amar a un hom-
bre de cabeza pulida?

—Yo no me enamoro de los hombres por
su cabellera—le contesté.

—¿Puede usted pensar en algo de que
usted se enamore?

Le miré largamente. Algo con una re-
velación se iba manifestando en mí. Mi
voz se negaba a salir.

—Ha sido una verdadera revelación pa-
ra mí, Monti, pero la verdad es que estoy
enamorándome de usted por usted mismo.

Ya regresaba Deek con su taza en la
mano.

—Espérese aquí un momento, Deek,
mientras voy por una tostada—dijo Mit-
chell. Voy también a tomar en su compa-
ñía, a la salud de Leila, que ama a un
abogado y por el futuro de la señora de
Monti Mitchell.

Deek se quedó estático. Me miró y luego
interrogó:

—¿De verdad que no bromea?

—No bromea—le contesté yo—devol-
viéndole la mirada.

Deek llevó la taza a sus labios.

—Me alegro mucho por usted, Monti,
y créame que siento toda la tristeza de lo
que acabo de perder.

Siguió un prolongado silencio. Fué du-
rante este silencio que se escuchó el dis-
paro, el disparo que se había hecho Dan
Harriden en la sien, echado sobre el cadá-
ver de su esposa, el disparo que evitaría
que aquel hombre apareciera ante la
Corte de Justicia con el consiguiente en-
cánculo y la consabida publicidad, el dis-
paro que fué la única concesión que
quiso hacer.

— F I N —

(Versión de L. González del Campo)

L U C H A

Cuando Sor María Filomena se durmió
en el seno del Señor, en la celda se oyó,
del techo a la ventana como ruido de alas.
Era el alma blanca de la monja que se re-
montaba hasta el cielo azul.

Después de algunos instantes de haber
llegado a la puerta del cielo, se detuvo
gozosa ante un ángel de Dios que estaba
de guardia, y se arrodilló con reverencia,
y le dijo:

—Ángel divino, recíbeme, vengo de leja-
na tierra

—¿Y te llamas?

—Sor María Filomena.

—¿Fuiste abusca de tus pecados?

—Libre de toda culpa quedé siempre,

vivi inocente, lejos de las murmuraciones
humanas.

—¿Y nunca pecaste?

—Jamás. De las borrascas del mundo me
sustrahe siempre.

El ángel estuvo un momento pensativo
y díjole en seguida.

—Vuelve a sufrir a la tierra lejana.

—¿A sufrir otra prueba?

—Sí; ama, duda y sufre. No se abren
estas puertas de oro a las almas tímidas
que vivieron en triste soledad.

—¿Y para que se abran qué debo hacer?

—No te sustraigas a la batalla de la vi-
da. ¡Lucha!

GABRIEL D'ANNUNZIO.

LEA LOS LIBROS DE
GONZALO DE QUESADA

BOHEMIA

QUE NO REPARA EN SACRIFICIOS PARA OFRECER LAS MAS INTERESANTES PRODUCCIONES A SUS LECTORES ACAÑA DE ADQUIRIR

LAS MEMORIAS DE

JOSE VASCONCELOS
EL INSIGNE Y CONTINENTALMENTE FAMOSO
ESCRITOR MEXICANO



Nuestro Enviado Especial a México, acaba de cablegrafiarlos anunciándonos la firma del contrato por el cual BOHEMIA ha adquirido LOS DERECHOS EXCLUSIVOS PARA CUBA DE ESTA ULTIMA E INTERESANTISIMA PRODUCCION DEL NOTABLE INTELECTUAL.

SR. MAESTRO: A usted le interesa conocer las más modernas orientaciones pedagógicas del notable educador bajo cuya dirección ha sido más esplendorosa la luz de la educación popular en México.

SR. ESTADISTA: A usted más que a nadie le interesa conocer cómo piensa Vasconcelos de la política actual de nuestro Continente, del imperialismo y de tantos otros problemas vitales para los hombres de gobierno.

SR. SOCIOLOGO: Conozca los pensamientos de Vasconcelos acerca del Comunismo, del Socialismo, de las diferencias de clases, etc., etc., problemas todos de palpitante actualidad en estos países nuestros.

SR. LITERATO: Usted conoce ya al formidable panfletario y estilista que es JOSE VASCONCELOS; no desaproveche la oportunidad que le ofrece "BOHEMIA" de conocer su última y más definitiva producción.

CUBANOS: Conoced al Vasconcelos revolucionario, sabed de sus aventuras junto a Pancho Villa, enteraos de su intervención en la organización de este nuevo México del que hoy está exiliado.

PROXIMAMENTE APARECERA EL PRIMERO DE LA SERIE DE ARTICULOS QUE COSTITUYEN

LAS MEMORIAS DE
JOSE VASCONCELOS

Todos los artículos aparecerán ilustrados con fotografías de la formidable REVOLUCION MEXICANA. Esas fotografías, ya agotadas, han sido proporcionadas por el mismo VASCONCELOS, exclusivamente para BOHEMIA.

RECOPILE USTED NUESTRAS EDICIONES. CONOZCA LA AGITADA VIDA DE JOSE VASCONCELOS.

CON ESA SOLA FINALIDAD, "BOHEMIA"

HA ADQUIRIDO LOS DERECHOS EXCLUSIVOS PARA CUBA, MEDIANTE EL PAGO DE

MIL DOLLARS

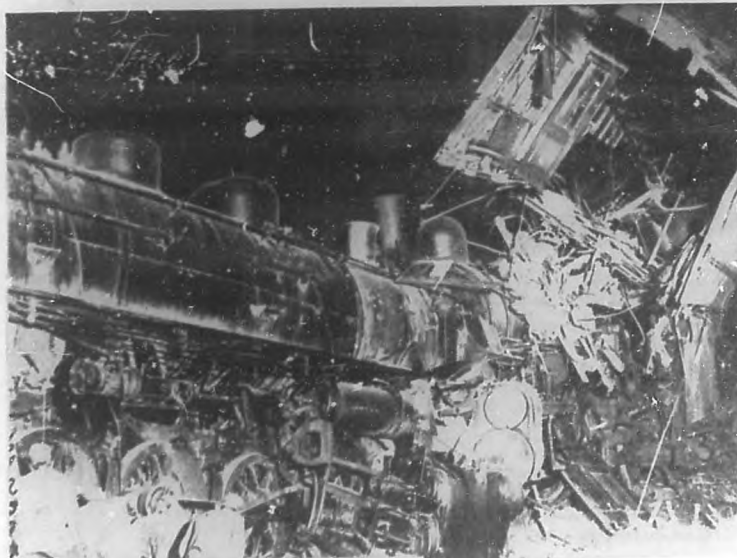
De Otros Horizontes

UN TERRIBLE DESCARRIAMIENTO. — Un violento choque habido en Fenton (Mich.) produjo la destrucción de tres locomotoras y diez muertos. Una de las locomotoras quedó montada sobre los restos de varios coches de pasaje.



Esta foto recoge un aspecto del Salto de Ceño, en el Río Columbia, lugar a donde acude el salmón a la desova y en donde los indios de Dallas lo cazan con sus cestos. Los indios tienen tal habilidad, que al saltar el pez sobre el agua, resulta atrapado. El indio que no tiene vigor bastante para atrapar peces de 50 o más libras es enviado al "largo viaje".

EL GRAN AEROPUERTO QUE SE PROYECTA SOBRE EL HUDSON. — Un aeropuerto de 800 metros de largo y 200 de altura, se proyecta levantar sobre el Hudson o el Río del Este en New York, para ahorrar una hora de viaje a los pasajeros aéreos. Esta foto recoge la impresión de lo que será la gran obra.



LO QUE YO VI DE LA MA DEL HOTEL "NACIONAL"

(Viene de la página 41).
hora después salió de nuestro puerto el destroyer sustituido. Pareció como si toda la muchedumbre exhalara un suspiro de alivio. Ya el pueblo se explicaba lo que ocurría.

Durante las horas que esto ocurría, no cesaban de pasar por el Malecón, camiones conteniendo tropas del Ejército y de la Marina, transportando grupos de ocho y diez ametralladoras y cabalgaduras en las que eran transportados los famosos cañones de 75mm. Las ambulancias no cesaban de cruzar, produciendo ese sonido característico que parece el grito del cuervo que lleva una presa más.

Las doce habían pasado y la tregua no se había roto. Entonces pensamos que la hora indicada sería las dos de la tarde. Pero también fueron dadas las dos sin que la tregua fuera rota.

A las tres de la tarde, comenzó el fuego con redoblada intensidad. Por sobre el ruido de los disparos de fusilería y del tecleo de las ametralladoras, se sucedían los ruidos de los distintos cañones que situados en puntos estratégicos habían comenzado a vomitar trozos de plomo sobre los flancos del hotel. En un momento dado, vimos la superficie del mar agitarse y levantar una montaña de espumas. Eran dos balas de cañón que cruzando por encima del hotel habían ido a sumergirse con fuerza diabólica sobre la azul superficie.

Vuelve a aparecer el agudo hoco del "Patria" que mar-haba en dirección al lugar de la contienda. Ya frente al Hotel "Nacional", el buque hizo su primer disparo de cañón, que le obligó a retroceder varios metros sobre la superficie líquida. Minutos después se escuchó el segundo cañonazo del "Patria". Cuando más tarde, ya terminada la batalla, tuvimos oportunidad de cruzar por frente al hotel-fortaleza, pudimos ver en su fachada anterior los impactos de los dos disparos del buque-escuela.

Minutos antes de las cinco de la tarde cesó el fuego. Con el auxilio de nuestros prismáticos pudimos ver la primera bandera blanca, de pequeño tamaño, que fué echada desde una de las ventanas por debajo de la torre derecha del hotel. Inmediatamente cesó el fuego. Pero como unos diez minutos después volvió a iniciarse el disparo de fusiles y ametralladoras. Entonces ondeó, desde una de las ventanas del "Nacional", una bandera blanca de grandes dimensiones.

Mientras esto ocurría, el crucero "Cu-

ba" salía en dirección al lugar de los hechos. Pero al ver la bandera blanca que flotaba en el "Nacional" volvió en dirección al punto de partida.

Minutos después empezaron a cruzar máquinas y camiones precedentes del teatro de los acontecimientos. Primero cruzaba una caña roja sobre cuya carrocería viajaba un soldado que señalando hacia el interior, gritaba: "Aquí van, aquí los llevamos!" El público aplaudía delirantemente. Entre los ocupantes de la caña pudimos descubrir rostros conocidos como los de los coroneles Horacio Ferrer y Julio Sanguily.

Momentos después cruzó un camión ocupado por oficiales del Ejército que viajaban sentados en compañía de varios soldados y marinos que los custodiaban. Unos minutos más y cruzó el segundo camión, ocupado también por oficiales prisioneros.

Entonces tomamos un automóvil en el que cruzamos por frente al hotel, pudiendo apreciar los destrozos producidos en las distintas fachadas por las balas de cañón. Estábamos frente al Parque de Maine, cuando se escuchó un nutrido tiroteo de fusilería y ametralladoras. Salimos de allí tan rápidamente como nos fué posible. Después, un tiroteo granado se escuchó en distintos puntos de la ciudad.

De regreso al Malecón, tomamos esta vía en dirección al Muelle de Caballería, para presenciar el transporte de los Oficiales del "Nacional". Llegábamos a las inmediaciones del Castillo de la Fuerza, cuando otro inusitado tiroteo se escuchó, pudiendo presenciar los ocupantes de mi máquina, el golpe de agua que levantaban las balas que caían al mar.

Si la curiosidad de los hombres que jamás habían presenciado una batalla de tales proporciones, quedó plenamente satisfecha, ello ha sido a costa de mucha sangre cubana vertida, de mucha sangre joven indispensable para altos empleos del porvenir, para grandes jornadas de engrandecimiento patrio.

Pena, muy honda pena, es la que ha quedado en el corazón de cuantos presenciaron tan destructora jornada, al contemplar tantos "adverberos" de hombres que jamás podrán ser útiles ni a la sociedad ni al país.

Y estamos seguros de que en el corazón de los buenos cubanos, la dolorosa imagen que de manera más latente y definitiva va ha de quedar grabada para siempre, es la de tantos que cayeron en esta jornada de sangre y dolor.

SENSACIONALES DECLARACIONES SOBRE LA CUESTION DEL HOTEL "NACIONAL"

(Viene de la Pág. 33)

¡Con nuestro respeto y nuestra veneración. Todos, oficiales y soldados, demostramos al mundo que el militar cubano sabe morir por sus convicciones. Último que en el Ejército y la Marina existan todavía Jefes, oficiales, clases y soldados que, aprovechando los momentos de incertidumbre que nos embargan, por el apoyo que ofrecieran al nuevo gobierno, se mantengan en puestos, que la verdadera revolución, la que quisieron hacer los oficiales y soldados—cada bando entendiéndolo a su modo—caídos en el combate del Hotel Nacional, hubiera expulsado de sus filas.

Pero no perdamos las esperanzas, cuando los ánimos se serenen, cuando pase la confusión reinante, cuando los hombres que han echado sobre sus hombros la ardua tarea de depurar a Cuba actúan, esperamos que sabrán sacar de las filas del Ejército y la Marina a los encapuchados, a los aprovechados de siempre, a los que ahora se han pasado por debajo del telón.

CUENTOS DE LA REVOLUCION

(Viene de la Pág. 39.)

A lo mejor. Ocurren cosas...

Va no es nada. Ni sargento ni nada. Ni existe su Sección. Hace cuatro días... ¿No hace mucho, eh? Entonces era algo. La revolución lo aplastó todo. Todo... todo... Es verdad. ¿Y los otros, por qué se escondieron en aquella matiguera donde los cazaron como ratas? ¡Perros! Ahora olfatean su rastro. Pero él no es un tigre sin uñas... Cuidado.

Los cazadores pasan... con sus escopetas tenebrosas. Trae cuatro metros. No lo ven.

Campeños, obreros y soldado... Todos los periódicos lo traen. ¿Sublevados, eh? ¿Conque el campo también? Ahí está bien claramente. Para eso han puesto una letra negra y gruesa. ¿Perdido entonces? El papel vuela de sus manos hacia la calle, lanzado a distancia. Vamos a terminar bien. ¿A terminar o a comenzar?

—¿Tú? ¿Qué eres? ¿De la revolución? Toma, hijo, lo tuyo... La "Lewis" ha escupido un pedazo de plomo que va a dar lejos. ¿No? De todos modos... La "Lewis" escupe dos veces más porque el hombre se ha escondido detrás de una columna del portal. ¡Ahora! Este es el camino... Los soldados del destacamento corren sobre él. No, pequeños.

—¡Ustedes, muchachos! ¡Cae a puntapiés, sobre dos vendaditos de diarios. La arena se llena de hojas impresas, que dispersa el viento. Los soldados han corrido ya los doscientos metros y se echan el fusil a la cara. ¡Sí, sí! Los "Springfields"!

—¡Un momento, muchachos! Sé lo que es esto...

La "Lewis" tiene un ruido seco, detonante, particular. Está pegada a la cabeza del hombre. Se desploma. Y está ahí, sobre el piso, con los sesos de fuera, blanco y rubio como un muñeco del que desborda un serrín rojo y negro que se cunja en el suelo como una mermelada. Un perro va a lamer la sangre y un soldado le bota lejos, de un calatazo.

Las moscas zumban durante una hora sobre el cráneo agujerado. Un carretón, después, carga el cadáver y lo transporta lejos, al Depósito.

—Tendré que lavar el carro, dice el conductor. —Gime—. Tendré que desinfectarlo. Estos animales lo infectan todo.

Dentro, el cuerpo rebota contra las paredes del carro, que golpea pequeñas motas rojas...



EL HIJO DE PANCHO VILLA ARTISTA DE CINE. — Agustín VILLA, hijo del famoso guerrillero mexicano de igual apellido, vistiendo el traje que usará en el "role" de su padre, para la confección de la película "Viva Villa".

(FOTOS INTERNEWS.)

EL ALERTA

La posada—un pavo real sobre su techo—iluminaba sus cristales con el incendio lejano del sol poniente y el sendero serpenteaba luminoso en la montaña.

—¡Chist...! ¿No habéis oído nada vosotros?—preguntó uno de la cuadrilla pegando su oreja a la rendija de la ventana.

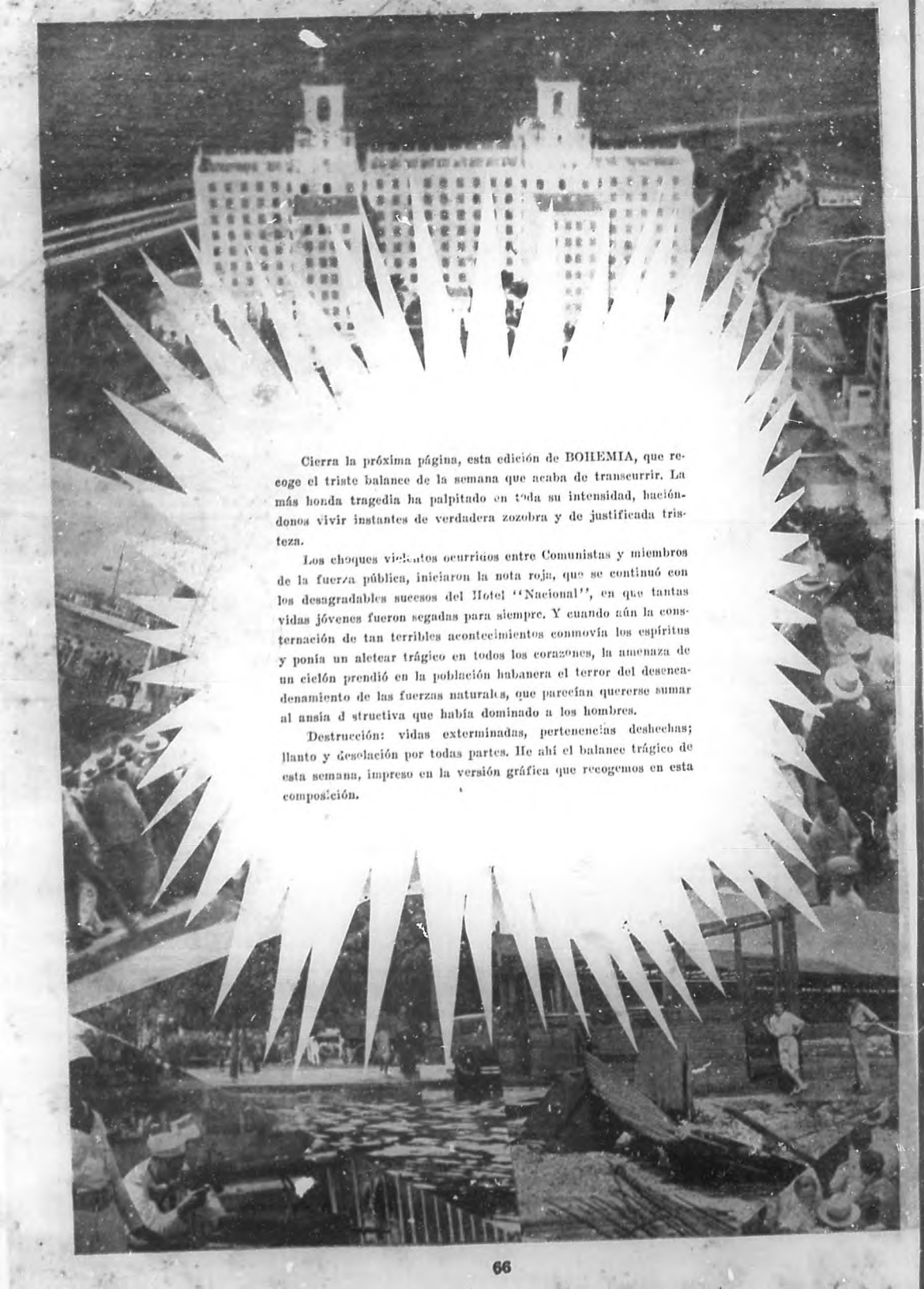
—Es mi mula—respondió un arriero,—que ha soltado un cuesco en la cuadra.

—¡Cobarde!—exclamó el bandido—. ¿Es que yo armo esta carabina porque tu mula suerte un cuesco? ¡Alerta! ¡Alerta! ¡Una trompeta!

¡Que vienen los dragones amarillos!

Y de pronto, a los choques de las vasijas, a los punteos de la guitarra, a la risa de las criadas y a la batahola de la multitud sucedió un silencio, durante el cual hubiera podido oírse el bordoneo del vuelo de una mosca.

Pero no era más que el cuerno de un vaquero. Los arrieros, antes de embriidar sus mulas para poner tierra de por medio, acabaron su bota de vino, ya medio bebida; y los bandoleros, que hacían vanamente carantoñas a las gruesas maritornes de la negra posada, prepararon a los camaranchones bostezando de aburrimiento, de cansancio y de sueño.



Cierra la próxima página, esta edición de BOHEMIA, que recoge el triste balance de la semana que acaba de transcurrir. La más honda tragedia ha palpitado en toda su intensidad, haciéndonos vivir instantes de verdadera zozobra y de justificada tristeza.

Los choques violentos ocurridos entre Comunistas y miembros de la fuerza pública, iniciaron la nota roja, que se continuó con los desagradables sucesos del Hotel "Nacional", en que tantas vidas jóvenes fueron segadas para siempre. Y cuando aún la consternación de tan terribles acontecimientos conmovía los espíritus y ponía un aletear trágico en todos los corazones, la amenaza de un ciclón prendió en la población habanera el terror del desencadenamiento de las fuerzas naturales, que parecían querer sumarse a la ansia destructiva que había dominado a los hombres.

Dstrucción: vidas exterminadas, pertenencias deshechas; llanto y desolación por todas partes. He ahí el balance trágico de esta semana, impreso en la versión gráfica que recogemos en esta composición.